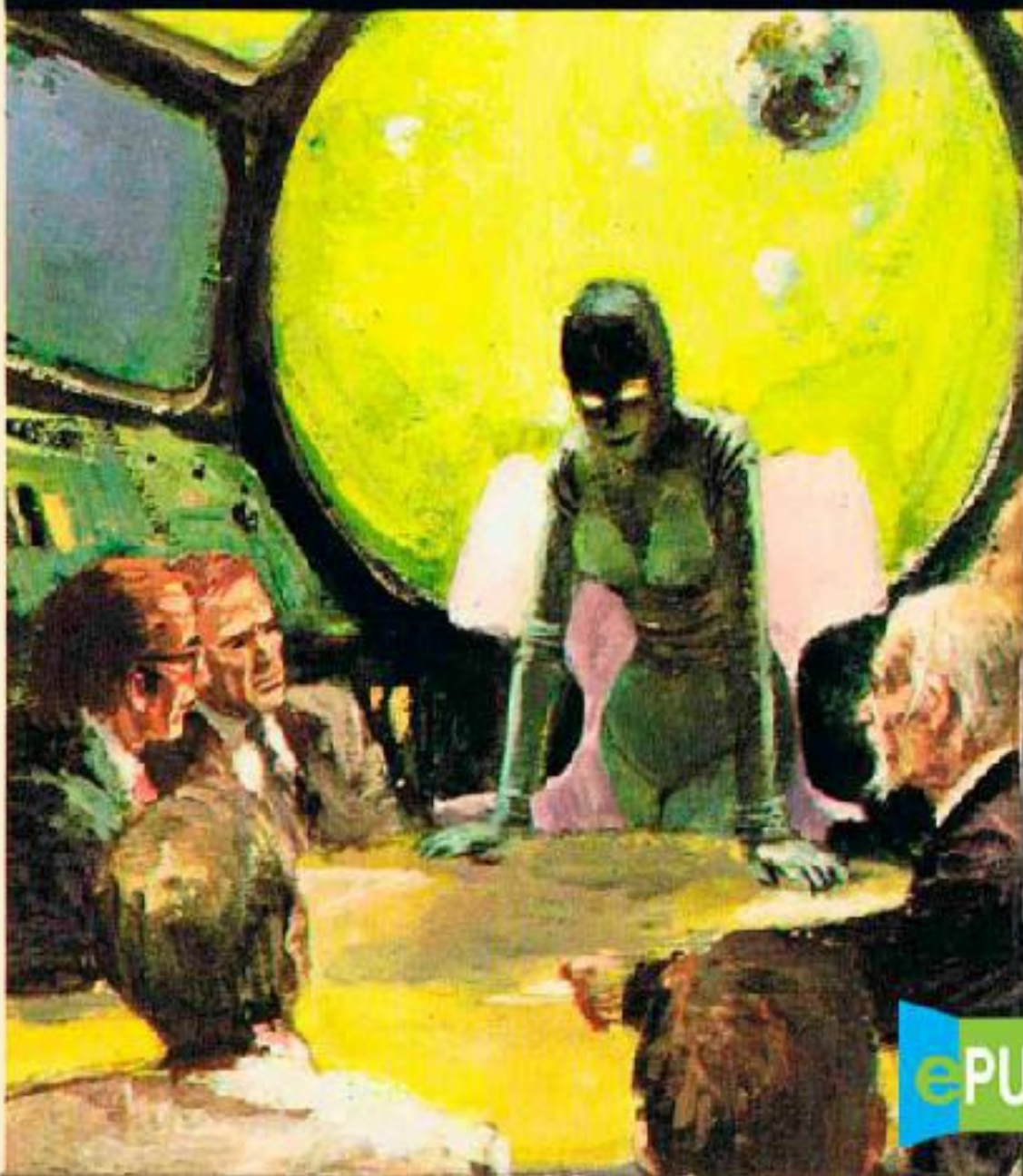


**CIENCIA
FICCION**

20

SELECCION ESPECIAL



ePUB

Esta antología recoge los relatos aparecidos en el número especial de la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, conmemorativo de su 20 aniversario.

La selección —verdaderamente excepcional— que ahora ofrecemos, reúne pequeñas obras maestras de los más prestigiosos escritores de la literatura de anticipación: Isaac Asimov, Ray Bradbury, Theodore Sturgeon, Larry Niven, Brian W. Aldiss y otros.



VV. AA.

Ciencia ficción. Selección 20

(Selección especial)

ePub r1.0
viejo_oso 20.11.13

Título original: *Ciencia ficción. Selección 20* (Selección especial)

VV. AA., 1976

Traducción: Miguel Giménez Sales

Portada: Badía Camps

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *Progreso y «calidad de la vida»*, Carlo Frabetti.

Intuición femenina (Feminine Intuition), Isaac Asimov, 1969.

No vengas a mí en el blanco invierno (Come Me not in the Winter's White), Harlan Ellison & Roger Zelazny, 1969.

La hormiga eléctrica (The Electric Ant), Philip K. Dick, 1969.

Un cetro final, una corona duradera (A Final Sceptre, A Lasting Crown), Ray Bradbury, 1969.

El suave dilema (The Soft Predicament), Brian W. Aldiss, 1969.

El hombre que aprendió a amar (The Man Who Learned Loving), Theodore Sturgeon, 1969.

¡Coge un caballo! (Get a Horse!), Larry Niven, 1969.

PRESENTACIÓN

SF y parapsicología

En qué medida el llamado progreso se traduce en una mejora efectiva de las condiciones de vida, es algo que no parece estar muy claro en los últimos tiempos, suponiendo que alguna vez lo estuviera.

Desde los que opinan que «cualquier tiempo pasado fue mejor» hasta los entusiastas acérrimos e incondicionales del avance tecnológico, existe al respecto una amplia gama de posturas y opiniones.

La SF^[1], que nació —allá por los años veinte— precisamente como respuesta cultural a un progreso tecnológico cada vez más acelerado y de extraordinario poder transformador, no podía dejar de plantearse una cuestión que está en su misma base como género.

Así, autores que contemplan confiada y un tanto acríticamente nuestro futuro tecnológico, como Asimov, han imaginado un mundo donde la tecnología avanzada es la dócil servidora del hombre. Su famosa y optimista serie robótica —de la que en la presente antología se incluye la última muestra— da buena fe de ello.

Otras veces la SF aborda el tema de la ciencia como mejoradora de la calidad de la vida desde un punto de vista que podríamos llamar fáustico (al fin y al cabo, la ciencia tomó el relevo de la alquimia en la búsqueda de la panacea y la piedra filosofal). Es el caso del protagonista del relato de Ellison-Zelazny, que utiliza la ciencia para intentar vencer al tiempo y al destino.

Y la nostalgia no podía estar ausente en una literatura que se preocupa por las transformaciones sociológicas que la tecnología conlleva. En el relato de Bradbury, aquí incluido, se manifiesta el sentido elegíaco de casi toda su obra, melancólico homenaje a las cosas y los tiempos que el progreso condena a un irreversible olvido.

Pero tal vez la SF más interesante sea aquella que, más que regocijarse o lamentarse solapadamente por el avance tecnológico, intenta analizar críticamente sus repercusiones psico-sociológicas, como El suave dilema, o la trama de intereses creados que desvían el progreso lejos y a menudo en contra del bien común. Es el caso de la historia de aquel hippy genial que — vean cuán lejos puede llegar la fantasía de un autor de SF— para aprender a amar tuvo que colgar su guitarra (afinada como un laúd) y ponerse corbata.

CARLO FRABETTI

INTUICIÓN FEMENINA

Isaac Asimov

A los hombres siempre les ha costado admitir la inteligencia en la mujer, y ya no digamos su eventual superioridad.

En este delicioso relato de Asimov, que entronca con su famosa serie robótica (Yo, robot, El descanso del robot, etc.), aparece de nuevo la genial rebopsicóloga Susan Calvin, para darnos una lección de capacidad deductiva digna de Sherlock Holmes, en un misterioso caso relacionado con un robot dotado de... intuición femenina.

Las tres leyendas de la robótica:

1. Un robot no puede jamás dañar a un ser humano ni, debido a la inacción, permitir que un ser humano sufra daño alguno.
2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, excepto cuando tales órdenes contradicen la primera ley.
3. Un robot debe proteger su propia existencia mientras tal autoprotección no contraiga la primera ni la segunda ley.

Por primera vez en la historia de la United States Robots and Mechanical Men, Inc., un robot quedó destruido por accidente en la misma Tierra.

Nadie tuvo la culpa. El vehículo aéreo se destruyó en pleno vuelo, y un incrédulo comité investigador estuvo a punto de anunciar que había encontrado pruebas de que había chocado con un meteorito. Ninguna otra cosa hubiese podido ser lo bastante rápida para impedir el alejamiento automático de la nave de la trayectoria de peligro; ninguna otra cosa hubiera provocado los daños de una explosión nuclear, y esto no tenía vuelta de hoja.

Unamos esto a un informe referente a un relámpago en el firmamento nocturno poco antes de estallar el vehículo (señalado por el observatorio Flagstaff y no por ningún aficionado), y la localización de un fragmento aerolítico auténtico y de gran tamaño, de carácter férrico, caído recientemente a dos kilómetros del lugar de referencia, y ¿a qué otra conclusión podía llegarse?

Sin embargo, jamás había sucedido nada semejante, y los cálculos de probabilidades en contra alcanzaban cifras monstruosas. A pesar de todo, a

veces ocurren estas improbabilidades tan colosales.

En las oficinas de la United States Robots, los cómo y por qué eran algo secundario. Lo cierto era que un robot había sido destruido.

Lo cual, en sí, era perturbador.

El hecho de que el JN-5 fuese un modelo, el primero después de cuatro ensayos anteriores colocado en el campo de acción, aún resultaba más perturbador.

El hecho de que el JN-5 fuese un robot de tipo nuevo y completamente distinto a todos los construidos antes, era ya tremendamente perturbador.

El hecho de que, al parecer, el JN-5 hubiese realizado antes de su destrucción algo que poseía una importancia incalculable, y que dicha realización pudiera perderse ahora para siempre, colocaba dicha perturbación más allá de cualquier posible calificativo.

Y apenas vale la pena mencionar que junto con el robot, también había muerto el jefe robopsicólogo de United States Robots.

Clinton Madarian habla ingresado en la empresa diez años antes. Durante cinco de esos años había trabajado sin queja alguna bajo la gruñona supervisión de Susan Calvin.

La inteligencia de Madarian resultó obvia, y Susan Calvin le ascendió calladamente por encima de empleados más antiguos. De todos modos, tampoco se hubiera dignado dar las razones de tal ascenso al director de investigaciones, Peter Bogert, aunque en realidad no fue necesario. Las razones eran muy claras.

Madarian era, en varios aspectos, el reverso total de la célebre doctora Calvin. No era tan pesado ni grueso como su doble papada daba a entender, pero a pesar de ello, su presencia resultaba ostensible, en tanto que Susan pasaba casi inadvertida. El rostro macizo de Madarian, su mata de cabellos rojizo-castaños, muy brillantes, su tez rubicunda y su vozarrón, su risa estruendosa y, por encima de todo, su irreprimible confianza en sí mismo, hacían que todo el mundo que se hallaba en la misma estancia que él pensase que allí faltaba espacio.

Cuando por fin Susan Calvin se retiró (rechazando por anticipado cualquier cosa parecida a una cena de homenaje que hubiesen podido proyectar en su honor con palabras tan firmes que ni siquiera se anunció su retiro a los nuevos servicios), Madarian ocupó su lugar.

Llevaba exactamente un día en su nuevo puesto cuando inició el proyecto JN.

Significó la mayor asignación de fondos para un proyecto que la United States Robots tuvo que aprobar, pero esta circunstancia fue algo que Madarian descartó con un movimiento genial de su mano.

—Vale hasta el último centavo de su coste, Peter —manifestó—, y espero que usted convenza de esta verdad a la Junta Directiva.

—Deme a conocer sus motivos —pidió Bogert, preguntándose si Madarian accedería a dárselos a conocer, ya que Susan Calvin jamás lo hizo.

Pero Madarian asintió.

—Seguro —dijo, instalándose cómodamente en el amplio sofá del despacho de dirección.

Bogert contempló a su interlocutor casi temeroso. Su antiguo pelo negro era ya casi blanco, y diez años más tarde seguiría a Susan en el retiro. Lo cual significaría el final del equipo que había convertido la empresa United States Robots en una firma famosa en todo el globo y rival de los gobiernos nacionales por su complejidad e importancia. En realidad, ni él ni quienes habían desaparecido antes se habían nunca dado cuenta de la enorme expansión de la empresa.

Pero ésta era una nueva generación. Y los nuevos hombres se sentían a gusto con el coloso. Carecían del toque de lo maravilloso que les hubiese mantenido andando de puntillas con incredulidad. Ahora avanzaban al frente, lo que era algo estupendo.

—Me propongo empezar la construcción de robots sin limitaciones —explicó Madarian.

—¿Sin las tres leyes? Seguramente...

—No, Peter. ¿Sólo puede pensar en esas limitaciones? Diantre, usted contribuyó al planteamiento de los primitivos cerebros positrónicos. ¿Tendré que recordarle que, aparte de las tres leyes, no existe una sola circunvolución

en esos cerebros que no haya sido cuidadosamente trazada y fijada? Nosotros tenemos robots proyectados para tareas específicas, implantadas con capacidades más específicas todavía...

—Y usted propone...

—Que a todos los niveles situados debajo de las tres leyes, las circunvoluciones tengan los extremos abiertos. No es difícil.

—De acuerdo, no es difícil —repitió Bogert, con sequedad—. Las cosas inútiles nunca lo son. Lo difícil es fijar las circunvoluciones y hacer que el robot sea útil.

—Nosotros lo hacemos innecesariamente difícil. Fijar las circunvoluciones requiere mucho esfuerzo debido a que el principio de incertidumbre es importante en partículas de la masa de positrones, y usualmente pensamos que el efecto de inseguridad debe ser reducido al mínimo. Y sin embargo, ¿por qué ha de ser así? Si conseguimos que el principio sea importante en la medida necesaria para que pueda cruzar las circunvoluciones imprevisibles...

—Tendremos un robot imprevisible.

—Tendremos un robot *creador* —replicó Madarian, con una nota de impaciencia en su voz—. Peter, si un cerebro humano tiene algo de que carecen los cerebros robóticos es esa huella de imprevisibilidad que procede de los efectos de incertidumbre existentes a nivel subatómico. Admito que este efecto no ha quedado jamás demostrado experimentalmente dentro del sistema nervioso, pero sin esto el cerebro humano no es, en principio, superior al robótico.

—Y usted cree que si introduce este efecto en el cerebro robótico, el cerebro humano, en principio, no será superior a aquél.

—Esto —afirmó Madarian— es exactamente lo que creo.

La discusión prosiguió durante largo rato.

La Junta Directiva no tenía intenciones de dejarse convencer.

Scott Robertson, el mayor accionista de la empresa, dijo:

—Ya resulta bastante difícil dirigir la industria robótica tal cual es

actualmente, con la hostilidad pública hacia los robots siempre a punto de declararse de un modo abierto. Si ahora la gente se entera de que los robots serán incontrolables... ¡Oh, no me vengan con el cuento de las tres leyes! El hombre de la calle no creerá que dichas leyes puedan protegerle cuando escuche el calificativo «incontrolable».

—Entonces, no lo empleen —objetó Madarian—. Llámenlo robot... digamos, robot «intuitivo».

—Un robot intuitivo... —comentó alguien—. ¿Un robot femenino?

La sonrisa dio la vuelta a la mesa.

Madarian se asió a esta tabla de salvación.

—Exacto, un robot femenino. Nuestros robots, claro está, son asexuados, como lo será éste, pero nosotros siempre los consideramos masculinos. Les damos nombres y apelativos masculinos, y los llamamos «él». Bien, éste, si consideramos la estructura matemática del cerebro que les propongo, entrará de lleno en el sistema coordinado JN. El primer robot podría ser el JN-1, y supongo que deberíamos llamarlo John-1. ¡Oh!, temo que éste sea el promedio de originalidad del robotista normal. Pero, ¿por qué no llamarlo Jane-1, maldita sea? Si el público ha de enterarse de nuestros planes, que sepa que estamos fabricando un robot femenino con intuición.

Robertson sacudió la cabeza.

—¿Cuál sería la diferencia? Usted dice que desea eliminar la última barrera que, en principio, mantiene al cerebro robótico en un nivel inferior al humano. ¿Cuál supone que sería la reacción del público ante esta novedad?

—¿Acaso planea dar a conocer esta idea al público? —opuso Madarian. Meditó unos instantes y añadió—: Oigan: el público, en general, cree que las mujeres no son tan inteligentes como los hombres.

Las expresiones aprensivas se dibujaron en el rostro de más de uno de los que estaban sentados a la mesa, y también se produjeron algunas miradas de soslayo, como si Susan Calvin todavía ocupase su sitio de costumbre.

—Si anunciamos un robot femenino —continuó Madarian—, lo que sea en realidad no tendrá importancia. El público supondrá automáticamente que es un robot mentalmente torpe. Anunciaremos al robot como Jane-1, y no diremos nada más. Así estaremos a salvo de críticas y temores.

—En realidad —adujo Peter Bogert—, hay algo más, caballeros. Madarian y yo hemos estudiado concienzudamente la parte matemática, y las series JN, fuesen de John o de Jane, serían muy seguras. Efectivamente, resultarían menos complejas y menos capaces intelectualmente, en un sentido ortodoxo, que muchas otras series que hemos diseñado y construido. Sólo tendrían de más el factor de... bueno, podemos acostumbrarnos a llamarlo el factor «intuitivo».

—¡Quién sabe lo que haría! —murmuró Robertson.

—Madarian sugirió una de las cosas que podría hacer. Como todos saben, el salto espacial está desarrollado en principio. A los hombres les resulta posible alcanzar lo que es en realidad la hipervelocidad superior a la de la luz y visitar otros sistemas estelares, regresando en un mínimo de tiempo..., a lo sumo unas semanas.

—Lo cual no es ninguna novedad —le interrumpió Robertson—. Pero no podría llevarse a cabo sin robots.

—Exactamente, lo cual no nos sirve de nada, toda vez que no podemos utilizar la hipervelocidad salvo como demostración, según ya hicimos en cierta ocasión para acreditar a nuestros robots..., si bien no consiguieron demasiado crédito, pese a ello. El salto espacial es arriesgado; es un despilfarro de energía y, por tanto, tremendamente caro. Si pese a todo lo llevásemos a cabo, sería algo excelente poder anunciar la existencia de un planeta habitable. Llamémoslo necesidad psicológica. Si gastamos veinte mil millones de dólares en el salto espacial y no proporcionamos al público más que datos científicos, la gente querrá saber por qué hemos tirado el dinero. En cambio, demos la noticia de la existencia de un planeta habitable y seremos un Colón interestelar, y nadie se preocupará por el dinero.

—¿Y bien...?

—Pues bien, ¿dónde encontraremos un planeta habitable? Dicho de otro modo: ¿qué estrella dentro de nuestro teórico alcance en el salto espacial, cuál de las trescientas mil estrellas y sistemas estelares dentro de un radio de trescientos años-luz tiene la mayor probabilidad de poseer un planeta habitable? Poseemos una enorme cantidad de datos y detalles respecto a cada una de las estrellas en un radio de trescientos años luz de nuestra zona de

radio y la noción de que casi cada una posee un sistema planetario. Pero ¿cuál tiene un planeta habitable? ¿Cuál debemos visitar? Lo ignoramos.

—¿Cómo nos ayudaría ese robot Jane? —quiso saber uno de los directivos.

Madarian iba ya a contestar, pero prefirió hacer una seña a Bogert, y el otro comprendió. El director aportaría más peso a la cuestión. A Bogert no le entusiasmaba particularmente la idea de Madarian; si las series JN resultaban un fracaso, estaba defendiéndolas excesivamente como para que las críticas no le alcanzaran de lleno. Por otra parte, su retiro ya no estaba lejos, y si el proyecto tenía éxito, él lograría el aplauso general. Tal vez fuese sólo por el aura de confianza que irradiaba Madarian, pero Bogert creía honradamente que el proyecto triunfaría.

—Es posible que entre los centenares de datos que poseemos sobre esas estrellas —explicó— haya métodos para calcular las probabilidades de la presencia de planetas habitables del tipo de la Tierra. Lo único que necesitamos es interpretar debidamente dichos datos, estudiarlos de forma creadora y apropiada, y establecer las correlaciones debidas. Cosa que aún no hemos hecho. O, si algún astrónomo lo ha logrado, no ha tenido la suficiente inteligencia para comprender lo conseguido.

Bogert hizo una leve pausa.

—Un robot tipo JN podría establecer dichas correlaciones con más rapidez y precisión que un ser humano. En un día, examinaría y descartaría tantas correlaciones como un hombre en diez años. Además, trabajaría totalmente al azar, en tanto que un hombre tendría ideas preconcebidas relacionadas con sus propias creencias.

Tras estas palabras se produjo un largo silencio.

—Pero sólo se trata de una probabilidad, ¿eh? —masculló finalmente Robertson—. Supongamos que el robot anunciara: «El planeta con mayores posibilidades de habitabilidad dentro de un radio de X años-luz es Squidgee-17», o lo que sea, y que nosotros fuésemos allí y encontrásemos que la probabilidad no era más que una probabilidad, y que no existen planetas habitables. ¿Cómo quedaríamos ante el público?

Madarian intervino en esta ocasión.

—Aún ganaríamos algo. Sabríamos cómo había llegado el robot a sus conclusiones porque... nos lo diría. Y esto nos ayudaría a obtener mayores datos astronómicos y a que el proyecto fuese positivo, aunque no efectuásemos el salto espacial. Además, podríamos calcular los cinco emplazamientos más probables de planetas habitables, y la probabilidad de que uno de los cinco poseyese uno sería superior al noventa y cinco por ciento. Sería casi seguro que...

Esta discusión también se prolongó largo tiempo.

Los fondos concedidos resultaron insuficientes, pero Madarian contaba con la costumbre de pedir más créditos para salvar el dinero ya gastado. Con doscientos millones casi perdidos, cuando otro millón podía salvarlo casi todo, seguramente votarían la concesión del nuevo millón.

Finalmente, Jane-1 quedó construida y a punto para ser exhibida. Peter Bogert la estudió con toda seriedad.

—¿Por qué esa cintura estrecha? —preguntó—. Con toda seguridad, esto significa una debilidad mecánica.

—Oiga —rió Madarian—, si hemos de llamarla Jane, de nada sirve que se parezca a Tarzán.

—No me gusta —sacudió Bogert la cabeza—. Luego, usted querrá darle la prominencia del busto, lo cual es una idea excesivamente inadecuada. Si las mujeres empiezan a ver que los robots se les parecen, puedo asegurarle que sus pensamientos serán perversos respecto a nosotros, y que conseguiremos una verdadera hostilidad por su parte.

—Quizá tenga razón —asintió Madarian—. Ninguna mujer querrá pensar que un robot, sin ninguno de sus defectos, la sustituya. De acuerdo.

Jane-2 no tenía la cintura de avispa. Era un robot sombrío, que casi nunca se movía ni hablaba.

Madarian apenas había molestado a Bogert con noticias respecto a su construcción, lo cual era señal segura de que el proyecto era malo. La

efervescencia de Madarian en caso de éxito era arrolladora. No hubiese vacilado en penetrar en el dormitorio de Bogert a las tres de la madrugada con una noticia centelleante, en lugar de aguardar a la mañana siguiente. Bogert estaba seguro de esto.

Ahora que Madarian parecía sumiso, con su habitual fogosidad muy disminuida y sus redondeadas mejillas un poco alicaídas, Bogert murmuró con convicción:

—No habla.

—¡Oh!, sí, habla —Madarian se sentó pesadamente y se mordió el labio inferior—. Bueno, a veces.

Bogert se puso en pie y dio una vuelta alrededor del robot.

—Y cuando habla, supongo que lo que dice no tiene sentido —comentó—. Bien, si no habla, no es un robot femenino, ¿eh?

Madarian esbozó una débil sonrisa ante el chiste, y abandonó todo intento de discusión.

—El cerebro, aislado, no es nada.

—Claro —asintió Bogert secamente.

—Pero una vez está a cargo del aparato físico del robot, queda necesariamente modificado.

—Sí —asintió Bogert con el mismo tono.

—Pero de un modo imprevisible y frustrador. Lo malo es que cuando se trata de cálculos de dimensiones enésimas respecto a la incertidumbre, las cosas resultan un poco...

—¿Inciertas? —sugirió Bogert.

Le sorprendía su propia reacción. Las inversiones efectuadas por la empresa eran enormes y casi habían transcurrido dos años, pero los resultados, para decirlo eufemísticamente, eran desalentadores. Y no obstante, aquí estaba él burlándose de Madarian, y encontrando muy divertida la situación.

Casi furtivamente, Bogert se preguntó si no sería a Susan Calvin a la que estaba zahiriendo. Madarian era mucho más bullicioso y efusivo que Susan..., cuando todo iba bien. Y cuando las cosas iban mal, resultaba mucho más vulnerable. En cambio, Susan jamás se derrumbaba en tales ocasiones.

Madarian era un blanco parecido a un ojo de buey, fácil de tocar con un dardo, mientras que Susan nunca había presentado el más mínimo espacio vulnerable.

Madarian no reaccionó ante la última observación de Bogert, tal como habría hecho Susan, pero no fue por desprecio, como ella habría hecho, sino porque no la había escuchado.

—Lo malo es el asunto del reconocimiento —murmuró pesaroso—. Jane-2 correlaciona los datos magníficamente. Puede correlacionar sobre cualquier tema, pero después no sabe distinguir un resultado valioso de uno útil. No, no es fácil escoger el modo de programar a un robot para que consiga una correlación significativa, cuando se ignora qué correlaciones hará.

—Supongo que usted ya ha pensado en rebajar el potencial en la unión diodo W-21 y la chispa a través de...

—No, no, no, no... —la voz de Madarian se fue extinguiendo hasta convertirse en un susurro—. No es posible lograr que lo diga todo. Esto, con esfuerzos inauditos, podríamos hacerlo nosotros mismos. Lo esencial es que el robot reconozca la correlación vital y extraiga sus propias conclusiones. Una vez hecho esto, cualquier robot tipo Jane logrará la respuesta por simple intuición. Algo que el ser humano jamás conseguirá, a no ser por una suerte loca.

—Yo creo —manifestó Bogert con sequedad— que, con un robot como éste, hay que lograr que haga de manera rutinaria lo que entre los seres humanos sólo pueden hacer aquellos dotados de un talento genial.

—Exactamente, Peter —asintió Madarian con vigor—. Lo mismo habría dicho yo si no pensara que esto puede atemorizar a los directivos. Por favor, no lo repita en la asamblea.

—¿De veras necesita usted un robot genial?

—¿De qué sirven las palabras? Intento obtener un robot con capacidad para efectuar correlaciones al azar a velocidades enormes, con un coeficiente muy elevado de reconocimiento y un significado clave. Y trato de *colocar* estas palabras en el campo de las ecuaciones positrónicas. Bien, creí haberlo conseguido, pero no es así. Aún no.

Miró con descontento a Jane-2.

—¿Cuál es tu mejor significado, Jane? —le preguntó.

Jane-2 volvió la cabeza para mirar a Madarian, pero no dejó escapar ningún sonido, y Madarian murmuró con resignación:

—Está buscando la respuesta en los bancos de correlación.

Al fin, Jane-2 habló sin el menor acento:

—No estoy segura.

Era el primer sonido que dejaba oír.

Madarian elevó los ojos, dejando ver el blanco de los mismos.

—Está efectuando la equivalencia de resolver ecuaciones con soluciones indeterminadas.

—Ya lo veo —asintió Bogert—. Bien, ¿es posible llegar a alguna meta partiendo de esta base, o hemos de aceptar la pérdida de quinientos millones de dólares?

—Oh, lo conseguiré —gruñó Madarian.

Jane-3 no dio resultado. No llegó a activarse y Madarian se sulfuró.

Fue un error humano. Culpa suya, a decir verdad. Y no obstante, aunque Madarian se sentía terriblemente humillado, los demás callaron. Le permitieron, a él, que jamás había cometido el menor error en el complicado campo de las matemáticas de los cerebros positrónicos, que rellenase el primer memorándum de la corrección.

Transcurrió casi otro año antes de que Jane-4 estuviese terminada. Madarian volvía a mostrarse efervescente.

—Lo conseguiré —aseguraba—. Posee un elevado coeficiente de reconocimiento.

Tuvo la suficiente confianza como para exhibirla a la Junta y hacer que solucionase problemas. No problemas matemáticos, que cualquier robot podía resolver, sino problemas cuyos términos eran deliberadamente falseados, sin que fuesen completamente erróneos.

—Esto no es muy difícil —comentó después Bogert.

—Naturalmente. Es algo elemental para Jane-4, pero yo tenía que enseñarles algo, ¿no es así?

—¿Sabe cuánto hemos gastado ya?

—Peter, ¿sabe cuánto conseguiremos? Estas cosas no caen en el vacío. Llevo tres años infernales trabajando en este asunto, si quiere saberlo, pero he descubierto nuevas técnicas de cálculo que nos ahorrarán un mínimo de cincuenta mil dólares en cada nuevo tipo de cerebro positrónico que proyectemos a partir de este momento. ¿De acuerdo?

—Pues...

—Nada de «pues». Es cierto. Tengo la sensación de que los cálculos enedimensionales de la incertidumbre pueden tener otras muchas aplicaciones si logramos descubrirlas, y puedo asegurar que mis robots Jane las descubrirán. Una vez obtenga exactamente lo que busco, la nueva serie JN será una excelente inversión a los cinco años, aunque tengamos que gastar el triple de lo ya invertido.

—¿Qué quiere decir con eso de «una vez obtenga exactamente lo que busco»? ¿Qué tiene de malo la Jane-4?

—Nada. O muchos nada. Está ya en el camino correcto, pero puede mejorar, y trataré de que mejore. Creí saber adónde iba cuando la proyecté. Ahora la he probado y sé adónde voy. Bien, intento llegar a esa meta.

La meta fue Jane-5. Madarian tardó más de un año en producirla, y lo hizo sin la menor reserva, con una gran confianza.

Jane-5 era más baja que un robot normal, más delgada. Sin ser la caricatura de una mujer, como Jane-1, poseía cierto aire de feminidad a pesar de la ausencia de cualquier rasgo claramente femenino.

—Es su forma de moverse —comentó Bogert.

Sostenía los brazos con gracia y el torso daba la impresión de curvarse ligeramente cuando se volvía.

—Escúchela —pidió Madarian—. ¿Cómo te sientes, Jane?

—Con una salud excelente, gracias —respondió Jane-5.

Su voz era de mujer, de contralto, suave y casi perturbadora.

—¿Por qué ha hecho esto, Clinton? —inquirió Bogert, sobresaltado y frunciendo el ceño.

—Es algo psicológicamente importante —replicó Madarian—. Quiero que la gente la considere una mujer, que la trate como tal, para explicarme con claridad.

—¿Qué gente?

Madarian se metió las manos en los bolsillos y miró pensativamente a su interlocutor.

—Me gustaría tomar las medidas necesarias para marcharme con Jane a Flagstaff.

Bogert observó que Madarian no decía Jane-5. Que no utilizaba su número de serie. De modo que era sólo Jane...

—¿A Flagstaff? ¿Por qué? —preguntó vacilante.

—Porque es el centro mundial de la planetología general, ¿no es así? Allí estudian las estrellas y tratan de calcular las probabilidades de existencia de los planetas habitables.

—Lo sé, pero está en la Tierra.

—Ya lo sé.

—Los movimientos robóticos en la Tierra se hallan estrictamente controlados. Y no hay necesidad de ir allí. Traiga aquí una biblioteca entera de libros sobre planetología general y que Jane los estudie.

—¡No! Peter, tiene que meterse en la cabeza que Jane no es un robot ordinario, sino intuitivo.

—¿Y qué?

—¿Cómo podemos saber lo que necesita, lo que puede utilizar, lo que la pondrá en el buen camino? Para leer libros podemos utilizar cualquier modelo metálico de la fábrica; se trata de datos anticuados, además. Jane necesita información viva: captar los tonos de voz; obtener efectos complementarios e incluso datos totalmente innecesarios. ¿Cómo diablos podemos saber cuándo uno de los datos hará vibrar su interior, formando una pauta? Si lo supiésemos, ya no la necesitaríamos, ¿eh?

Bogert empezó a sentirse molesto.

—Entonces que vengan aquí los astrónomos, los planetólogos generales.

—No serviría de nada. Estarían fuera de su elemento. No reaccionarían con naturalidad. Quiero que Jane los vea trabajar en su ambiente; quiero que vea sus instrumentos, sus oficinas, sus escritorios, todo lo que se relaciona con ellos. Y quiero que disponga usted lo necesario para que sea transportada a Flagstaff. Y, además, no deseo discutir más este asunto.

Por un momento, casi se pareció a Susan. Bogert parpadeó y luego murmuró:

—Esto es muy complicado. Transportar un robot experimental...

—Jane no es experimental, sino la quinta de la serie.

—Las otras cuatro no fueron precisamente modelos útiles.

Madarian levantó las manos en un gesto de desvalida frustración.

—¿Quién le obliga a notificarlo al Gobierno?

—No me preocupa el Gobierno. Los gobernantes pueden comprender los casos especiales. Es la opinión pública. En cincuenta años hemos recorrido un largo camino, y no quiero retroceder unos veinticinco por perder el control de un...

—No quiero perder ningún control. Usted sólo hace observaciones necias. Oiga, la United States Robots, o sea nuestra empresa, puede fletar un avión privado. Podemos aterrizar calladamente en el aeropuerto comercial más cercano y perdernos en centenares de aterrizajes similares. Podemos preparar un camión que nos conduzca a Flagstaff. Jane iría en un cajón, como si se tratase de alguna pieza no robótica para el laboratorio de allí. Nadie se fijaría en nosotros. Avisaríamos a los empleados de Flagstaff, contándoles el propósito de la visita. Y ellos colaborarían con nosotros gustosamente para impedir cualquier filtración de la noticia.

Bogert meditó unos segundos.

—Lo más peligroso sería el transporte. Si le sucediese algo al cajón...

—No le sucederá nada.

—Podríamos hacerlo si desactivásemos a Jane durante el traslado. De este modo, aunque alguien descubriera que iba dentro del cajón...

—No, Peter, imposible. ¡Eh..., eh...! Desde que la activé ha estado haciendo continuamente asociaciones libres. Durante el proceso de la desactivación podría congelarse la información que posee, pero las

asociaciones libres no pueden congelarse jamás. No, señor, no podemos desactivarla.

—Entonces, si descubren que transportamos un robot activado...

—Nadie lo descubrirá.

Madarian se mostró firme y finalmente el avión despegó. Era un reactor modelo Computo automático, de reciente construcción, pero llevaba un piloto humano, un empleado de la empresa United States Robots, como apoyo. Jane llegó al aeropuerto sin ningún contratiempo, fue trasladada al camión y llegó también sin incidentes a los laboratorios de investigación de Flagstaff.

Peter Bogert recibió la primera llamada de Madarian una hora después de llegar a Flagstaff. Madarian estaba entusiasmado y, rasgo característico en él, no podía aguardar por más tiempo antes de informar.

El mensaje llegó por tubo de rayos láser, muy protegido e impenetrable como de costumbre, pero Bogert se sintió exasperado. Sabía que alguien con suficiente capacidad tecnológica, por ejemplo el Gobierno, podía interceptarlo si deseaba hacerlo. La única seguridad residía en el hecho de que el Gobierno no tenía ningún motivo para desearlo. Al menos eso esperaba Bogert.

—¡Cielo santo! —exclamó—. ¿Tenía que llamar?

Madarian no le hizo el menor caso.

—Fue una inspiración —barbotó—. Un genio hechicero.

Por unos momentos, Bogert contempló el receptor.

¿Quiere decir —inquirió al fin con incredulidad— que ya tiene la respuesta? ¿Ya?

—No, no... Denos tiempo, maldita sea. Quiero decir que su voz fue una inspiración. Oiga, después de llegar con el camión, debidamente conducido por un chófer, al principal edificio administrativo de Flagstaff, abrí el cajón y Jane salió del mismo. Entonces, todos los hombres presentes retrocedieron. ¡Asustados! ¡Como estúpidos! Si ni siquiera los científicos comprenden el significado de las leyes robóticas, ¿qué podemos esperar de los individuos legos en la materia? Durante un instante pensé: «Todo esto será inútil. No

hablarán. Estarán dispuestos a largarse corriendo si ella se vuelve loca, y no pensarán en nada más».

—Entonces, ¿qué está consiguiendo?

—*Entonces* ella les saludó de manera rutinaria. Dijo: «Buenas tardes, caballeros. Encantada de conocerles», con su magnífica voz de contralto. Nada más. Un tipo se enderezó la corbata, y otro se pasó la mano por el cabello. Lo que realmente me gustó fue que el individuo de más edad del laboratorio comprobó su cremallera para ver si estaba bien cerrada. Ahora todos andan locos por ella. Sólo necesitan su voz. Ya no es un robot, sino una chica.

—¿O sea que hablan con ella?

—¡Claro que hablan con ella! Se lo aseguro. Debí programarla con un acento insinuante. Y ahora le estarían pidiendo citas. Se trata de reflejos condicionados. Los hombres responden a la voz. ¿Miran acaso en los momentos de mayor intimidad? No, es la voz que suena junto al oído...

—Sí, Clinton, lo recuerdo. ¿Dónde está ahora?

—Con ellos. No la sueltan.

—¡Condenación! Vuelva con ella y no la pierda de vista.

A partir de entonces y durante sus diez días de estancia en Flagstaff, Madarian no llamó demasiado a menudo, mostrándose cada vez menos exaltado.

Informó que Jane escuchaba atentamente, contestando en algunas ocasiones. Seguía siendo muy popular. Tenía entrada libre en todas partes. Pero aun no había resultados.

—¿Ninguno en absoluto? —insistió Bogert.

Madarian se puso al momento a la defensiva.

—No es posible pronunciarse en ningún sentido todavía. Es imposible saber nada seguro con un robot intuitivo. No es posible saber qué ocurre en su interior. Esta mañana le preguntó a Jensen qué tenía para desayunar.

—¿A Rossiter Jensen, el astrofísico?

—Sí, el mismo. En realidad, aquella mañana no tenía desayuno. Bueno,

una taza de café.

—De modo que Jane aprende a conversar sobre naderías. Lo cual no justifica apenas el gasto...

—¡Oh!, no sea cargante. No habla de naderías. Nada es ligero para Jane. Lo preguntó porque ello tenía algo que ver con una especie de correlación cruzada que estaba forjando en su mente.

—¿Pero qué diablos...?

—¿Cómo puedo saberlo? Si lo supiese yo mismo sería otra Jane y no la necesitaría a ella. Pero tiene que significar algo. Está programada con altas motivaciones para obtener una respuesta referente a la pregunta de si existe un planeta con la debida distancia y habitabilidad...

—Entonces, infórmese cuando dé la respuesta y no antes. No necesito una descripción de sus posibles correlaciones.

No esperaba que hubiera éxito alguno. A cada día transcurrido, Bogert se mostraba menos optimista, de modo que cuando finalmente llegó la noticia no estaba preparado para recibirla. Y la respuesta llegó al fin.

La última vez, cuando llegó el mensaje culminante de Madarian, fue casi un susurro. La exaltación había recorrido un círculo completo y Madarian estaba casi mudo.

—¡Lo ha conseguido! —dijo—. Sí, lo ha conseguido. Cuando yo ya estaba a punto de abandonar toda esperanza. Cuando ella ya lo había escuchado todo dos o tres veces, sin que jamás hubiese proferido una sola palabra que pareciese... Bien, estoy de regreso en el avión. Acabamos de despegar.

Bogert consiguió recobrar el ritmo de la respiración.

—Oiga, nada de jugarretas. ¿Tiene la respuesta? Dígalo, simplemente, dígalo sin ambages.

—Ella tiene la respuesta. Y me la ha dado. Me ha dicho el nombre de tres estrellas dentro de un radio de ochenta años-luz, con probabilidades de un sesenta a un noventa por ciento de que cada una posea al menos un planeta habitable. La probabilidad de que posean al menos uno entre las tres es de 0,972. Casi seguro. Y esto es lo de menos. Una vez hayamos llegado ahí, Jane nos explicará la línea exacta de razonamiento que la ha llevado a esta

conclusión, y yo pronostico desde ahora que toda la ciencia de la astrofísica y la cosmología sera...

—¿Está plenamente seguro?

—¿Cree que sufro alucinaciones? Incluso tengo un testigo. El pobre chico pegó un brinco de medio metro cuando Jane empezó de repente a dar la respuesta con su encantadora voz.

Fue entonces cuando el meteorito chocó con el reactor, lo que originó la destrucción total del avión, quedando Madarian y el piloto reducidos a trizas de carne ensangrentada, en tanto que no fue posible recuperar ningún resto de la pobre Jane.

La tristeza reinante en la United States Robots nunca había sido mayor. Robertson intentó consolarse pensando que la completa destrucción del avión y el robot ocultaría las ilegalidades en que había incurrido la empresa.

Bogert sacudió la cabeza y gimió:

—Hemos perdido la mejor oportunidad de que nuestra empresa obtuviese una imagen pública imbatible, y de que la gente superase su complejo de Frankenstein. ¿Qué habría significado para los robots que uno de ellos hubiese hallado la solución al problema de los planetas habitables, cuando los demás han ayudado a solucionar el salto espacial? Los robots nos habrían ofrecido la galaxia con las puertas abiertas. Y si al mismo tiempo hubiéramos podido enviar el conocimiento científico hacia una docena de direcciones diferentes, como seguramente habríamos hecho... ¡Oh, Dios mío! No hay forma de calcular los beneficios de tal respuesta para la raza humana y para nosotros en particular.

—Podríamos construir otras Jane, ¿eh? —propuso Robertson—. Incluso sin Madarian...

—Seguro. Pero, ¿podríamos fiarnos otra vez de la correlación correcta? ¿Quién sabe hasta qué punto sería bajo el cálculo de probabilidades en el resultado final? ¿Y si Madarian sólo hubiese disfrutado de la suerte de los precursores? ¿Podemos esperar nosotros la misma? Vaya, un simple meteorito interponiéndose en el camino de la ciencia y destruyendo todo lo

que... Sencillamente, es increíble.

—Tal vez fue un... castigo —murmuró Robertson, vacilante—. Bueno, si no teníamos derecho a investigar y si el meteorito fue el instrumento del castigo... por parte de...

Calló ante la helada mirada de Bogert.

—No es una pérdida definitiva, supongo —gruñó éste—. Otras Jane nos ayudarán en otras direcciones y otros problemas. Y podremos darles voces femeninas, si esto ha de hacer que el público las acepte... aunque no sé qué dirán las mujeres. ¡Si al menos supiésemos qué dijo Jane-5!

—En su última llamada Madarian dijo que tenía un testigo, ¿no es cierto?

—Lo sé —asintió Bogert—. Ya he pensado en esto. No supondrán que no he estado en contacto con Flagstaff, ¿eh? Nadie de todo el laboratorio oyó que Jane dijese nada fuera de lo ordinario, algo que pareciera una respuesta al problema del planeta habitable. Ciertamente, de haberla oído, cualquiera habría comprendido que era la respuesta.

—¿No pudo mentir Madarian? ¿O haberse vuelto loco? Tal vez trataba de protegerse...

—Quiere decir que pudo tratar de conservar su reputación fingiendo que tenía ya la respuesta, para luego destruir a Jane a fin de que no pudiera descubrirle, y exclamar «¡Oh, lo siento, ha ocurrido un accidente! ¡Maldición!» No, esto no lo aceptaré ni un solo instante. Del mismo modo podría usted suponer que él preparó el choque con el meteorito.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Volver a Flagstaff —explicó Bogert tristemente—. Allí tiene que estar la respuesta. Indagaré más minuciosamente. Iré allí y me llevaré a un par de hombres del departamento de Madarian. Barreremos todo Flagstaff de arriba abajo, de cabo a rabo.

—Pero aunque un testigo oyese la respuesta, ¿de qué nos serviría ahora que Jane no puede explicarnos el proceso?

—Todas las menudencias son útiles. Jane dio los nombres de las estrellas; probablemente también los números de catálogo... Si alguien recuerda lo que ella dijo y el número de catálogo, o lo oyó con bastante claridad para que lo recuerde gracias a la sonda psíquica si le falla la memoria consciente...,

entonces tendremos algo a qué asirnos. Con los datos finales y los suministrados al principio por Jane, podremos reconstruir su línea de razonamiento y conseguiremos recobrar la intuición. Con esto, habremos ganado la partida...

Bogert regresó al cabo de tres días, silencioso y completamente deprimido. Cuando Robertson le preguntó respecto a los resultados, meneó la cabeza.

—¡Nada!

—¿Nada?

—Absolutamente nada. He hablado con todos los empleados de Flagstaff, científicos, técnicos, estudiantes... con todos cuantos conocieron a Jane, con todos los que sólo la vieron. No fueron muchos, y debo agradecerle a Madarian esta discreción. Sólo permitió que la viesan aquellos que podían poseer conocimientos planetarios útiles para ella. En conjunto fueron veintitrés los que la vieron, y de éstos sólo doce le hablaron de modo algo más extenso.

Robertson asintió.

—Una y otra vez indagué en todo lo que había dicho Jane. Se acordaban muy bien de todas sus palabras. Son hombres que trabajan en un experimento crucial en su especialidad, de modo que tienen buenos motivos para recordarlo todo. Y estaban tratando con un robot que hablaba, algo bastante sorprendente, puesto que además hablaba como una actriz de la televisión. No, no podían olvidar sus palabras.

—Tal vez una sonda psíquica... —sugirió Robertson.

—Si uno de ellos hubiera tenido el menor atisbo de que había sucedido algo, yo habría obtenido su consentimiento para probar con la sonda. Pero no había ni la menor excusa para utilizarla con una docena de hombres que viven gracias a la capacidad de sus cerebros. Sinceramente, no habría servido de nada. Si Jane hubiera mencionado las tres estrellas afirmando que tenían planetas habitables, habría sido como insertar cohetes espaciales en sus cabezas. ¿Cómo hubiesen podido olvidarlo?

—Bien, quizá uno de ellos mienta —insinuó Robertson, con enojo—. Desea la información para su propio uso, para obtener el aplauso general más adelante, como descubrimiento suyo y...

—¿De qué iba a servirle? —objetó Bogert—. Todo el laboratorio conoce muy bien el primer motivo por el que estaban allí Madarian y Jane. Y hasta el segundo. Si en cualquier momento futuro alguno de Flagstaff lanza la teoría de un planeta habitable como nueva, aunque sea distinta, todos los hombres de Flagstaff y también de la United States Robots sabrán al momento que se trata de una teoría robada. ¡Oh!, nunca lograría salir adelante.

—Entonces fue Madarian quien se equivocó.

—Tampoco lo creo. Madarian poseía una personalidad irritante, ya que todos los robopsicólogos la tienen. Creo que es por tratar más con robots que con seres humanos..., pero no era tonto. No podía equivocarse en una cosa como ésta.

—Entonces...

Pero a Robertson le faltaban ya sugerencias que formular. Habían tropezado con una pared en blanco y durante unos minutos se estuvieron contemplando mutuamente con desconsuelo.

Finalmente, Robertson se estremeció.

—Peter...

—¿Sí?

—Preguntémosle a Susan.

Bogert se envaró.

—¿Qué?

—Preguntémosle a Susan. Llamémosla y roguémosle que venga.

—¿Y cómo podría ayudarnos?

—No lo sé. Pero también es robopsicóloga, y es probable que entienda a Madarian mejor que nosotros. Además, ella... ¡Oh, caramba, tiene más cerebro que todos nosotros!

—Tiene casi ochenta años.

—Y usted casi setenta. ¿Qué importa?

Bogert suspiró. ¿Habría perdido la lengua de Susan Calvin parte de su condición viperina durante los años de su jubilación?

—Bien, se lo pediré —dijo.

Susan Calvin entró en el despacho de Bogert y dirigió una lenta mirada a su alrededor antes de dejar que sus ojos se concentraran en el director de investigaciones. Había envejecido bastante desde su jubilación. Tenía el pelo blanco y muy fino, y su cara parecía haberse agrietado. Era tan frágil que casi resultaba transparente, y sólo sus pupilas, penetrantes y remotas, parecían ser las de siempre.

Bogert avanzó cordialmente, extendiendo la mano.

—¡Susan!

Ella aceptó la mano.

—Para tu edad estás bastante bien, Peter. En tu lugar no aguardaría hasta el año próximo. Jubílate ahora y cede el paso a los jóvenes. ¡Ah!, sí, Madarian ha muerto. ¿Has vuelto a llamarme para que ocupe su puesto, reanudando mi antigua ocupación? ¿Estás decidido a mantener aquí a los antiguos hasta un año después de la muerte física?

—No, no, Susan. Te he llamado porque... —calló.

No tenía la menor idea de cómo empezar.

Pero Susan leía en su mente con la misma facilidad de siempre. Se sentó con precaución debido a la rigidez de sus articulaciones.

—Peter —murmuró—, me has llamado porque estás en un apuro. De lo contrario, antes me querrías ver muerta que a una milla de ti.

—Vamos, Susan...

—No pierdas el tiempo en bobadas. Cuando tenía cuarenta años no podía perder el tiempo y ahora menos. La muerte de Madarian y tu llamada son bastante inusitadas. Dos sucesos inusitados sin relación implican un porcentaje bastante bajo de probabilidades para que no me preocupen. Empieza por el principio y no temas parecer un tonto. Hace ya mucho tiempo que sé que lo eres.

Bogert se aclaró desdichadamente la garganta y comenzó. Ella le escuchó cuidadosamente, levantando de vez en cuando su arrugada mano para hacerle callar y formular una pregunta.

En un momento dado soltó un respingo.

—¿Intuición femenina? ¿Para esto queríais el robot? Valientes hombres... Enfrentados a una mujer capaz de llegar a una conclusión correcta e incapaces de aceptar el hecho de que es igual a vosotros o superior en inteligencia, entonces inventáis algo llamado «intuición femenina».

—Eh... sí, Susan, pero déjame que siga.

Siguió. Cuando Susan oyó lo de la voz de contralto de Jane, le interrumpió:

—A veces resulta difícil elegir entre rebelarse contra el sexo masculino o sólo olvidarlo desdeñosamente.

—Bueno, deja que continúe y... —suplicó Bogert.

Cuando hubo terminado, Susan dijo:

—¿Podría utilizar tu estupendo despacho durante una o dos horas?

—Sí, pero...

—Deseo revisar varios archivos —le explicó ella—, la programación de Jane, las llamadas de Madarian, tus interrogatorios en Flagstaff. Y supongo que podré usar tu nuevo y bellissimo laserfono protegido... y tu equipo computador, si los necesito.

—Sí, claro.

—Entonces, esfúmate, mi querido Peter.

Hasta cuarenta y cinco minutos más tarde Susan no fue renqueando hasta la puerta, la abrió y llamó a Bogert.

Cuando éste entró, lo hizo junto con Robertson. Los dos penetraron en la estancia y Susan saludó al último con un frío:

—Hola, escocés.

Bogert trató desesperadamente de calcular los resultados obtenidos por Susan a juzgar por su expresión. Sin embargo, ella no tenía la menor intención de facilitarle las cosas.

—¿Crees —preguntó Bogert cautelosamente— que podrás hacer algo?

—¿Más de lo que ya he hecho? No, nada más.

Bogert apretó los labios, iracundo.

—¿Qué ha hecho ya, Susan? —inquirió Robertson.

—He reflexionado un poco, algo que por lo visto no logro que hagan los demás. Por un lado, he pensado en Madarian. Le conocía bien. Tenía buen cerebro, aunque fuese un irritante extravertido. Y pensé que tú le apreciarías mucho más que a mí, Bogert.

—Por el cambio... —Bogert no pudo reprimir las palabras.

—Y siempre te estaba acosando con los resultados tan pronto como los obtenía, ¿eh?

—En efecto.

—Y no obstante —continuó Susan—, su último mensaje, el que se refería a lo dicho por Jane respecto a la respuesta deseada, fue enviado desde el avión. ¿Por qué esperó tanto? ¿Por qué no te llamó inmediatamente desde Flagstaff, tan pronto como Jane le hubo dado la respuesta?

—Supongo —replicó Bogert— que por una vez quiso comprobar cuidadosamente la respuesta y... bueno, no lo sé. Era lo más importante de su vida y quizá quisiera asegurarse por sí mismo.

—Al contrario, cuanto más importante fuese, menos habría esperado para darte la noticia. Y en caso de poder aguardar, ¿por qué no hacerlo hasta haber llegado aquí, a fin de comprobar los resultados con todo el equipo del que podía disponer? En resumen, aguardó demasiado desde un punto de vista y demasiado poco desde otro.

—Entonces —la interrumpió Robertson—, usted cree que se trata de un truco...

Susan pareció rebelarse ante esta idea.

—Escocés, no intente competir con Peter en observaciones estúpidas. Y deje que continúe. Un segundo punto se refiere al testigo. Según el registro de la última llamada, Madarian dijo: «El pobre chico pegó un brinco de medio metro cuando Jane empezó de repente a dar la respuesta con su encantadora voz». En realidad, esto fue lo último que comunicó Madarian. Y la pregunta es: ¿por qué saltó el testigo? Madarian ya había explicado que todos estaban hechizados por la voz y que habían estado diez días con el robot..., con Jane. Entonces, ¿por qué había de asombrar a nadie el simple hecho de oírla hablar?

—Supongo que fue por la sorpresa al ver que Jane daba la respuesta a un problema que ha trastornado las mentes de los planetólogos durante casi un siglo —sugirió Bogert.

—¡Pero es que esperaban que ella diera tal respuesta! Por eso estaba allí. Además, considera la frase entera. Madarian dio a entender que el testigo estaba sobresaltado, no asombrado, si es que comprendes la diferencia. Más aún, que la reacción se produjo cuando Jane, de repente, empezó a hablar... o sea, al principio de su declaración, Para que se asombrase ante el contenido de lo que dijo, se habría necesitado que el testigo escuchase un rato, a fin de comprender sus palabras. Y Madarian habría dicho que el testigo «saltó medio metro después de haber oído lo dicho por Jane», Habría sido «después», no «cuando», sin incluir la palabra «de repente».

—No creo que sirva de mucho —rezongó Bogert— apurar el significado y utilización de una palabra.

Tal vez a mí, sí me sirva —replicó Susan, fríamente—, por mi condición de robopsicóloga. Y creo que Madarian también se expresaría de este modo por su condición de robopsicólogo. Tenemos que aclarar dos anomalías. La extraña demora de Madarian al llamar y la sorprendente reacción del testigo.

—¿Puede aclararlas? —preguntó Robertson.

—Naturalmente —asintió Susan—, puesto que siempre empleo la lógica. Madarian dio la noticia sin retraso, como de costumbre, o al menos con el menor retraso posible. De haber solucionado Jane el problema en Flagstaff, ciertamente habría llamado desde allí. Y puesto que llamó desde el avión, Jane debió solucionar el problema después de salir de Flagstaff.

—Pero...

—Déjame terminar, déjame terminar. ¿No se trasladó Madarian al aeropuerto en un camión cercado? ¿No iba Jane en el cajón?

—Si.

—Y seguramente, Madarian y el cajón que contenía a Jane volvieron de Flagstaff al aeropuerto con el mismo camión. ¿No es así?

—Sí, en efecto.

—Y no iban solos en el camión. En una de sus llamadas, Madarian habló de un chófer. Por tanto, no creo equivocarme al concluir que si llevaban un

chófer, era un ser humano que iba en el camión.

—¡Dios santo!

—Lo malo de ti, Peter, es que cuando piensas en el testigo de una declaración planetológica, piensas en planetólogos. Divides los seres humanos en categorías y las desprecias casi todas. Un robot no puede hacerlo. La primera ley dice: «Un robot no puede jamás dañar a un ser humano ni, debido a la inacción, permitir que un ser humano sufra un daño.» Cualquier ser humano. Esta es la esencia del punto de vista de un robot. Un robot no hace distinciones. Para un robot todos los hombres son exactamente iguales, y para un robopsicólogo que ha de tratar por fuerza con los hombres a un nivel robótico, también todos los hombres son exactamente iguales.

Bogert estaba absorto ante aquellas palabras, lo mismo que Robertson.

—Jamás se le habría ocurrido a Peter decir que un camionero había escuchado la declaración de Jane. Un chófer no es un científico, sino el simple complemento animado de un vehículo, pero para Madarian era un hombre y un testigo. Nada más. Nada menos.

—Pero, ¿estas segura de que...? —Bogert movió la cabeza incrédulo.

—Claro que estoy segura. ¿Qué otra cosa podría explicar el otro punto, o sea la observación de Madarian referente al sobresalto del testigo? Jane iba dentro del cajón, ¿no? Pero no estaba desactivada. Según los archivos, Madarian siempre se mostró contrario a la desactivación de un robot intuitivo. Además, Jane-5, como las otras Jane anteriores, no hablaba demasiado. Probablemente, no se le ocurrió a Madarian ordenarle callar dentro del cajón, y fue en su interior donde finalmente Jane halló la respuesta definitiva. Y naturalmente, empezó a hablar. De repente, de dentro del cajón surgió una hermosa voz de contralto. Si hubieras sido tú el camionero, ¿qué habrías hecho? Seguramente te habrías sobresaltado mucho. ¡Oh!, fue una suerte que no se estrellase contra un árbol.

—Pero si el conductor fue el testigo, ¿por qué no se ha presentado y...?

—¿Por qué? ¿Sabe acaso que sucedió algo importante, que fue testigo de algo crucial? Además, ¿no crees que Madarian debió gratificarle espléndidamente para que guardase silencio? ¿Podía desear que se supiera que había transportado de manera ilegal por la Tierra un robot activado?

—Bien, entonces el conductor recordará lo que dijo Jane.

—¿Por qué no? Tal vez creas, Peter, que un camionero, algo que a tu entender apenas si está por encima de un mono, no es capaz de recordar. Pero los camioneros también tienen cerebro. La declaración fue sumamente notable y el conductor puede recordar al menos parte de la misma. Aunque no se acuerde perfectamente de las palabras o los números, como sabes estamos tratando con una serie finita, con las estrellas o los sistemas estelares 5500, dentro de un radio de ochenta años-luz, aproximadamente. En realidad, no he comprobado el número exacto. Puedes efectuar las correcciones pertinentes y escoger las estrellas más adecuadas. En caso de necesidad, podrías probar con la sonda psíquica...

Los dos hombres la contemplaron fijamente. Por fin, Bogert, temeroso de creer en sus palabras, su susurró:

—¿Cómo estás tan segura?

Por un momento, Susan estuvo a punto de decir:

«—Porque he llamado a Flagstaff, idiota, y porque he hablado con el camionero, y porque me ha contado lo que oyó, y porque lo he comprobado todo con la computadora de Flagstaff y conozco ya las tres estrellas que encajan con la información, y porque tengo los números en mi bolsillo.»

Pero no lo dijo. Deseaba que Bogert se enterase por sí mismo. Se puso en pie cuidadosamente y murmuró con sarcasmo:

—¿Cómo estoy tan segura? Llamémoslo... intuición femenina.

NO VENGAS A MÍ EN EL BLANCO INVIERNO

Harlan Ellison & Roger Zelazny

Esta es la historia, de un Fausto del futuro que creyó haber vencido al tiempo, para verse finalmente burlado por él de un modo cruelmente irónico.

Ella se moría y él era el hombre más rico del mundo, pero no podía comprarle la vida. De modo que hizo lo único que podía hacer. Construyó una casa. Construyó *la* casa, diferente a todas. La trasladaron allí en una ambulancia, y sus pertenencias y muebles la siguieron en muchos camiones.

Llevaban algo más de un año de casados cuando apareció la enfermedad. Los especialistas sacudieron la cabeza y le dieron un nombre derivado del de la paciente. También pronosticaron que su muerte se produciría antes de un año y después de los seis primeros meses. Después se marcharon, dejando tras ellos una serie de recetas y el olor a antiséptico. Pero él no se sintió totalmente derrotado. Una cosa tan corriente como la muerte no podía derrotarle.

Porque él era el mejor físico empleado por la compañía AT & T en el año de nuestro señor y presidente Farrar, 1998.

(Cuando uno es incalculablemente rico por nacimiento, siente que el poder personal no vale nada; por consiguiente, tras haberle sido negadas las alegrías del trabajo duro y pesado y la miseria más abyecta, un hombre tal ha de labrarse un porvenir por sí mismo. Y él se convirtió, siendo inmensamente rico, en el mejor físico del mundo y de todos los tiempos. Lo cual fue suficiente para él... hasta que la conoció. Entonces, deseó mucho más.)

No tenía por qué trabajar para la AT & T, pero le gustaba. Le permitían el uso de los laboratorios de investigación, con todas las facilidades que ello suponía, para explorar en su afición favorita: el tiempo y su contracción.

Sabía más respecto a la naturaleza del tiempo que cualquier otro ser humano.

Podía afirmarse que Carl Manos era el mismo Cronos-Ops-Saturno-Padre

del Tiempo, ya que además encajaba en la descripción, con su barba larga y negra, y su bastón semejante a una guadaña. Conocía al tiempo como nunca lo había conocido hombre alguno, y poseía el poder y la voluntad, además del amor, de explotar tal conocimiento.

¿Cómo?

Bien, estaba la casa. El mismo la planeó. La hizo construir en menos de seis semanas, solucionando por sí mismo una huelga a fin de asegurar que quedaría lista a tiempo.

¿Qué tenía de especial aquella casa?

Tenía una habitación; una habitación distinta a todas las demás del mundo entero.

En dicha habitación, el tiempo ignoraba las leyes de Albert Einstein, obedeciendo sólo las de Carl Manos.

¿Cuáles eran estas leyes y cuál era esta habitación?

Para invertir el orden de las preguntas, la habitación era el dormitorio de su amada Laura, que padecía de «lora manosismo», una enfermedad del sistema nervioso central cuyo nombre, como se ha dicho, los médicos habían derivado del nombre de la paciente. La enfermedad era tremendamente degenerativa; cuatro meses después del diagnóstico la enferma estaría postrada. Cinco meses, y sería una ciega incapaz de hablar. De seis meses a un año... sobrevendría la muerte. Mientras tanto, vivía en el dormitorio donde el tiempo temía entrar. Vivía allí, mientras él trabajaba y luchaba por ella. Era así porque por cada año que transcurría fuera del cuarto, dentro de él sólo pasaba una semana. Carl lo había dispuesto de este modo, y le costaba ochenta y cinco mil dólares semanales mantener el equipo necesario. Deseaba verla viva y curada, por muy costoso que ello resultase, aunque el aspecto de su barba cambiase a cada semana transcurrida para ella. Contrató especialistas y dotó económicamente a una fundación dedicada a la curación de su amada. Y cada día él envejecía un poco. Aunque ella tenía diez años menos que él, la diferencia aumentó rápidamente. Y no obstante, él trabajaba para que el tiempo transcurriese aún más despacio en el dormitorio.

—Señor Manos, el gasto es ahora de cien mil dólares semanales.

—Los pagaré —les dijo a los empleados de las compañías de luz y

energía.

Y pagó. Cada año valía solamente tres días.

Y entraba en el dormitorio y hablaba con ella.

—Estamos a nueve de julio —dijo en una ocasión—. Cuando he salido de aquí esta mañana estábamos en Navidad. ¿Cómo te encuentras?

—Me falta la respiración —jadeó ella—. ¿Qué dicen los médicos?

—Aún nada —respondió él—. Se ocupan de tu problema, pero la respuesta aún no está a la vista.

—No creo..., no creo que la encuentren.

—No seas fatalista, amor mío. Si existe un problema, tiene que haber una solución... y tenemos mucho tiempo por delante. Todo el tiempo del mundo.

—¿Me has traído un periódico?

—Sí. Esto te mantendrá animada. Ha habido una guerra relámpago en África y ha aparecido un nuevo candidato presidencial.

—Ámame, por favor.

—Te amo.

—No, esto ya lo sé. Por favor, bésame.

Sonrieron ambos ante el temor a pronunciar ciertas palabras, pero él la besó fervientemente.

Luego, tras aquel corto instante de verdad, él murmuró:

—Laura, he de decirte lo que ocurre. Todavía no hemos llegado a ninguna parte, pero los mejores neurólogos del mundo trabajan para mí. Ha habido otro caso cómo el tuyo desde que te encerraste aquí..., bueno, desde que estás aquí, y ya ha muerto. Pero los médicos han aprendido algo de ese caso y seguirán aprendiendo. Te he traído una nueva medicina.

—¿Pasaremos juntos la Navidad? —preguntó ella.

—Si quieres...

—¡Oh!, sí.

Y él la complació.

Llegó por Navidad, y juntos adornaron el árbol y abrieron los regalos.

—¡Valiente Navidad sin nieve! —comentó Laura.

Pero él le llevó nieve, un leño Yule y su amor.

—Me parece —susurró ella— que a veces ya no puedo mantenerme en

pie. Tú haces cuanto puedes sin lograr nada, de modo que sólo sirvo para molestarte. Lo siento.

Medía metro sesenta de estatura y tenía el cabello negro. ¿Negro? Tanto, que casi era azul, y sus labios ostentaban un tono rosado, como un par de conchas de coral. Sus ojos eran como un crepúsculo sin nubes, donde el día se ponía en el azul. Sus manos temblaban levemente cuando las movía, que era muy pocas veces.

—Laura —repuso él—, mientras ambos estamos aquí sentados, ellos trabajan. La solución, la cura, vendrá... con el tiempo.

—Lo sé.

—Aunque a veces te preguntas si habrá bastante tiempo. ¡Oh!, sí, lo habrá. El tiempo no pasa virtualmente para ti, mientras que fuera lo hace con increíble rapidez. No te preocupes. Descansa. Te devolveré la salud.

—Lo sé —asintió Laura—. Es que a veces... me desespero.

—No sufras.

—No puedo impedirlo.

—Sé respecto al tiempo más que nadie del mundo. Y tú lo tienes de tu parte.

Blandió el bastón como un sable, cortando las rosas que crecían por el muro.

—Puedes perder un siglo —continuó rápidamente, como si odiara perder un segundo— sin que te perjudique en absoluto. Puedes aguardar la solución. Más pronto o más tarde habrá una respuesta. Si estoy fuera de aquí unos meses, para ti sólo pasa un día. No temas. Te curarás y volveremos a estar juntos en un día resplandeciente. Pero, ¡por el amor de Dios, no te inquietes! ¡Ya sabes lo que te dijeron sobre las conversaciones psicósomáticas!

—Sí, que no debía sufrir ninguna.

—Entonces, obedece. Todavía puedo utilizar otros trucos con el tiempo... como la congelación. Y créeme, todo saldrá bien.

—Sí —asintió ella, levantando su copa de «niebla islandesa»—. ¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad!

Pero incluso para un hombre incalculablemente rico, la falta de atención

con respecto al restablecimiento de su fortuna, la ferocidad monomaniaca en conseguir un objetivo y el gasto constante, desbordante, conducen inevitablemente a un fin. Y aunque dicho fin estuviera aún lejano, aunque hubiese más años de los necesarios, pronto se puso en claro para cuantos le rodeaban que Carl Manos se había comprometido a una empresa que acabaría con su destrucción. Al menos, financieramente. Y para ellos ésta era la peor forma de destrucción. Ya que no vivían en las ideas de Manos y no sabían que había otras destrucciones mucho peores.

A principios de verano, él fue a verla con un disco de dúos de zarzuela, cantados por La Cruz e Hidalgo Bretón. Se sentaron muy juntos, con las manos enlazadas, y escucharon durante todo julio y agosto las voces de otros que también estaban enamorados. Carl sólo observó la angustia de su joven esposa cuando agosto estaba finalizando y el disco quedó silencioso.

—¿Qué te ocurre? —indagó suavemente.

—No es nada; nada, de veras.

—Cuéntamelo.

Entonces, ella le habló de su soledad.

Y se maldijo a sí misma por su ingratitud, por su falta de conciencia, por su falta incluso de paciencia. Él la besó gentilmente y le aseguró que trataría de remediar tal estado de cosas.

Cuando salió del dormitorio, el primer frío de setiembre doblaba la esquina del mundo. Pero se ocupó de buscar un remedio a la soledad de Laura. Pensó primero en vivir en el dormitorio y llevar a cabo sus experimentos en él, sin tiempo. Pero esto era imposible por diversos motivos..., la mayoría de los cuales se referían precisamente al tiempo. Por otra parte, necesitaba mucho espacio para realizar los experimentos, y construir anexos al dormitorio era imposible. Además, sabía que no tenía ya bastante dinero para ampliar los experimentos.

De modo que encontró la única solución.

Hizo que su fundación buscara a un compañero adecuado por el mundo entero. Y al cabo de tres meses, sometieron a su aprobación una lista de posibles candidatos. Dos personas. Sólo dos.

La primera era un joven llamado Thomas Grindell, un muchacho

inteligente e ingenioso que hablaba siete idiomas, había escrito una historia de la humanidad bastante aceptable, había viajado mucho, era sincero y, además, en todos los aspectos, la compañía más perfecta.

La segunda era una mujer muy poco atractiva llamada Yolande Loeb. Poseía tantas cualidades como Grindell, había estado casada y divorciada, y escribía poemas excelentes. Por lo demás, había dedicado casi toda su vida a diversas reformas sociales.

Carl Manos, a pesar de estar absorto en su problema, logró intuir las posibles consecuencias de su elección. Y descartó el nombre de Grindell.

A Yolande Loeb le ofreció las tentaciones mellizas de una existencia más larga y una compensación financiera suficiente para vivir sin agobios durante tres vidas. Y la mujer aceptó.

Carl Manos la llevó al dormitorio y antes de que la puerta se abriera desde el control del tablero de mando, le dijo:

—Quiero que Laura sea feliz. Ha de mantenerla ocupada. Sea lo que fuere lo que desee, ha de conseguirlo. Sólo le pido esto.

—Haré cuanto pueda, señor Manos.

—Laura es una mujer maravillosa, y estoy seguro de que usted acabará por quererla.

—También lo creo yo.

Carl abrió la antesala y entraron. Cuando se hubieron neutralizado temporalmente, abrieron la puerta interior y Carl penetró en el dormitorio con Yolande.

—Hola.

Laura abrió mucho los ojos cuando vio a su nueva compañía, pero cuando Carl le contó que se trataba de la nueva amistad que necesitaba, sonrió y le besó a él la mano.

—Laura y yo tenemos mucho tiempo por delante para conocernos —murmuró Yolande Loeb—. Por tanto, ¿por qué no pasan ustedes algún tiempo juntos?

Se retiró al lugar más apartado de la habitación, a la biblioteca, y cogió una novela de Dickens.

Laura atrajo a Carl hacia sí y le besó.

—Eres tan bueno conmigo...

—Porque te amo. Es así de sencillo. Ojalá todo lo fuese tanto.

—¿Cómo van las investigaciones?

—Lentamente, pero se acerca la solución.

Laura estaba inquieta por su marido.

—Pareces tan fatigado, Carl...

—Cansado, no fatigado. Hay una gran diferencia.

—Y te estás haciendo muy viejo.

—Opino que el gris de la barba es de una gran distinción.

Laura se echó a reír al escuchar estas palabras, pero Carl se alegró de haber traído a la Loeb y no a Grindell. Estando los dos juntos en una habitación donde el tiempo casi no transcurría, durante unos meses interminables que para ellos no lo habrían sido, ¿quién sabe lo que podía haber ocurrido? Laura era una mujer de belleza extraordinaria. Y cualquiera podía enamorarse de ella. Pero con la señorita Loeb como compañera..., bueno, esto era seguro.

—He de irme. Hoy probamos un nuevo catalizador. O mejor, lo probamos hace unos días... cuando vine aquí. Volveré lo antes posible.

Laura asintió, comprensiva.

—Ahora que tengo compañía, no me aburriré tanto hasta tu regreso, querido.

—¿Deseas que traiga algo especial la próxima vez?

—¿Incienso de sándalo?

—De acuerdo.

—Ahora ya no estaré sola —repitió ella.

—No, eso espero. Bien, adiós.

Y se marchó, dejando juntas a las dos mujeres.

—¿Conoce a Neruda? —preguntó Yolande.

—¿Cómo?

—Al poeta chileno. *Las montañas de Machu Picchu*. Una de sus mejores obras.

—No, creo que no.

—La tengo aquí. Es una obra de un poder centelleante. Tiene mucha

fuerza interior, y pensé que usted...

—... Podría extraer energías de la misma mientras espero a la muerte. Gracias, no. ¡Oh, no! Ya ha sido bastante penoso pensar en todas las cosas que las pocas personas cuyas obras he leído han dicho respecto al fin de la vida. Soy cobarde y sé que un día moriré como todo el mundo. Pero en mi estado actual tengo un horario programado, muy estricto. Esto ocurre, y ocurre lo otro, y todo ha terminado. Lo único que existe entre la muerte y yo es mi marido.

—El señor Manos es un hombre excelente. Y la ama mucho.

—Gracias. Sí, lo sé. Por tanto, si desea usted consolarme a este respecto, le diré que no estoy especialmente interesada en ello.

Pero Yolande Loeb frunció los labios y tocó a Laura en un hombro.

—No, nada de consuelos —murmuró—. En absoluto.

Hizo una pausa y continuó:

—Valor o fe, quizá sí. Pero no consuelo ni resignación —añadió—. «La muerte irresistible me invitó muchas veces: / Fue como la sal escondida entre las olas / y lo que su invisible fragancia sugería / eran fragmentos de naufragios y montañas / o vastas estructuras de vientos y neviscas.»

—¿Qué es esto?

—El principio de *Cuarta Sección*.

Laura abatió los párpados.

—Cuénteme todo el argumento.

—«De aire a aire, como una red vacía —citó Yolande, con tono profundo, impresionante, con acento de ligereza—, dragando las calles y la atmósfera ambiental, yo vine / pródigo, a la coronación del otoño...»

Laura escuchaba, presintiendo cierta variación de la verdad.

Al cabo de un tiempo alargó la mano, y las puntas de los dedos de ambas se tocaron suavemente.

Yolande le habló de su infancia en el *kibbutz*, y de su matrimonio fracasado. Le contó toda su vida y los sufrimientos pasados.

Laura lloró al escuchar tales desgracias.

Y durante varíes días se sintió muy mal.

Y no obstante, aquellos no fueron días para Carl Manos, que también se sentía muy mal. Conoció a una joven con cuya compañía disfrutó, hasta que ella le confesó su amor por él. Entonces la abandonó como a un zumaque envenenado con patatas fritas. Al fin y al cabo, el tiempo —su amigo, su enemigo—, tenía un pacto firmado con él y Laura. Y no había lugar para más extraños en aquel fatal terceto.

Maldijo, pagó las cuentas, y trató de conseguir que el tiempo le ayudara más aún.

De repente, sufrió mucho. Nada sabía de Pablo Neruda, Pasternak, García Lorca, Yevtushenko, Alan Dugan, Yeats, Brooke, o Daniels..., de ninguno de ellos, y aquellos días Laura hablaba de esos autores de forma constante. Como no podía responder a las citas de ella, se limitaba a asentir. Y continuó asintiendo una y otra vez.

—¿Eres feliz con este arreglo? —le preguntó finalmente.

—¡Oh, sí! Claro —respondió Laura—. Yolande es maravillosa. Y me alegro de que la invitaras.

—Bravo. Al menos, esto ya es algo.

—¿A qué te refieres? —quiso saber ella.

—¡Yolande! —gritó Carl, súbitamente—. ¿Cómo está?

Yolande Loeb surgió de la zona de la habitación separada por un biombo, a la cual solía retirarse discretamente durante las visitas de Carl. Afirmó con el gesto y sonrió débilmente.

—Estoy muy bien, señor Manos, gracias. ¿Y usted?

Hubo una ligera ronquera en su voz cuando avanzó hacia él, y viendo que sus ojos estaban fijos en su barba, Carl se echó a reír.

—Empiezo a sentirme, algo prematuramente tal vez, como un patriarca —respondió.

Yolande sonrió, y aunque el tono de Carl había sido ligero, volvió a experimentar su sufrimiento anterior.

—He traído unos regalos —prosiguió, dejando unos paquetes sobre la mesa—. Las últimas obras de arte y grabaciones, discos, algunas películas excelentes, y poemas que los críticos juzgan excepcionales.

Las dos mujeres se aproximaron a la mesa y empezaron a afanarse cortando cintas, abriendo paquetes, y dando las gracias por cada artículo que veían, dejando escapar murmullos de placer y contento. Estudiando el rostro feúcho de Yolande, con su nariz respingona, sus numerosas pecas, la pequeña cicatriz en la frente, y sin apartar sus ojos del rostro de Laura, Cari enrojeció y sonrió, con las dos manos sobre el bastón, mientras pensaba que su elección había sido acertada. Ante esta idea, algo se retorció suavemente dentro de él, y de nuevo experimentó aquel extraño dolor.

Al principio, no acertó a analizar sus sentimientos. Sin embargo, siempre volvía a él como acompañamiento del recuerdo de aquella visión: las dos mujeres moviéndose en torno a la mesa repleta de paquetes, hojeando los libros, sosteniendo las cintas magnetofónicas ante sus ojos para examinar las grabaciones y charlando de los nuevos tesoros, excluyéndole a él por completo.

Era una sensación de alejamiento, como el resultado de una pequeña separación, pero podía ser algo más. Las dos mujeres tenían algo en común, algo que no existía entre Laura y él. Compartían el amor por el arte, al que él había concedido muy poco tiempo. Asimismo, estaban juntas en una zona bélica, solas en una habitación asediada por su enemigo, el tiempo. Y esto las había unido más aún, pues compartían la experiencia de desafiar a la edad y a la muerte. Poseían aquella habitación donde él era ya un extraño. Era...

De pronto, decidió que estaba celoso, y la idea le sorprendió. Estaba celoso de lo que las dos compartían en común. Este pensamiento le asombró, le aturdió. Pero entonces, impresionado por la sensación de falta de valor personal, reconoció dicha impresión como otra prueba de este estado. Y trató concienzudamente de apartar este sentimiento lejos de sí.

Pero, por supuesto, nunca había habido otra Laura ni otro *ménage* como el suyo.

¿Era en la culpa donde debía buscar la respuesta?

No estuvo seguro.

Pidió por clave una taza de café recién hecho, y cuando llegó, sonrió a los

ojos, tal vez los suyos, que le contemplaban a través del vapor y la negrura de la superficie de la taza. Su conocimiento de los antiguos se había detenido en sus leyendas y teorías del tiempo. Cronos, o el tiempo, había sido castrado por su hijo, Zeus. Con esto, se decía, los sacerdotes y los oráculos querían dar a entender que la noción del tiempo no puede brindar cosas nuevas, sino que ha de repetirse a sí misma, complaciéndose con las variaciones de lo que siempre ha existido. Y por esto, Carl sonrió.

¿No era la enfermedad de Laura algo nuevo en el mundo? ¿Y no era él el dueño del tiempo? ¿No era este dominio suyo la causa de otra cosa: el remedio de la enfermedad?

Olvidados al mismo tiempo la culpa y los celos, sorbió el café, tabaleando con los dedos para dejar oír una melodía desconocida, mientras las partículas y antipartículas bailaban ante él en sus cámaras, y de este modo el tiempo se mantenía quieto.

Y cuando aquella tarde resonó el visor, aquella tarde en que él estaba allí sentado, como humo blanco, delante del Tachytron, con las arcaicas gafas levantadas hasta la frente, una taza de café frío delante, sobre el tablero de mando; mientras estaba como sentado en su propio interior, apartó de sí la recordada culpa para cambiarla por una premonición.

El visor volvió a llamar.

Sería un médico... y tal vez...

Los resultados de los últimos experimentos (viajes al arco iris, adonde ningún físico había llegado antes) se habían integrado con la labor de los médicos, y su premonición se transformó en una realidad maravillosa.

Fue a notificarle a Laura que habían vencido; fue a la habitación fuera de la cual el tiempo asediaba con frustración creciente; fue a restablecer la plena medida de su amor.

Fue al lugar donde las encontró amándose.

Solo, fuera de la habitación donde el tiempo aguardaba finalmente saboreando ya el sabor de la victoria, Carl Manos vivió más vidas de las que ninguna habitación especial podía procurar. No hubo escenas, excepto en el

silencio torturador. No hubo palabras, excepto en las impresiones de los tres que estaban rodeados por cuanto había sucedido en aquel dormitorio, encerrado de manera invisible en las paredes.

Naturalmente, querían estar juntas. No necesitó preguntarlo. Juntas y solas en la habitación sin tiempo donde habían conocido él amor, juntas en la habitación donde Carl Manos no volvería a entrar. Todavía la amaba, cosa que jamás cambiarla. Por lo tanto, sólo le quedaban dos caminos.

Podía trabajar durante el resto de su inútil existencia para seguir pagando a las compañías de luz y energía, a fin de que la habitación siguiera funcionando. O podía suprimir dicha energía. Claro que para suprimirla por completo tendría que esperar. Esperar a que el tiempo vencedor transformara su amor en una especie de odio que le impulsara a suspender el funcionamiento de la habitación.

No hizo ninguna de ambas cosas. Como sólo tenía dos caminos, escogió un tercero, una elección que no tenía, que nunca había tenido.

Fue hacia el tablero de mando y efectuó la maniobra más acertada: aceleró el tiempo de la habitación. Ahora, incluso el tiempo, moriría allí dentro. Y después, falto de valor, salió de allí.

Yolande estaba sentada, leyendo. Otra vez Neruda. ¡Cómo solía volver a él!

En la cama, la que había sido Laura yacía en descomposición. El tiempo, sin darse cuenta de nada, ni siquiera de su misma existencia, sin saber que todos eran sus víctimas, incluso él mismo, había obtenido finalmente la victoria.

—«Ven, diminuta vida —leía Yolande—, entre las alas / de la Tierra, mientras tú, cristal helado en el aire machacado, / separando esmeraldas en orden de batalla. / ¡Oh!, aguas salvajes, cae de las gemas de la nieve.»

*«Amor, amor, hasta que la noche se desmaye
desde el cantarín pedernal de los Andes,
hasta las rojas rodillas del alba,*

sal y contempla al hijo ciego de la nieve.»

Yolande dejó el libro sobre su regazo, y se reclinó en la butaca, con los ojos cerrados. Y para ella, los años transcurrieron rápidamente.

LA HORMIGA ELÉCTRICA

Philip K. Dick

Philip K. Dick es, sin duda, uno de los autores más inquietantes de la SF estadounidense. Sus obras, como la recientemente publicada en castellano El hombre del castillo, suelen llevar implícitas desconcertantes consideraciones sobre la naturaleza de lo que llamamos «realidad». Y puede que más de uno, tras leer el siguiente relato, busque un panel oculto en su epidermis...

A las cuatro y cuarto de la tarde, cuando T. S. T. Garson Poole despertó en el lecho del hospital, comprendió que estaba en un lecho de hospital y otras dos cosas: que ya no tenía la mano derecha y que no sentía dolor alguno.

Le habían administrado un analgésico poderoso, se dijo, mirando hacia la pared en la que había una ventana que daba al centro de Nueva York. Telas de araña por las que los vehículos y los transeúntes se apresuraban, donde las ruedas giraban bajo el postrero sol de la tarde. El brillo de agonizante luz le gustó. Todavía no ha muerto, pensó. Ni yo tampoco.

Había un fono en la mesita de al lado; vaciló, cogió el receptor, y marcó para una línea exterior. Un momento más tarde estaba ante la imagen de Louis Danceman, a cargo de las actividades Tri-Plan mientras él, Garson Poole, estuviera en otra parte.

—Gracias a Dios que está vivo —suspiró Danceman al verle; su rostro carnoso y grande, con superficie lunar llena de hoyos, se distendió a causa del alivio—. He llamado a todos.

—Sólo me falta la mano derecha —le interrumpió Poole.

—Pero está bien. Quiero decir que pueden injertarle una.

—¿Cuánto tiempo he de estar aquí? —preguntó Poole.

No sabía dónde estaban los médicos ni las enfermeras; ni por qué no se reían o alborotaban al efectuar una llamada.

—Cuatro días —respondió Danceman—. Aquí en la planta todo marcha bien. En realidad, hemos recibido pedidos de tres diferentes sistemas de policía, todos de la Tierra. Dos de Ohio, y uno de Wyoming. Buenos pedidos en firme, con un tercio por adelantado y la usual opción de arriendo por tres

años.

—Venga a sacarme de aquí —pidió Poole.

—No puedo sacarle hasta que la nueva mano...

—Me la injertarán más tarde.

Anhelaba desesperadamente volver a su ambiente familiar; el recuerdo del cohete mercantil elevándose grotescamente en la pantalla piloto carenada al fondo de su mente; si cerraba los ojos volvía a sentirse en el vehículo destrozado al ir de uno a otro, recibiendo grandes daños. Las sensaciones cinéticas. Parpadeó al recordarlas. Creo que he tenido suerte, se dijo.

—¿Está Sarah Benton con usted? —preguntó Danceman.

—No, claro.

Era su secretaria personal, y aunque sólo fuese por consideraciones de empleo, debería estar a su lado, acunándole como a un bebé. Todas las mujeres gruesas gustan a las madres, pensó. Y son peligrosas; si te caen encima pueden matarte.

—Tal vez fue esto lo que ocurrió —dijo, en voz alta—. Tal vez Sarah cayó sobre mi cohete.

—No, no, un eje del sistema de dirección del cohete se rompió en la hora de más tráfico y usted...

—Lo recuerdo.

Dio media vuelta en la cama al oír abrirse la puerta de la sala. Aparecieron un médico con bata blanca y dos enfermeras con batas azules, y dirigieron sus pasos hacia la cama.

—Ya hablaremos más tarde —dijo Poole, colgando el fono.

Respiró profundamente, con expectación.

—No hubiera debido hablar por fono tan pronto —le recriminó el médico, consultando el diagrama—. Señor Garson Poole, dueño de Electrónicas Tri-Plan. Constructor de dardos identados que rastrean su presa en un radio de mil millas, respondiendo a un dibujo ondulado único. Usted es un hombre afortunado, señor Poole. Pero usted no es un hombre. Usted es una hormiga eléctrica.

—¡Diablos! —exclamó Poole, aturdido.

—De modo que en realidad no podemos curarle aquí, ahora que lo hemos

descubierto. Lo supimos, claro está, tan pronto como examinamos su mano derecha lesionada; cuando vimos los componentes eléctricos y cuando miramos su torso por rayos X, y, naturalmente, estos análisis corroboraron nuestra hipótesis.

—¿Qué es una hormiga eléctrica? —quiso saber Poole.

Pero ya lo sabía y podía descifrar el término.

—Un robot orgánico —respondió una enfermera.

—Ya —asintió Poole.

Un sudor frío afloró a su piel y le empapó todo el cuerpo.

—Usted no lo sabía —insinuó el médico.

—No —Poole sacudió la cabeza.

—Casi todas las semanas viene una hormiga eléctrica —continuó el doctor—. Vienen a causa de un accidente, como usted, o piden admisión voluntariamente. Por ejemplo, uno que como usted no lo sabía, y ha funcionado siempre junto a los seres humanos, creyendo ser también... un hombre. En cuanto a su mano...

El doctor calló.

—Olvide mi mano —le atajó Poole, bruscamente.

—Cálmese. —El médico se inclinó sobre Poole y escrutó atentamente su semblante—. Una nave hospital le llevará a un apartamento donde podrá hacer la reparación o la sustitución de su mano a un precio razonable, bien para usted, siendo como es el dueño único, o para sus compañeros, si los tiene. De todos modos, podrá volver a su despacho de la Tri-Plan, en las mismas condiciones de funcionamiento que antes.

—Excepto que ahora lo sé —masculló Poole.

Ignoraba si Danceman, Sarah o alguno de la oficina lo sabrían. ¿Le había alguno, o algunos, comprado? ¿Fabricado? Un figurón, eso era; esto había sido. Ya no debía dirigir la Compañía; era una ilusión implantada en él cuando lo fabricaron..., junto con la ilusión de ser un humano y vivir.

—Antes de que sea trasladado al Departamento de Reparaciones —dijo el médico—, ¿será tan amable de abonar su cuenta en el despacho de enfrente?

—¿Cómo debo nada si ustedes no tratan aquí a las hormigas? —replicó agriamente Poole.

—Por nuestros servicios —aclaró una enfermera—. Hasta que lo supimos.

—Envíen la cuenta —repuso Poole, sacudido por un furor impotente—. Envíenla a mi Compañía.

Con un tremendo esfuerzo se sentó en la cama; con la cabeza dándole vueltas, bajó de ella y se afirmó en el suelo.

—Me encantará marcharme de aquí —añadió cuando consiguió mantenerse erguido—. Y gracias por su atención tan humana.

—Gracias a usted, señor Poole —respondió el médico—. O tal vez deba decir sólo Poole.

En el departamento de reparaciones le reemplazaron la mano perdida.

La mano resultaba fascinante; la examinó largo tiempo antes de permitir que los técnicos la colocasen. Por fuera, parecía orgánica, y en realidad, su superficie lo era. Piel natural cubierta de carne natural, y sangre auténtica llenaba las venas y los capilares. Pero por debajo había cables y circuitos, componentes en miniatura, resplandecientes... Mirando al fondo de la muñeca vio multitud de puertas, motores, válvulas multifases, todo pequeñísimo. Intrincado. Y la mano le costó cuarenta ranas. El sueldo de una semana que él tenía asignado en la nómina de la Compañía.

—¿Está garantizada? —le preguntó a los técnicos, mientras fusionaban la sección ósea de la mano con el resto de su cuerpo.

—Noventa días, las piezas y el trabajo —contestó uno de los técnicos—. A menos que se vea sujeta a un abuso inusitado o intencionado.

—Esto suena vagamente sugestivo —comentó Poole.

El técnico, un hombre, pues todos lo eran, inquirió mirándole astutamente:

—¿Ha estado pasando por lo que no es?

—Sin intención.

—¿Y ahora... es con intención?

—Exactamente —asintió Poole.

—¿Sabe por qué jamás lo sospechó? De vez en cuando, debió de haber

chasquidos y chirridos en su interior. Pero usted no lo sospechó porque está programado para no observarlo. Ahora tendrá la misma dificultad para descubrir por qué le construyeron y para quién ha estado funcionando.

—Un esclavo —gimió Poole—. Un esclavo mecánico.

—Pero se ha divertido.

—He vivido una existencia agradable —suspiró Poole—. Y he trabajado mucho.

Pagó las cuarenta ranas, flexionó los dedos nuevos, los probó cogiendo varios objetos, y se marchó. Diez minutos más tarde se hallaba a bordo de un transporte público, camino de casa. ¡Valiente día!

Ya en casa, en su apartamento de una sola habitación, se sirvió un vaso de «Jack Daniel, Etiqueta Púrpura», sesenta años de antigüedad, y se sentó para beberlo, mientras su vista vagaba por la única ventana hacia el edificio que se elevaba al otro lado de la calle.

«¿Debo ir a la oficina? —se preguntó—. Y en ese caso, ¿por qué? Y si no, ¿por qué no? Elige. Demonios, esto me está minando, saber esto... Soy un fenómeno —comprendió—. Un objeto inanimado que imita a otro animado.»

Pero... se sentía vivo. Y no obstante, ahora se sentía diferente. Respecto a sí mismo. Y a partir de ahora, respecto a todos, especialmente a Danceman y Sarah, a todos los de Tri-Plan.

«Creo que me mataré —pensó—. Aunque probablemente me programaron para que no me matara; resultaría demasiado costoso para mi dueño. Y él no lo querría. Programado. En algún rincón de mi cuerpo, hay una matriz fijada a un lugar, una pantalla o filtro que me impide tener ciertos pensamientos o realizar ciertas acciones. Y que me obliga a otras. No soy libre. Nunca lo fui, aunque ahora lo sé y en esto estriba la diferencia.»

Haciendo opaca la ventana, encendió la luz del techo, y con sumo cuidado se despojó de todas sus prendas. Había contemplado atentamente de qué manera los técnicos le habían injertado la mano nueva y ahora tenía una idea bastante clara de cómo estaba ensamblado su cuerpo. Dos paneles principales, uno en cada muslo; los técnicos los habían quitado para comprobar los complicados circuitos de debajo. «Si estoy programado,

probablemente ahí estará la matriz», pensó.

El conjunto de circuitos le dejó estupefacto.

«Necesito ayuda —pensó—. Veamos, ¿cuál es el código fono para el computador clase BBB que alquilamos en la oficina?»

Levantó el fono, marcó el número de la computadora en su residencia permanente de Boise, Idaho.

—El uso de esta computadora cuesta cinco ranas por minuto —pronunció en el fono una voz mecánica. Luego añadió—: Por favor, ponga su placa de crédito personal delante de la pantalla.

Lo hizo.

—Al sonar el zumbador, quedará conectado con la computadora —continuó la voz—. Por favor, pregunte lo más rápidamente posible, teniendo en cuenta que la respuesta será dada en términos de un microsegundo, mientras su pregunta...

Rebajó el sonido. Pero volvió a aumentarlo rápidamente cuando apareció en la pantalla el audioalimentador de la computadora. En aquel momento, la máquina se convirtió en un oído gigante, para escucharle..., lo mismo que a otros cincuenta mil interrogadores de la Tierra.

—Escrútame visualmente —le ordenó a la computadora—. Y dime dónde hallaré el mecanismo de programación que controla mis pensamientos y conducta.

Esperó. En la pantalla del fono, un enorme ojo activo, de lentes múltiples, le observó; Poole se exhibió por completo en su apartamento.

—Quítate el panel del pecho —dijo la computadora—. Aplica una ligera presión sobre tu esternón y sácalo luego hacia fuera.

Obedeció. Quedó separada una parte de su pecho; mareado, se sentó en el suelo.

—Distingo los módulos de control —dijo la computadora—, pero no puedo decir qué... —Una pausa mientras el ojo rodaba en la pantalla del fono—. Distingo un rollo de cinta grabada montada sobre el mecanismo de tu corazón. ¿Lo ves?

Poole torció el cuello, miró y también lo vio.

—Cuando haya consultado los datos que poseo me pondré en contacto

contigo y te daré la respuesta. Buenos días.

La pantalla se oscureció.

«Me arrancaré la cinta —se dijo Poole—. Pequeña, no mayor que dos ovillos de hilo, con un escrutador montado entre el tambor de salida y el de entrada. No veo ningún signo de movimiento; los ovillos parecen inertes. Deben actuar como brújulas cuando ocurren situaciones específicas. Dominan mis procesos encefálicos. Y lo han hecho toda mi vida.»

Con la mano tocó el tambor de salida. Pensó que lo único que tenía que hacer era estirar y...

La pantalla del fono volvió a iluminarse.

—Placa de crédito número 3-BNX-882-HQR446-T —pronunció la voz de la computadora—. Aquí BBB-307DR en contacto de nuevo en respuesta a tu pregunta de dieciséis segundos, 4 de noviembre de 1992. El rollo de cinta grabada sobre el mecanismo de tu corazón no es una bobina de programación sino un constructor de realidades supletorias. Todos los estímulos sensoriales recibidos por tu sistema neurológico central emanan de esta unidad, y tocarla sería peligroso, si no definitivo. Por lo visto —añadió la voz—, careces de circuito programado. Pregunta contestada. Buenos días.

La voz calló.

Poole, de pie y desnudo delante de la pantalla del fono, tocó una vez más el tambor de la cinta, con una precaución enorme y calculada.

«Ya entiendo —pensó salvajemente—. ¿O no? Esta unidad... Si corto la cinta, mi mundo desaparecerá. La realidad continuará para los demás, pero no para mí. Porque mi realidad, mi universo, procede de esta minúscula unidad. Alimenta el escrutador y luego mi sistema nervioso central a medida que se desenrolla lentamente.»

Llevaba años desenrollándose, pensó.

Recogió sus ropas, se vistió, se sentó en su inmenso sillón, muy lujoso y transportado a su apartamento desde las oficinas de la Tri-Plan, y encendió un cigarrillo. Cuando dejó sobre la mesa el encendedor con sus iniciales le temblaba la mano; se retrepó y exhaló el humo hacia delante, creando un

nimbo de color gris.

«He de ir despacio —se dijo—. ¿Qué trato de hacer? ¿Desviar mi programa? La computadora no encontró circuito de programación. ¿Debo intervenir en la cinta de la realidad? Y en tal caso, ¿por qué?

»Porque si la controlo —se contestó—, controlaré la realidad. Al menos, en lo que a mí respecta. Mi realidad subjetiva..., pero esto no es todo. La realidad objetiva es un constructor sintético, que trata con la universalización hipotética de una multitud de realidades subjetivas.

»Mi universo está dentro de mis dedos —comprendió—. Si pudiese imaginar cómo funciona todo... Lo que tengo que hacer en primer lugar es buscar y localizar mi circuito de programación, a fin de obtener un verdadero funcionamiento homeostático; o sea, el control de mí mismo. Pero con esto...

»Con esto, no sólo conseguiría el control de mí mismo sino el control de todo.

»Y esto me separa de cualquier ser humano que haya vivido y muerto» —añadió sombríamente.

Fue hacia el fono y marcó el número de la oficina. Cuando tuvo a Danceman en la pantalla, dijo animadamente:

—Quiero que envíes una serie completa de microherramientas y pantallas ampliadoras a mi apartamento. Tengo que trabajar en un microcircuito.

Interrumpió la conexión para no tener que discutir.

Media hora más tarde se produjo una llamada a la puerta. Cuando abrió, se encontró delante de uno de los capataces del taller, cargado con toda clase de microherramientas.

—No especificó lo que necesitaba —se disculpó el capataz, entrando en el apartamento—. De modo que el señor Danceman me ha enviado con todo esto.

—¿Y el sistema de lentes amplificadoras?

—En el camión, arriba en el tejado.

«Tal vez desee morir», pensó Poole.

Encendió un cigarrillo, fumó y esperó, en tanto el capataz montaba la

pesada pantalla ampliadora, con el suministro de fuerza y el panel de control en el apartamento.

«Lo que hago es un suicidio», pensó Poole.

Se estremeció.

—¿Le ocurre algo, señor Poole? —preguntó el capataz poniéndose de pie, aliviado ante el trabajo concluido—. Todavía debe de estar un poco nervioso a causa de su accidente.

—Sí —asintió Poole, quedamente.

Esperó a que el capataz se marchase.

Bajo el sistema de lentes ampliadoras, la cinta de plástico adoptó una nueva forma: una cinta ancha en la que había cientos de miles de pequeños agujeros.

«Eso es lo que pensaba —se dijo Poole—. Nada grabado en una capa de óxido férrico, sino ranuras pinchadas».

Bajo las lentes, la cinta avanzaba visiblemente. Con gran lentitud, pero a una velocidad uniforme, y en dirección al escrutador.

«Lo que me figuraba —pensó de nuevo—. Los agujeros están *en* salidas. Funciona como una pianola: sólido es *no*, ranura es *sí*. ¿Cómo podría probarlo?

»Obviamente, obturando algunos agujeros.»

Calculó la cantidad de cinta que quedaba en el tambor de salida. Calculó también, con gran esfuerzo, la velocidad del movimiento de la cinta, y al final obtuvo una cifra. Si alteraba la cinta visible en el borde que se introducía en el escrutador, transcurrirían de cinco a siete horas antes de que llegase aquel período de tiempo. En realidad, habría suprimido unos estímulos que debían tener lugar al cabo de unas horas.

Con un micropincel pintó un sector grande —relativamente grande— de la cinta con barniz opaco, obtenido del botiquín que acompañaba a las microherramientas.

«He suprimido estímulos durante media hora —pensó—. Al menos he obturado un millar de agujeros.»

Sería interesante saber qué cambio, si sobrevenia alguno, se produciría a su alrededor al cabo seis horas.

Cinco horas y media más tarde estaba sentado en el Krackter, un soberbio bar de Manhattan, tomando un trago con Danceman.

—Parece enfermo —comentó Danceman.

—Lo estoy —asintió Poole.

Apuró su bebida, un whisky, y pidió otro.

—¿Por el accidente?

—En cierto sentido, sí.

—¿Se trata de algo que ha averiguado respecto a sí mismo? —inquirió Danceman.

Poole levantó la cabeza y miró al otro a la penumbra del bar.

—Entonces, lo sabe.

—Lo sé —afirmó Danceman—. Sé que debo llamarle Poole en vez de señor Poole. Pero prefiero llamarle de usted y seguiré haciéndolo.

—¿Cuánto hace que lo sabe? —indagó Poole.

—Desde que entró en la empresa. Me dijeron que los auténticos dueños de Tri-Plan, que se hallan en el Sistema Prox, deseaban que Tri-Plan fuese dirigida por una hormiga eléctrica, a la que podrían controlar. Deseaban una hormiga inteligente y enérgica.

—¿Los auténticos dueños? —era la primera noticia que tenía de ellos—. Tenemos dos mil accionistas. Diseminados por todas partes.

—Marvis Bey y su esposo Ernan, de Prox 4, controlan el cincuenta y uno por ciento de las acciones con derecho a voto. Y esto fue así desde el principio.

—¿Por qué no lo supe?

—Me prohibieron decírselo. Usted tenía que creer que había proyectado por sí solo toda la política de la empresa. Con mi ayuda. En realidad, yo le estaba transmitiendo lo que Bey y su esposa me transmitían a mí.

—O sea, que he sido un figurón, un hombre de paja.

—En cierto sentido, sí —reconoció Danceman—. Pero para mí, será

siempre el «señor Poole».

Un sector de la pared más alejada desapareció. Y con él, varias personas sentadas en mesas cercanas al mismo. Y...

A través de la gran porción acristalada del bar, el cielo de Nueva York se desvaneció.

—¿Qué ocurre? —inquirió Danceman, al observar el rostro de Poole.

—Mire a su alrededor —le pidió éste—. ¿Nota algún cambio?

Tras mirar en torno suyo, Danceman contestó:

—No. ¿Qué cambio?

—¿Sigue viendo el firmamento?

—Seguro, a pesar de la niebla. Las luces parpadean.

—Ahora lo sé —asintió Poole.

Estaba en lo cierto; cada agujero cubierto significaba la desaparición de un objeto de su mundo real.

—Nos veremos más tarde, Danceman —dijo, poniéndose en pie—. He de volver a mi apartamento. Me espera cierto trabajo. Buenas noches.

Salió del bar en busca de un taxi.

No había ninguno.

«También éstos —pensó—. ¿Qué más habré borrado? ¿Las prostitutas? ¿Las flores? ¿Las cárceles?»

En el aparcamiento del bar se hallaba el cohete de Danceman.

Decidió cogerlo. Todavía hay cohetes en el mundo de Danceman. Él podría coger uno más tarde. De todos modos, era un taxi-cohete de la Compañía, y él conservaba una copia de la llave.

De pronto, estuvo en el aire, camino de su apartamento.

La ciudad de Nueva York no había vuelto. A la derecha y a la izquierda, vehículos y edificios, calles, transeúntes, anuncios... y en el centro nada.

«¿Cómo puedo volar por ahí? —se asustó—. Desapareceré».

¿O no? Voló hacia la nada.

Fumando un cigarrillo tras otro, voló en círculo durante quince minutos..., y de pronto, calladamente, reapareció Nueva York. Podía terminar el vuelo. Aplastó el cigarrillo (la pérdida de algo tan valioso), y aceleró hacia su apartamento.

«Si inserto una cinta estrecha y opaca —reflexionó mientras abría la puerta del apartamento—, podré...».

Sus pensamientos cesaron. Alguien estaba sentado en una butaca del saloncito, contemplando un programa por televisión.

—¡Sarah! —exclamó, aturdido.

La joven se levantó, algo gruesa, pero graciosa.

—No te encontré en el hospital y vine hacia aquí. Aún tengo la llave que me diste en marzo, después de aquella terrible pelea. ¡Oh! Pareces muy deprimido. —Fue hacia él y observó su rostro con ansiedad—. ¿Tanto te duele la herida?

—No es eso.

Se quitó la chaqueta, la corbata y la camisa, y el panel de su pecho. Se arrodilló e insertó las manos en los guantes de las herramientas microscópicas. Hizo una pausa y levantó los ojos hacia Sarah.

—He descubierto que soy una hormiga eléctrica. Lo cual, desde cierto punto de vista, me abre ciertas posibilidades, que ahora estoy examinando.

Flexionó los dedos, y en el extremo del meñique izquierdo, se movió un destornillador microscópico, aumentado por el sistema de ampliación.

—Puedes mirar, si lo deseas —manifestó.

La joven comenzó a sollozar.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó él furiosamente sin levantar la vista de su tarea.

—Es... tan triste... Has sido tan bueno con todos nosotros en el Tri-Plan... Todos te respetábamos. Y ahora, todo ha cambiado.

La cinta de plástico tenía un margen sin puntear arriba y abajo. Cortó un segmento horizontal, muy estrecho, y tras unos momentos de concentración cortó la cinta a unas cuatro horas de la cabeza del escrutador. Después la hizo girar en una pieza de ángulo recto en relación con el escrutador, lo fusionó en su sitio con un elemento microcalorífico, y volvió a unir el tambor a los costados derecho e izquierdo. En realidad, acababa de insertar veinte minutos muertos en el flujo sin desdoblarse de su realidad. El efecto tendría lugar, según sus cálculos, unos minutos después de medianoche.

—¿Te estás reparando a ti mismo? —inquirió Sarah, tímidamente.

—Me estoy liberando —repuso Poole.

Para después había pensado varias alteraciones. Pero antes tenía que comprobar su teoría: la cinta en blanco, sin agujeros, significaba que no había estímulos, en cuyo caso la *falta* de cinta...

—¡Oh! La expresión de tu rostro... —gimió Sarah. Comenzó a recoger el bolso, la chaqueta, la revista audiovisual enrollada—. Me marcho. Comprendo lo que has sentido al encontrarme aquí.

—Quédate —pidió él—. Veré contigo la televisión. —Metiendo una mano debajo de su camisa, añadió—: ¿Recuerdas hace unos años, cuando había..., cuántos eran..., veinte o treinta canales de televisión? Antes de que el Gobierno se incautase de los independientes.

Ella asintió.

—¿Qué habría pasado —insistió él— si este televisor hubiese proyectado todos los canales al mismo tiempo? ¿Podríamos haber distinguido alguno en la mezcla?

—No creo.

—Tal vez hubiésemos aprendido a hacerlo. Aprender a ser selectivos. Aprender a percibir qué es lo que queremos y lo que no queremos. Creo que las posibilidades de nuestro cerebro serían fantásticas si pudiera trabajar con veinte imágenes a la vez. Piensa en la cantidad de conocimientos que podríamos almacenar en un tiempo dado. Me pregunto si el cerebro..., el cerebro humano... —se interrumpió—. El cerebro humano no podría hacerlo —prosiguió, reflexionando—. Pero en teoría, podría hacerlo un cerebro casi orgánico.

—¿Como el que tú posees? —preguntó Sarah.

—Sí.

Contemplaron el programa de televisión hasta el final y después se fueron a la cama. Pero Poole estuvo sentado, reclinado en las almohadas, fumando y meditando. A su lado, Sarah se agitaba incansablemente, preguntándose por qué él no apagaba la luz.

Once y cincuenta minutos. Ocurriría en cualquier momento.

—Sarah, necesito tu ayuda —dijo él—. Dentro de unos instantes me ocurrirá algo extraño. No durará mucho, pero quiero que me vigiles atentamente. Fíjate en si yo... —Hizo un leve ademán—. Observa cualquier cambio. Si parezco estar dormido, o si digo necedades o... —iba a decir «si desaparezco». Pero cambió de idea—. No te haré ningún daño, pero sería una buena idea que estuvieses armada. ¿Has traído la pistola antihumedad?

—Está en mi bolso.

Ella ya estaba plenamente despierta, sentada en la cama, y mirando a Poole asustada, con sus anchos hombros bronceados y llenos de pecas a la luz de la habitación.

Poole fue a buscar la pistola.

La habitación se paralizó de pronto y quedó en una absoluta inmovilidad. Súbitamente, los colores empezaron a desvanecerse. Los objetos disminuyeron hasta que, como volutas de humo, acabaron entre las sombras. La oscuridad lo rodeó todo a medida que los objetos del cuarto se iban haciendo más y más débiles.

Poole comprendió que los últimos estímulos estaban extinguiéndose. Parpadeó, tratando de ver. Divisó a Sarah Benton, sentada en la cama... o se la imaginó: una figura bidimensional, como una muñeca, que había estado incorporada, pero que ahora se empequeñecía y esfumaba. Ráfagas de sustancia desmaterializada flotaba en nubes inestables; los elementos reunidos se disgregaban y volvían a reunirse. Y al fin la última energía, la última luz y el último calor se disiparon; la habitación se cerró, cayó sobre sí misma, como apartada de la realidad. Y entonces, las tinieblas absolutas lo reemplazaron todo, un espacio sin profundidad, no nocturno sino rígido, recludo en sí mismo. Además, Poole no oía ya nada.

Alargó la mano para tocar algo. Pero no tenía nada que alargar. El sentido de su propio cuerpo le había dejado, junto con todo lo demás del universo. No tenía manos, y aunque las tuviese, no hubiera podido sentir nada.

«Tengo razón respecto al funcionamiento de esta maldita cinta», se dijo a sí mismo, utilizando una boca no existente para comunicarse un mensaje invisible.

«¿Pasarán los diez minutos? —se preguntó—. ¿Tendré también razón en

esto?»

Esperó..., pero sabía por intuición que su sentido del tiempo le había abandonado junto con todo lo demás. Sólo podía esperar. Y la espera no duraría mucho.

«Para calmarme —pensó— formaré una enciclopedia. Haré una lista de todas las cosas que empieza por “a”. Veamos: aire, automóvil, avión, atmósfera, Atlántico, ajo, anuncios...», siguió meditando, las categorías resbalando por su mente.

De repente, se encendieron las luces.

Se hallaba en el sofá del saloncito, y por la ventana penetraba ya la luz del sol. Dos hombres estaban inclinados sobre él, con varios instrumentos en sus manos.

«Empleados de Reparaciones —pensó—. Han trabajado en mí.»

—Ya está consciente —anunció uno de los técnicos.

Se incorporó y retrocedió. Sarah Benton, llena de ansiedad, le sustituyó.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, respirando húmedamente junto a la oreja de Poole—. Estaba tan asustada... Al final avisé al señor Danceman.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Poole, interrumpiéndola con brusquedad—. Comienza por el principio y dilo lentamente. Quiero asimilarlo todo.

Sarah se serenó, hizo una pausa para frotarse la nariz, y explicó nerviosamente:

—Te desmayaste. Estabas aquí tumbado, como muerto. Aguardé hasta las dos y media sin que ocurriera nada. Llamé al señor Danceman, al que desdichadamente desperté, y él llamó al Equipo de Reparaciones de las hormigas eléctricas..., bueno, al Equipo de Reparaciones de robots orgánicos, y esos dos técnicos llegaron hacia las cuatro y cuarenta y cinco, y han estado reparándote desde entonces. Ahora son la seis y cuarto de la madrugada. Tengo mucho frío y quiero acostarme; hoy no podré ir a la oficina; realmente, no podré.

Se alejó, resoplando por la nariz, ruido que molestó a Poole.

Uno de los técnicos uniformados, dijo:

—Usted ha estado jugando con su cinta de la realidad.

—Sí —admitió Poole. ¿Por qué negarlo? Obviamente, habían hallado la

cinta insertada—. No debía tardar tanto. Sólo inserté una cinta para diez minutos.

—Pero paralizó el transporte de la cinta —explicó el técnico—. Ésta dejó de avanzar, ya que el otro fragmento la atascó, y automáticamente cerró el circuito para evitar la rotura. ¿Por qué se complicó con esas cosas? ¿No sabe lo que podría ocurrirle?

—No estoy seguro.

—Pero tiene una idea aproximada.

—Por esto lo hice —replicó agriamente Poole.

—La cuenta es de noventa y cinco ranas —anunció el técnico—. Si lo desea, pagadera a plazos.

—De acuerdo —asintió Poole, incorporándose aún un poco mareado.

Se frotó los ojos e hizo una mueca. Le dolía la cabeza y sentía el estómago completamente vacío.

—Lime la cinta la próxima vez —le recomendó el técnico—. Así no se atascará. ¿No se le ocurrió pensar que había dentro un control de seguridad? De modo que antes se para que...

—¿Qué sucede si no pasa la cinta bajo el escrutador? —insistió Poole, con voz baja y atenta—. Ninguna cinta..., nada en absoluto. La fotocélula, ¿puede brillar hacia arriba sin impedimento?

Los técnicos se contemplaron mutuamente.

—Todos los circuitos neurológicos —repuso uno— saltan sus brechas y se cortan.

—¿Y esto qué significa?

—Significa que ha llegado el fin del mecanismo.

—He examinado el circuito —prosiguió Poole—. No lleva suficiente voltaje para esto. El metal no se funde con una carga tan baja de corriente, aunque toquen los extremos. Estamos hablando de una millonésima de vatio a lo largo de un conducto de cesio de tal vez un par de milímetros de longitud. Pongamos que existen un billón de posibles combinaciones que en un instante surgen de los agujeros de la cinta. El total producido no es acumulativo; la cantidad de corriente depende de lo que la batería detalla para el módulo, lo que no es mucho. Con toda las aberturas abiertas y en marcha.

—¿Le mentiríamos nosotros? —preguntó cansadamente uno de los técnicos.

—¿Por qué no? —replicó Poole—. Ahora tengo la oportunidad de experimentarlo todo. Y simultáneamente. Conocer el Universo en su totalidad, estar unos momentos en contacto con la realidad. Algo que ningún ser humano puede hacer. Un concierto sinfónico que penetra constantemente en mi cerebro, con todas las notas, todos los instrumentos tocando a la vez. Y todas las sinfonías. ¿Lo entienden?

—Esto le quemaría —afirmaron al unísono los técnicos.

—No lo creo —objetó Poole.

—¿Quieres una taza de café? —intervino Sarah.

—Sí —aceptó él.

Bajó las piernas, presionó sus pies fríos contra el suelo y se estremeció. Luego, se irguió. Le dolía el cuerpo.

«Me han tenido toda la noche tumbado en el sofá —comprendió—. Considerándolo bien, podían haber trabajado un poco mejor.»

En la cocina, situada al otro extremo del cuarto, Garson Poole estaba tomando café frente a Sarah. Los técnicos hacía rato que se habían marchado.

—No intentarás más experimentos con tu cuerpo, ¿verdad? —inquirió Sarah.

—Me gustaría controlar el tiempo —gruñó Poole—. Invertirlo.

«Cortaré un segmento de cinta —pensó— y lo uniré boca abajo. Las secuencias causales se sucederán al revés. Por tanto, yo bajaré los peldaños desde el techo hasta mi puerta, empujaré una puerta cerrada para abrirla, iré al fregadero, donde apilaré los platos sucios. Me sentaré a esta mesa delante de la pila, llenaré cada plato con la comida producida por mi estómago... y luego trasladaré la comida al refrigerador. Al día anterior, sacaré la comida del refrigerador, la meteré en bolsas y las llevaré al supermercado, allí distribuiré la comida por los diversos sectores de la tienda. Y al fin, en el mostrador me darán dinero por la comida, dinero que sacarán de la caja registradora. Los alimentos serán empaquetados junto con otros en grandes

cajas de plástico, y enviados fuera de la ciudad, a las plantas hidropónicas del Atlántico, para volver a unirse a los arbustos, árboles y cuerpos de los animales muertos o hundidos en tierra... Pero, ¿qué demostraría todo esto? Sólo una cinta de vídeo corriendo hacia atrás. No sabría más de lo que sé ahora, que no es bastante.

»Lo que necesito —comprendió— es una realidad última y absoluta durante un microsegundo. Después ya nada importará, porque lo sabré todo; nada quedará sin entender o ver.

»Podría intentar otro cambio —continuó— antes de intentar cortar la cinta. Hacer nuevos agujeros en ella y ver qué pasa. Será algo interesante porque no sabré qué significan los agujeros.»

Utilizando la punta de un microinstrumento, hizo los agujeros al azar en la cinta. Lo más cerca que pudo del escrutador..., pues no quería aguardar.

—No sé si tú lo verás —le explicó a Sarah—. Aparentemente no, mientras yo pueda extrapolar. Pero algo aparecerá —añadió—. Sólo quiero prevenirte; no deseo que te asustes.

—¡Oh, querido! —murmuró ella.

Poole consultó su reloj. Transcurrió un minuto, luego un segundo y un tercero. Y entonces...

En el centro de la habitación apareció un grupo de patos verdes y negros. Cloqueaban con gran excitación, se elevaban del suelo, revoloteaban hasta el techo en una masa revuelta de plumas y alas, con la urgencia frenética, azuzada por su instinto, por alejarse de allí.

—Patos —murmuró él, maravillado—. Hice un agujero para ver un vuelo de patos silvestres.

Apareció algo más. El banco de un parque con un anciano sentado en él, leyendo un periódico doblado y desgarrado. Levantó la vista, miró a Poole, le sonrió brevemente a través de su sucia dentadura, y volvió a concentrar su atención en su doblado periódico. Siguió leyendo.

—¿Lo has visto? —le preguntó Poole a Sarah—. ¿Y a los patos?

En aquel instante, los patos y el parque desaparecieron. No quedó nada. El intervalo de los agujeros hechos por él había pasado rápidamente.

—No eran reales —susurró Sarah—. ¿Qué eran? Y cómo...

—Tú no eres real —musitó él, de repente—. Eres un factor estimulante de mi cinta de realidad. Un agujero que puede ser obturado. Tú también tienes una existencia en otra cinta de realidad... ¿O acaso en una realidad objetiva?

No lo sabía, no podía decirlo. Tal vez Sarah tampoco lo supiese. Tal vez existiese en mil cintas de realidad; quizá en todas las cintas de realidad fabricadas hasta la actualidad.

—Si corto la cinta —prosiguió él—, tú estarás en todas partes y en ninguna. Como todo lo demás del universo. Al menos, en lo referente a mí.

—Yo soy real —farfulló Sarah.

—Quiero conocerte por completo —afirmó Poole—. Para esto he de cortar la cinta. Si no lo hago ahora, lo haré en cualquier otro instante; es inevitable. Entonces, ¿qué esperar? —se preguntó a sí mismo—. Y siempre existe la posibilidad de que Danceman haya contado lo que me ocurre a mi creador y que éste y su esposa se muevan antes que yo. Porque tal vez esté perjudicando su propiedad..., que soy yo.

—Ojalá hubiese ido finalmente a la oficina —se lamentó Sarah, con el labio inferior caído en un intento de aparentar pena.

—Ve.

—No quiero dejarte solo.

—No me ocurrirá nada.

—No. Puede ocurrirte algo. Vas a desconectarte o algo por el estilo, a matarte para descubrir que sólo eres una hormiga eléctrica y no un ser humano.

—Tal vez —asintió él. Tal vez no sea más que eso.

—Y yo no puedo impedirlo —añadió ella.

—No —concedió Poole.

—Pero me quedaré —decidió Sarah—, aunque no pueda impedirlo. Porque si te abandono y te matas, siempre me preguntaré, hasta el fin de mis días, qué habría sucedido de haberme quedado. ¿Lo entiendes?

Él volvió a asentir.

—Adelante —le incitó ella.

Poole se puso en pie.

—No sentiré dolor —manifestó—. Aunque a ti te lo parezca. Recuerda que los robots orgánicos poseen un mínimo de circuitos de dolor. Experimentaré el más intenso...

—Calla —le interrumpió ella—. Haz lo que tengas que hacer, si es que quieres, o no lo hagas si no quieres.

Torpemente, porque estaba asustado, metió las manos en la cajita de los microinstrumentos y eligió uno: una hoja muy afilada.

—Cortaré una cinta montada dentro del panel del pecho —anunció, mirando a través de las lentes de aumento—. Nada más.

Su mano tembló cuando levantó la cuchilla. Podía hacerlo en un segundo. Todo listo. Y tendría tiempo de juntar los extremos cortados de la cinta, comprendió. Media hora al menos, por si cambiaba de idea.

Cortó la cinta.

Mirándole acobardada, Sarah susurró:

—No ha ocurrido nada.

—Me quedan de treinta a cuarenta minutos.

Se sentó a la mesa, después de haber sacado las manos de los guantes. Su voz temblaba; indudablemente, Sarah se daba cuenta, y se enfadó consigo mismo, porque sabía que esto la alarmaba.

—Lo siento —se disculpó de manera irracional. Deseaba excusarse—. Tal vez hubieras tenido que irte —añadió, con creciente pánico.

Volvió a levantarse.

Ella le imitó, y muy nerviosa, como paralizada, se quedó en pie, palpitante.

—Vete —le pidió él—, vete a la oficina, donde deberías estar. Donde los dos deberíamos estar.

«Juntaré los dos extremos de la cinta —pensó—. No puedo soportar esta tensión.»

Metiendo las manos en los guantes, trató de deslizarlos sobre sus tensos dedos. Miró por la pantalla de aumento y vio el rayo del resplandor fotoeléctrico hacia arriba, apuntando directamente al escrutador; al mismo tiempo, vio que el final de la cinta desaparecía bajo el escrutador..., lo vio y lo comprendió.

«Ya es demasiado tarde —pensó—. Ya ha pasado toda la cinta. Dios mío, ayúdame. Ha empezado a desenrollarse a una velocidad mayor de la calculada. Y ahora...».

Vio manzanas, piedras y cebras. Sintió calor, la sedosa finura de la tela; sintió un océano que saltaba hacia él, y un gran vendaval del Norte, que lo empujaba, como llevándole a alguna parte. Sarah estaba a su alrededor, lo mismo que Danceman; Nueva York brillaba en la noche, y los cohetes le rodeaban y volaban por el cielo nocturno y de día, flotando, hundiéndose. La mantequilla se hizo líquida en su lengua, y al mismo tiempo, fétidos olores y sabores le asaltaron; la amarga presencia de venenos, limones y hojas de hierbas de verano. Se ahogaba; cayó; yacía ya en brazos de una mujer en un enorme lecho que al mismo tiempo canturreaba en su oído; el ruido de un ascensor defectuoso en uno los antiguos y arruinados hoteles de la ciudad.

«Estoy viviendo —pensó—. Ya he vivido, jamás volveré a vivir», se dijo, y con sus ideas acudieron todas las palabras, todos los sonidos; los insectos chillaron y corrieron, y él casi se hundió en un complicado cuerpo de maquinaria homeostática situada en los Laboratorios de Tri-Plan.

Quería decirle algo a Sarah. Abrió la boca y trató de pronunciar las palabras..., una serie específica de ellas, sacadas de la enorme masa que iluminaba su cerebro, quemándole con su terrible significado.

La boca le quemaba. Se preguntó por qué.

Como si estuviera aplastada contra la pared, Sarah Benton abrió los ojos y vio las volutas de humo que ascendían desde la semiabierta boca de Poole. Luego, el robot se hundió sobre los codos y las rodillas, y lentamente se convirtió en un montón de ruinas. Ella supo, sin examinarlo, que había «muerto».

Poole se había matado. Y no pudo sentir dolor, pues él mismo lo había dicho. O al menos, no mucho; tal vez un poco. Bien, todo había terminado.

Decidió que lo mejor sería llamar a Danceman y contarle lo ocurrido. Aún estremecida, fue hacia el fono, lo cogió y marcó el número de memoria.

«Poole pensaba que yo era un factor estimulante de su cinta de la realidad

—se dijo—. Y pensó que yo moriría si él moría. Qué raro. ¿Por qué se lo imaginaba? Nunca había estado en el mundo real; había vivido siempre en un mundo electrónico propio. Qué raro...»

—Señor Danceman —informó cuando hubieron conectado el circuito de la oficina—, Poole ha terminado. Se ha destruido a sí mismo delante de mis ojos. Será mejor que venga.

—De modo que finalmente nos hemos librado de él.

—Sí. Estupendo, ¿verdad?

—Enviaré a un par de chicos del taller —dijo Danceman. Miró más allá de la joven y vio a Poole caído junto a la mesa de la cocina—. Váyase a casa a descansar —le ordenó a Sarah—. Debe estar agotada después de todo esto.

—Sí, gracias, señor Danceman.

Colgó el fono y anduvo sin rumbo por la habitación.

De pronto, observó algo.

«Mis manos —pensó. Las levantó—. ¿Por qué puedo ver a través de ellas?»

Y también las paredes del cuarto tenían contornos mal definidos.

Temblando, fue hacia el robot inerte, sin saber qué hacer. Veía la alfombra a través de sus piernas, y luego ésta se tornó oscura y ella vio también a través de ella, más capas de materia desintegrante.

«Quizá si lograra juntar los extremos de la cinta...», pensó. Pero no sabía cómo hacerlo. Y Poole era una cosa vaga.

El viento de la madrugada sopló hacia ella. No lo sintió; ya había empezado a dejar de sentir.

El viento siguió soplando.

UN CETRO FINAL, UNA CORONA DURADERA

Ray Bradbury

De nuevo, Bradbury aborda su tema recurrente: la nostalgia, la entrañable fidelidad a esos «trastos viejos» que el progreso tecnológico va arrumbando a un ritmo cada vez más acelerado. Aunque en este relato, casi alegórico, el «trasto viejo» adquiere las proporciones de todo un país.

—¡Allí está!

Los dos hombres miraron hacia abajo. El helicóptero también se inclinó a un lado. La costa aparecía más lejos.

—No. Es sólo una roca y algo de musgo...

El piloto levantó la cabeza, lo cual indicó la elevación del helicóptero, que giró y se alejó del paraje. Las blancas rocas de Dover desaparecieron. Pasaron por encima de verdes prados, yendo atrás y adelante, como una gigantesca libélula que daba vueltas por entre las ráfagas heladas del invierno que ponía escarcha en sus alas.

—¡Espera! ¡Allí! ¡Desciende!

El aparato descendió y la hierba subió. El acompañante del piloto, lanzando un gruñido, abrió la portezuela, y, como si fuera una máquina necesitada de lubricante, se dejó caer cuidadosamente en tierra. Corrió. Al perder el aliento, aflojó el paso para gritar débilmente contra el viento:

—¡Harry!

Su grito consiguió que una forma encorvada, cerca de la loma fronteriza, se levantara tambaleándose y echara a correr.

—¡Yo no he hecho nada!

—¡No es la justicia, Harry! ¡Soy yo! ¡Sam Welles!

El viejo que huía ante él aflojó la marcha y se detuvo rígidamente al borde del arrecife que dominaba el mar, sujetándose la larga barba con las enguantadas manos.

Samuel Welles, jadeando, corrió hacia él, pero al llegar a su altura no le tocó, como temiendo que volviese a huir.

—Harry, maldito idiota. Llevo semanas buscándote. Temí no poder

encontrarte.

—Y yo temía que me encontraras.

Harry, que había tenido los ojos cerrados, los abrió para contemplar temblorosamente su barba, sus guantes y a su amigo Samuel. Allí estaban los dos ancianos, muy grises, muy fríos, sobre una elevación de piedra desnuda, un día de diciembre. Se conocían desde hacía tanto tiempo, tantos años, que podían leer sus mutuos pensamientos en sus respectivas expresiones. Su boca y sus ojos, por consiguiente, eran semejantes. Podían haber sido antiguos hermanos. La única diferencia estaba en el individuo que se había como despegado del helicóptero. Bajo sus ropas oscuras se podía divisar una incongruente camisa hawaiana, multicolor. Harry trataba de no mirarla.

De pronto, sus ojos se encontraron.

—Harry, he venido a avisarte.

—No es preciso. ¿Por qué crees que me escondía? ¿Es éste, acaso, el último día?

—Sí, el último.

No se movieron, reflexionando ambos sobre lo mismo.

Mañana, Navidad. Y ahora estaban en la tarde de la Nochebuena, cuando se marchaban las últimas embarcaciones. E Inglaterra, una roca en un mar de agua y niebla, sería un monumento de mármol escrito por la lluvia y enterrado en la bruma. Al día siguiente, sólo las gaviotas poseerían la isla. Y mil millones de mariposas «monarch» volarían en junio como adornos de un desfile frente al mar.

Harry, con los ojos fijos en la marea, dijo:

—Al crepúsculo todos esos malditos idiotas habrán abandonado la isla, ¿en?

—Exactamente.

—Mala cosa. Y tú, Samuel, ¿has venido a raptarme?

—A convencerte, sería más propio.

—¿Convencerme? ¡Dios santo, Sam!, ¿no me conoces desde hace cincuenta años? ¿No has podido adivinar que desearía ser el último hombre de toda Bretaña? No, eso no suena bien, ¿... de toda la *Gran* Bretaña?

«El último hombre de toda la Gran Bretaña —pensó Harry—. ¡Oh!, Dios,

esto suena bien. Es la gran campana de Londres que se oye en medio de todas las lloviznas, a través del tiempo de estos extraños día y hora, cuando el último, el último excepto uno, abandone este montículo racial, esta tumba verde en medio de un mar de luz helada. El último..., el último.»

—Escucha, Samuel. Mi tumba está cavada. Y no quiero abandonarla.

—¿Quién te meterá dentro?

—Yo, cuando llegue el momento.

—¿Y quién la cubrirá?

—Hay polvo para cubrir el polvo, Sam. El viento lo hará. ¡Ah, Dios mío! —sin querer, las palabras se escaparon de entre sus labios. Quedó asombrado al ver que sus lágrimas se helaban al descender de sus cegados ojos—. ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué tantas despedidas? ¿Por qué se han ido las últimas embarcaciones del Canal, los últimos reactores? ¿Adónde se marcha la gente, Sam? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido?

—Pues es muy sencillo, Harry —repuso Samuel Welles, quedamente—. El clima de aquí es muy malo. Siempre lo fue. Nadie se atrevía a comentarlo siquiera, ya que no podía encontrarse una solución. Pero ahora Inglaterra ha terminado. El futuro pertenece a...

Los ojos de ambos se dirigieron al sur.

—¿A las malditas islas Canarias?

—A Samoa.

—¿A las costas brasileñas?

—No te olvides de California, Harry.

Los dos se echaron a reír.

—California... ¡Por todos los diablos! ¡Un lugar divertido! Y sin embargo, ¿no había este mediodía un millón de ingleses desde Sacramento a Los Ángeles?

—Y otro millón en Florida.

—Dos millones hacia abajo, sólo en los últimos cuatro años.

Ambos asintieron ante el cálculo.

—Bien, Samuel, el hombre dice una cosa. El sol dice otra. De modo que el hombre hace lo que su piel le dice a su sangre. Y la sangre al fin dice: «Al sur.» Lleva dos mil años diciéndolo. Pero nosotros fingíamos no oírlo. Un

hombre con su primer bronceado a causa de los rayos del sol es un hombre en medio de un nuevo amor, lo sepa o no lo sepa. Finalmente, se tumba bajo un cielo extraño y le dice a la cegadora luz: «¡Enséñame, oh, Dios mío, enséñame!»

Samuel Welles meneó la cabeza con cierto temor.

—Sigue hablando así y no tendré que raptarte.

—No, el sol puede haberte enseñado a ti, Samuel, pero no a mí. Ojalá pudiese. Lo cierto es que no será muy divertido estar solo. No puedo discutir contigo, Sam, ni convencerte para que te quedes y formemos la pareja de antaño, tú y yo, como cuando éramos chicos, ¿eh?

Golpeó rudamente el codo de su amigo.

—Diantre, me haces pensar que soy un desertor del rey y la patria.

—No es cierto. Tú no abandonas nada, ya que aquí no hay nadie. ¿Quién habría soñado, de chicos, en 1980, que llegaría el día en que una promesa de verano perpetuo llevaría a John Bull^[2] a las cuatro esquinas de un más allá?

—Toda mi vida he pasado frío, Harry. Son muchos años de ponerme ropa y no tener bastante carbón en la estufa. Son muchos años en que el cielo no aparecía más que por una grieta entre dos nubes el primer día de junio, y en que ni el olor a heno iniciaba junio o un día seco y ventoso agosto. Y esto año tras año. Y no lo resisto más, Harry, no puedo.

—Ni lo necesitas. Nuestra raza ha padecido mucho. Tú te lo has ganado, te mereces este largo retiro, este largo descanso en Jamaica, Puerto Príncipe o Pasadena. Dame la mano. ¡Y estréchala con fuerza otra vez! Este es un gran momento de la historia. ¡Tú y yo lo estamos viviendo ahora!

—Seguro, por Dios.

—Mira, Sam, cuando te hayas ido y te hayas establecido en Sicilia, Sidney, o en Orange Navel, California, cuenta este «momento» a la Prensa. Podrías llenar una columna. ¿Y los libros de historia? Bien, ¿no podría haber en ellos media página dedicada a nosotros dos, el último en marcharse y el último en quedarse? Sam, ¡oh!, Sam, me estás rompiendo los huesos de la mano, pero estrecha fuerte, muy fuerte, porque ésta es nuestra despedida final.

Estaban de pie, jadeando, con los ojos arrasados en llanto.

—Harry, ¿quieres acompañarme hasta el helicóptero?

—No. Temo a esos malditos aparatos. La idea del sol en medio de un día oscuro podría asaltarme y obligarme a volar contigo.

—¿Qué mal hay en ello?

—¿Mal? ¡Oh!, Samuel, yo debo guardar nuestras costas de cualquier invasión. Los normandos, los vikingos, los sajones. En los años venideros recorreré toda la isla, manteniendo la guardia desde Dover hacia el norte, en torno a los arrecifes, para después regresar de nuevo a Folkestone.

—¿Te invadirá Hitler, amigo?

—Tal vez sí, él con sus fantasmas de acero.

—¿Y cómo lucharás contra él, Harry?

—¿Crees que caminaré solo? No, por el camino puedo encontrar a César en una playa. Le gustaba mucho, de modo que dejó un par de caminos. Marcharé por esos caminos y pediré a esos fantasmas que rechacen a los de los invasores. Sí, es cosa mía evocar o no evocar fantasmas, elegir o no toda la maldita historia de esta isla, ¿no crees?

—Ciertamente.

El último hombre se volvió hacia el norte, luego al oeste y por fin al sur.

—Y cuando lo haya visto todo, desde aquel castillo al faro de allá, y escuchado las batallas y los cañonazos de la Primera Guerra Mundial, y las gaitas de Escocia con su agrio sonido, cada semana del Año Nuevo, Sam, bajaré por el Támesis, y cada 31 de diciembre, hasta el fin de mis días, el vigilante nocturno de Londres, o sea yo mismo, yo, sí, efectuará sus rondas y hará sonar las campanas de las antiguas iglesias. Las naranjas y los limones son las campanas de San Clemente. Y las campanas de Bow, las de Santa Margarita y San Pablo. Haré bailar las cuerdas de las campanas en tu honor, Sam, y espero que el viento frío sople hacia el cálido sur, donde tú estarás poniendo algunos pelos grises en tus orejas tostadas por el sol.

—Yo estaré escuchando, Harry.

—¡Escucha más aún! Me sentaré en la Cámara de los Lores y en el Parlamento, y haré debates, perdiendo ahora y ganando después. Y puedes afirmar que nunca en la historia tantos debieron tanto a tan pocos, y escucharé las sirenas de las canciones antiguas y olvidadas, y todo cuanto se

radió antes de nacer nosotros. Y unos instantes antes del primero de enero, treparé y me alojaré con los ratones en el Big Ben, cuando resuene el reloj con el cambio de año. Y sin duda, en algún momento, me sentaré en la piedra de Scone.

—¡Oh, no!

—¿No? O en el lugar donde estaba antes de que la enviaran al sur, a la bahía del verano. Y dame una especie de cetro, una serpiente hibernada tal vez, atontada por la nieve de un parque decembrino. Y coloca una corona de pasta sobre mi cabeza. Y llámame amigo de Ricardo, Enrique, pariente proscrito de Isabel I y II. Solo en el desierto de Westminster con el callado Kipling y la historia bajo el pie, muy anciano, quizá loco, gobernante y gobernado. ¿No podría elegirme a mí mismo rey de las neblinosas islas?

—Tal vez, ¿y quién te censuraría por ello?

Samuel Welles volvió a abrazar con fuerza a su amigo y luego echó a correr hacia el aparato. De pronto se volvió para exclamar:

—¡Dios mío! Acaba de ocurrírseme. Tu nombre es Harry. Un nombre estupendo para un rey.

—No es malo.

—Perdóname por dejarte.

—El sol lo perdona todo, Samuel. Vete donde quieras.

—Pero, ¿me perdonará Inglaterra? —Inglaterra está en el lugar donde esté su gente, Y yo me quedo con los huesos viejos. Tú te vas con la sangre caliente, Sam, y debes tratar de conseguir un buen bronceado.

—Adiós.

—Que Dios vaya contigo. ¡Oh, tú y esa maldita camisa de colores!

El viento gimió entre ambos y, por más que gritaron, ya no se oyeron. Agitaron las manos y Samuel trepó al aparato, que ascendió con rapidez y flotó como una enorme flor blanca de verano.

Y el último hombre se quedó de pie en el risco, sollozando.

«Harry, ¿no odias los cambios? ¿No estás contra el progreso? ¿No comprendes los motivos de todo esto? ¿No entiendes que los buques, los aviones, los reactores y la promesa de un clima amable, han alejado de aquí a todo el mundo? ¡Oh!, si, lo entiendo, lo entiendo. ¿Cómo podrían resistirse

cuando un agosto perenne les aguarda tan cerca?»

En cierta ocasión, el agosto en las islas británicas duró sólo media hora, no, cinco minutos, unos segundos, para alejarse de nuevo hacia el sur, hacia el verano eterno. Y los sueños, la gente y las máquinas se marcharon al sur como enormes aves que; al llegar, ya no pensaron en regresar al norte para emparejarse y por eso anidaron en bandadas trashumantes a lo largo de las costas ecuatoriales.

Estadísticas. Dos millones de personas llegaron, casi de la noche a la mañana, a Sudamérica. Cinco millones se esparcieron por las cálidas praderas africanas. Diez millones aterrizaron poco después, en Cabo Kennedy, en Taos y en Santa Bárbara. Diez millones, millón más o menos, en Australia, Madagascar y el mar de Tasmania. ¡Un terremoto absoluto del clima y noventa mil aparatos voladores habían estremecido y tentado a los hombres a abandonar sus viejas costumbres, y a repartirlos como granos de dorada arena en los oasis de los desiertos para vivir eternamente mejor!

¡Sí, sí! Harry lloró, rechinó los dientes y se inclinó al borde del promontorio para blandir sus puños hacia el aparato que se desvanecía en el cielo.

—¡Traidores! ¡Volved! No podéis abandonar la vieja Inglaterra, no podéis dejar Pip y Humbug, el duque de Hierro y Trafalgar, la Guardia Real bajo la lluvia, Londres ardiendo, las bombas que caen y las sirenas, el nuevo bebé mantenido en alto en el balcón del palacio real, la procesión funeraria de Churchill aún en la calle... sí, ¡aún en la calle! Ni a César, que no se ha presentado ante el Senado, ni las extrañas cosas ocurridas esta noche en Stonehenge. ¡No podéis abandonar todo esto, todo *esto*!

De rodillas, al borde del acantilado, como el último rey de Inglaterra, Harry Smith lloró a solas.

El helicóptero ya había desaparecido en dirección a las islas de agosto, donde el verano canta su dulzura con los pájaros.

El anciano se volvió a contemplar el paisaje y pensó que todo estaba igual que cien mil años antes. Un gran silencio y unas inmensas tierras áridas, y ahora, ya muy tarde, la concha vacía de las ciudades, y el rey Enrique, o el viejo Harry, que era ya el noveno de la dinastía.

Anduvo ciegamente por la hierba y encontró su bolsa de libros y unos pedazos de chocolate en un saco. Cogió su Biblia, las obras de Shakespeare, las ya muy leídas de Johnson, así como las siempre comentadas de Dickens, Dryden y Pope, y se quedó de pie en la carretera que daba la vuelta a Inglaterra.

Mañana, Navidad. Deseaba felicidad para todo el mundo. Sus siervos, esparcidos por todo el globo, ya tenían el regalo del sol. Suecia estaba vacía. Los noruegos habían huido. Ya nadie vivía en los climas helados de Dios. Todos se calentaban en los hogares continentales de las mejores tierras, con vientos cálidos y cielos amables. No más luchas por sobrevivir. Los hombres, nacidos de nuevo en Cristo al día siguiente, viviendo ya en los parajes del sur, habrían vuelto realmente a un pesebre eterno y siempre lleno.

Y esta noche, en alguna iglesia, él pediría perdón por haberlos llamado traidores.

—Una última cosa, Harry —se dijo—. Azul.

—¿Azul? —se preguntó a sí mismo.

—Por el camino encontrarás tiza azul. ¿No se pintaron alguna vez con ella los ingleses?

—Sí, hombres azules, de pies a cabeza.

—Nuestros finales son nuestros principios, ¿eh?

Se ajustó bien el gorro. El viento era frío. Y sabía a los primeros copos de nieve.

—¡Oh, notable muchacho! —exclamó, inclinándose desde una ventana imaginaria para contemplar la mañana de Navidad, como un viejo vuelto a nacer, jadeando de alegría—. Delicioso chiquillo, ¿está aún gran pájaro, el pavo, colgado en el escaparate de la gallinería?

—Está aún colgado allí —respondió el chiquillo.

—¡Ve y cómpralo! Vuelve con el tendero y te daré un chelín. Vuelve antes de cinco minutos y te daré una corona.

Y el chico fue a comprar el pavo.

Y abrochándose el abrigo, acarreando sus libros, el viejo Harry Ebenezer Scrooge Julio César Pickwick Pip y otro medio millar marcharon juntos por la carretera bajo el tiempo invernal. La carretera era larga y agradable. Las

olas cañoneaban la costa. El viento era como las gaitas del norte.

Diez minutos más tarde, cuando había atravesado cantando una colina, a juzgar por su aspecto, todas las tierras de Inglaterra parecieron dispuestas a esperar a la gente que, muy pronto, cualquier día de la historia, podía llegar...

EL SUAVE DILEMA

Brian W. Aldiss

El excelente autor británico J. G. Ballard señaló la conveniencia de que la SF se ocupara menos del espacio exterior y más del espacio interior del hombre. Otro excelente escritor británico del género, Brian Aldiss, nos ofrece a continuación muestra de lo que puede ser esta SF introspectiva propugnada por Ballard.

Calcúlate dentro, no te busques en la Luna, sino en tu propia órbita o circunferencia microscópica. Deja que los aspectos celestes aconsejen y adviertan, y no concluyas ni determines tus caminos.

SIR THOMAS BROWNE,
La moral cristiana

I. JÚPITER

Con creciente familiaridad vio que las lentas sacudidas no eran movimientos inconsecuentes, sino gestos meditados y deliberados.

Ian Ezard ya no era consciente de sí mismo. Le absorbía por completo el panorama.

Lo que al principio era una mancha insignificante se había convertido en un despliegue de luces, que derivaban suavemente. Las luces estaban adoptando una forma, convirtiéndose en alas luminosas o en espinazos fosforescentes, o quizá en miembros incandescentes. Al pasar, el funcionamiento trabajoso de los piñones dejó de parecer debido al azar y adoptó las características de la deliberación, de un plan consciente. Tampoco era ya un caos el ambiente en que las formas se movían; a medida que los sentidos de Ezard se iban acomodando a la escena, éste iba percibiendo un ambiente tan bien gobernado por sus propias leyes, como aquél en el que él había nacido.

Con la disminución de su inicial terror, pudo observarlo todo más sagazmente. Vio que los organismos luminosos se movían. ¿Cómo podía llamarlos? ¿Baluartes? ¿Fortificaciones? ¿Formaciones nubosas? No estaban más claramente delimitados que las costas arenosas envueltas en niebla, pero Ezard se sentía angustiado por una sensación de detalle intrincado ligeramente más allá del poder de resolución de su retina, como si estuviese contemplando flotillas de catedrales barrocas demasiado hundidas bajo unos

mares traslúcidos.

Se acordó con inesperada cordialidad de Lowell, el astrónomo, captando imaginarios vislumbres de los canales marcianos..., pero su propio lugar de observación era mucho más privilegiado.

La gama de la grande, alegre y solemne procesión que desfilaba ante su vista le producía cierto trastorno. Se sobrepuso, tratando de interpretar lo desconocido en términos de lo conocido. Aquellos organismos le recordaban los esqueletos altísimos de las ciudades terrestres por la noche, vistos desde la estratosfera, o los grupos de diatomeas flotando en una gota de agua. Era difícil recordar que las figuras geométricas vivientes que escudriñaba teman cada una el tamaño de una enorme isla..., tal vez de trescientos kilómetros de diámetro.

El terror aun estaba presente. Ezard sabía que sólo tema que ajustar los prismáticos de rayos infrarrojos para ver a muchos más kilómetros de profundidad en la atmósfera de Júpiter y encontrar... ¿vida? ¿imágenes? de otra clase. Hasta el momento, la expedición a Júpiter había descubierto seis niveles de imágenes-vida, cada uno de ellos separado de los otros casi del mismo modo en que el mar está separado del aire, mediante grados de presión que entrañan composiciones químicas diferentes.

Capa tras capa, iban descendiendo, agitándose lentamente, mucho más abajo de la detección, hacia el enlodado corazón del protosol. ¿Estaban todas las capas llenas de las huellas y las quimeras de la vida?

—¡Es como escrutar en la mente humana! —exclamó Ian Ezard.

Tal vez pensara en la mente de Jerry Wharton, su cuñado. Grandes presiones, vastas negruras, terribles sabidurías, tormentas eléctricas duraderas..., el paralelismo entre las profundidades de la atmósfera jupiteriana y la mente resultaba demasiado desconcertante. Se irguió en el asiento y dejó el cascovisor en el eje giratorio.

La cámara de observación volvió a cerrarse en torno suyo, sin cambio alguno, pesadamente familiar.

—¡Dios mío! —gimió, secándose débilmente el rostro—. ¡Dios mío! —y al cabo de un momento—. ¡Por Júpiter! —añadió en honor al monstruoso protosol que flotaba como una ballena por debajo de su nave.

El sudor volvió a regar su cara.

—Sí, es todo un espectáculo —murmuró el capitán Dudintsev, entregándole una toalla—. Y cada una de las seis capas que hemos examinado es mayor que cien veces la superficie terrestre. Lo estamos grabando casi todo en cintas. Y algunos de nuestros hallazgos ya están siendo radiados a la Tierra.

—¡Serán como un escopetazo!

—Vida en Júpiter. ¿De qué otro modo puede llamarse sino vida? Esto sorprenderá a Rusia y América, y a todo Occidente, con más fuerza que cualquier descubrimiento efectuado desde la reproducción.

Consultando su calculador de pulsera, Ezard observó que había estado bajo el visor unos ochenta y seis minutos.

—¡Oh!, es totalmente cierto. Esto trastornará todas nuestras ideas. No sólo Júpiter contiene la mayor parte del material inorgánico del sistema, sin contar al sol, sino que contiene también casi toda la vida. Una vida apretujada, superabundante. Ni una sola ameba es menor que Long Island. Lo cual hace que la Tierra no sea ya más que un puesto avanzado y rocoso, situado en una playa lejana. ¡Esta es la gran idea a la que hemos de habituarnos!

—El mundo blanco se habituará a ella, como se acomodó al darwinismo. Siempre nos acomodamos a todas las ideas.

—¿Y a quién le importa un comino el mundo negro?

Dudintsev se echó a reír.

—¿Y qué me dices del marido de tu hermana, del que siempre te quejas? ¡A él le importará!

—¡Oh!, sí, le importará. A Jerry le gustaría ver desaparecer por entero a la otra mitad del globo.

—Bueno, no es el único.

Con la cabeza todavía llena de gestos extrañamente luminosos, Ezard avanzó hacia el mirador.

II. LA LUNA

Cerca de medianoche en Rainbow Bay City. Debajo de la cúpula principal, encima de una de las torres-mirador. El universo se extiende ante nosotros, cerca de los cristales; las estrellas parecen grasa llameante. Distorsionada por la curvatura de la cúpula, la Tierra es como un recorte de uña enfriado. El jefe de la técnica del sueño, Wace y yo, charlamos esporádicamente para matar el tiempo, hasta que volvimos a entrar de servicio en lo que mi hija Ri llama «la cosa grande, vieja y negra», de Platón.

—La especialización es algo maravilloso, Jerry —dijo Wace—. Aquí estamos nosotros, en cierto modo camino de Júpiter, y ni siquiera sabemos dónde se halla situado para contemplarlo. ¡Oh!, el mundo exterior no ha sido nunca mi especialidad.

Era un hombrecillo seco y muy aseado, de unos treinta y cinco años, y ya envejecido. Su especialidad era el estado terriblemente complicado del sueño. Yo me había interesado mucho por la psicología gracias a Johnnie Wace. Como él, yo no hubiese estado donde me hallaba a no ser por el proyecto CUFL en que ambos trabajábamos. Y aquella cosa grande y vieja no se habría instalado en la Luna, de no ser por los engañosos estados de hipnosis existentes entre el despertar y el dormir, los cuales estábamos investigando, y que se soportaban mucho mejor en las condiciones de menor gravedad de la Luna.

Abandoné la búsqueda de Júpiter. Ignoraba dónde estaba, lo mismo que Wace. Además, la ligera condensación atmosférica estaba formando gotas en las barras de aluminio de la techumbre, y las corrientes de aire de la cúpula las lanzaban hacia nosotros. Yo volvía a experimentar la tensión a medida que se acercaba el momento de reanudar el servicio..., la tensión de no poder beber. Pronto me vería colocado entre la vida y la muerte, dejando que el CUFL agostase mi psique. Cuando dimos media vuelta, tendí la mirada hacia una cúpula auxiliar bajo la cual crecía un cacto en el fértil suelo lunar, protegido de manera muy precaria contra los rigores exteriores.

—Así es como florecemos, Johnnie —indiqué, señalando el cacto—. Siempre estamos extendiendo los límites de la experiencia. Ahora, la expedición Trans-Júpiter ha descubierto que allí existe vida. ¿De dónde

extrae Occidente su dinamismo, en tanto el resto del mundo, el Tercer Mundo, todavía está sentado en cuclillas?

Wace me dedicó una extraña mirada.

—Ya sabes que yo soy un tipo extraño, con una idea fija. Dime Johnnie, tú que eres un chico listo, ¿cómo es que en una era de tanto progreso, la mitad del globo no adelanta?

—Jerry, yo no siento lo mismo que tú hacia los negros. Tú formas una parte muy esencial del CUFL porque tus símbolos básicos son confusos.

Comprendió que su observación me había enojado. Y no obstante, yo intuí la verdad cuando la declaré. Westciv, que comprendía la mayor parte del hemisferio norte y no mucho más, exceptuando Australia, era un enorme campamento armado, que protegía unas fronteras excepcionalmente largas, a fin de paralizar al mundo negro o Tercer Mundo efectuando de vez en cuando un ataque a Sudamérica o África que impidiera la formación de una fuerza amenazadora. Y nosotros estábamos avanzando constantemente, mientras el resto del mundo superpoblado se arrastraba detrás de nosotros.

—Ya conoces mis opiniones, Johnnie..., que tal vez resulten impopulares, pero que jamás he tratado de ocultar —dije, con expresión mohína—. Si pudiese, destruiría por completo el Tercer Mundo y empezaría de nuevo. ¿Qué tenemos que perder? No, en todo esto no hay ninguna confusión de símbolos.

—Un soldado siempre es un soldado...

Johnnie no dijo nada más hasta que penetramos en el ascensor. Fue entonces cuando añadió quedamente:

—Todos podemos estar equivocados, Jerry. Ahora sabemos que las zonas epsilon del cerebro, recientemente descubiertas, no distinguen en absoluto entre el sueño y la realidad. Que sólo se ocupan de alterar el equilibrio del tiempo, formando así el paso hacia lo inconsciente. Yo sustento la teoría de que el hombre occidental, con su afán de progreso, puede haber obturado la puerta, perdiendo el contacto con algo que es básico para su bienestar psíquico.

—¿Y los negros aún están en contacto con ello?

—¡No te burles! La historia de Occidente no es para sentirse orgulloso.

Ya sabes que nuestro proyecto CUFL está en un aprieto y que pueden abandonarlo. Seguro, progresamos de forma asombrosa en el plano material, tenemos estaciones que orbitan en torno al Sol, planetas interiores y Júpiter. Y no obstante, todavía no nos conocemos perfectamente a nosotros mismos. El proyecto CUFL intenta ser a la psique lo que la computadora es al conocimiento, y sin embargo, rechaza con insistencia nuestros datos. Y la culpa no es de la máquina. Ahora, saca tus propias conclusiones.

Me encogí de hombros.

—¡Sigamos en guardia!

Llegamos a la superficie y salimos fuera, yendo en dirección al tubo donde estaría dispuesto un transbordador hasta Platón. La cosa grande, vieja y negra, estaría sentada esperando junto al cráter terminal, y bajo el cuidado del equipo de Johnnie Wace, yo y otros alimentadores entraríamos allí. A veces, me siento perdido en ese tenue mundo que Wace encuentra tan congénito, y con toda esa aguda charla respecto a lo que son sueños y realidades..., aunque a veces también la emplee yo como defensa propia.

En el camino hacia el tren interior, la curva de la cúpula distorsionaba los cactus del exterior. A pesar de su aspecto frágil, sus largos brazos en forma de pera espinosa crecían y se extendían, como si quisieran envolver a la cúpula, antes de quedar bañados por el reflejo de la electroluminosidad. Hasta que quedara solucionado el problema de reducir el resplandor nocturno, los nervios de quienes vivían en la cúpula principal estarían siempre excitados.

Ya en el Metro, cuyas obras aún no habían finalizado, Wace y yo revisamos el material contra incendios y los trajes de emergencia, y subimos al tren. El resto del equipo ya estaba en los asientos, hablando de los ambiguos estados de la mente que el CUFL alentaba; todos saludaron alegremente a Johnnie, y éste se agregó a la conversación general. Yo ansiaba estar de vuelta con mi familia, o poder jugar una partida de ajedrez con Ted Greaves, el sencillo y viejo soldado Ted Greaves. Tal vez también yo hubiera debido seguir siendo un simple soldado que ayudase a reprimir las revueltas en los senderos superpoblados de la costa oriental, o abriera camino a través de Brasil.

—No quise molestarte, Jerry —se disculpó Wace, cuando se cerró la

puerta.

Su afilado rostro estaba arrugado por la preocupación.

—Olvídalo. Yo te atacé antes. La vida resulta excesivamente complicada en estos días.

—¡Para ti sí, el apóstol del progreso!

La charla no era agradable...

—Mira, hemos encontrado vida en Júpiter, y esto es magnífico. Estoy realmente contento, contento por Ezard, que está allí, contento por todo el mundo. Pero, ¿qué vamos a hacer? ¿Adónde nos conducirá esto? ¿De qué nos servirá? ¿Cuándo todavía no hemos solucionado el problema de la vida en la Tierra!

—Lo solucionaremos —replicó él.

Empezamos a rodar por el interior del oscuro túnel.

III. RI

Una de las diversas complicaciones de vivir en la Tierra eran los sueños de mi hija. Me angustiaban terriblemente, tanto, que a menudo creía que se mezclaban con mis propias fantasías cuando estaba tumbado en la litera de Wace, bajo los encefalómetros y con el resto del equipo del CUFL. Bien, dichos sueños me inquietaban, aunque al mismo tiempo me encantasen. La niña es tan insistentemente amigable, que yo no siempre tengo tiempo disponible para ella; pero sus sueños son un asunto diferente.

Tal como Ri los contaba, los sueños poseían cierta lucidez. Tal vez fuesen escenas de un mundo en el que yo hubiera querido estar, un mundo de juguete... un mundo simplificado que apenas pareciese contener gente.

Ri era el fruto de mi matrimonio de la tercera década. Mi esposa de la cuarta década, Natalie, también disfrutaba mucho con la charla de Ri. Pero hay que decir que Natalie es una mujer paciente, tanto con Ri como conmigo; más con Ri, tal vez, puesto que le gusta hacer gala ante mí de su temperamento.

Cierta cualidad de los sueños de Ri hizo que Natalie y yo prefiriésemos

guardarlos en secreto. Jamás se los mencionamos a nuestros amigos, casi como si fueran unos pequeños secretos culpables. Tampoco hablé de ellos a mis camaradas que sudaban en el proyecto CUFL, ni a Wace, ni siquiera a los grandes sabios, casi brujos, del Laboratorio Psíquico Lunar. En realidad, Natalie y yo evitábamos incluso discutirlos entre nosotros, en parte porque intuíamos el gran interés que Ri prestaba a sus imágenes nocturnas.

De pronto, todo mi placer ante los sueños de la niña se transformó en inquietud debido a una observación casual hecha por Ted Greaves.

Fue de este modo:

Yo acababa de regresar de la Luna en el transbordador de permiso el día anterior, más cansado que de costumbre. Los vuelos entre Kennedy y Oriente, y Oriente y Eurocen, empezaban a ir más atestados que nunca, a pesar de los *Jumbo* extra en funcionamiento. Las noticias del descubrimiento de vida en Júpiter (incluso las imágenes telerradiadas del rostro de mi cuñado propagadas por todas las ciudades de Westciv), parecían haber ampliado el salto de las hormigas considerablemente. Lo que la gente pensase que podían hacer con tal noticia se hallaba fuera de todo cálculo, pero Wall Street registraba una oleada de optimismo.

De modo que entre una cosa y otra llegué a casa agotado. Ri estaba dormida. Sí, mojando todavía su camita, según admitió Natalie. Tomé una sauna y caí dormido en brazos de mi mujer. El mundo giró. Y lo primero que supe a la mañana siguiente fue que Ri se acercaba a nuestra cama. Me desperté.

Las niñas de tres años tienen un paso muy fuerte, pues pesan tanto como los cachorros de elefante. Yo puedo andar por nuestro dormitorio sin hacer el menor ruido, pero la chiquilla produce grandes vibraciones.

—Creí que todavía estabas en la Luna alimentando el «inciente clectivo», papaíto —balbució.

El «inciente clectivo» es su mala pronunciación de inconsciente colectivo; de manera prudente, no hace el menor intento respecto a la *Vida Libre* del CUFL.

—El «inciente» —repliqué— me ha concedido una semana de permiso, Ri. ¡Y ahora déjame dormir! ¡Vete a leer tu libro!

La miré por un ojo semiabierto. Ladeó la cabeza y me sonrió, rascándose el trasero.

—Entonces, esa cosa grande, vieja y negra es más lista y buena de lo que pensaba.

Natalie se echó a reír desde su lado de la cama.

—Pues ésta es la idea del «inciente clectivo», Ri: ser más lista y buena de lo que podamos imaginar.

—Yo puedo imaginarme muchas cosas buenas —objetó la niña.

No quería que la desilusionasen de su imagen del «inciente» como una cosa grande, vieja y negra.

Trepano a la cama, empezó a colocarse entre, Natalie y yo. Había traído un gran libro de plástico de grabados parlantes de dibujos tradicionales, que tenía asido bajo el brazo. Cuando empezó a rodar sobre mí, una esquina del libro me pinchó dolorosamente la mejilla. Chillé.

—¡Oh, pequeña estúpida! ¡Déjame tranquilo!

—¡Papaíto, no quise hacerlo, de veras! Fue un... «acimente».

—¡No me importa lo que fue! ¡Vete! ¡Vamos, muévete! ¡Vuelve a tu cama!

La cogí del brazo para sacarla de la cama. Se echó a llorar.

Natalie se incorporó colérica.

—¡Por favor, deja tranquila a la niña! ¡Siempre la estás torturando!

—Tú no te muevas, de este modo no te meterá el libro en un ojo — advertí a mi mujer—. ¡Además, la muy canalla ha vuelto a mearse en la cama!

Así es como empezó la trifulca. Estoy avergonzado de tener que relatar el resto. Hubo lágrimas de la niña y lágrimas de Natalie. Sólo después del desayuno pareció amainar la tormenta. ¡Oh!, ahora, al hacer esta confesión, puedo mostrarme objetivo, y reconocer mis propias culpas, y lo que los demás pueden pensar de mí. Créanme, si esto no es arte es terapia.

Es raro recordar ahora lo a menudo que solíamos pelearnos durante el desayuno. Y sin embargo, era aquélla una de las habitaciones más sedantes, con la alfombra carmesí sobre las losetas del suelo, las blancas paredes y los muebles oscuros, estilo italiano. Teníamos dos viejos cuadros

bidimensionales, muy anticuados, inmóviles en las paredes, y ninguna holopantalla. En un rincón, medio escondida detrás de un jarrón con flores de nuestro jardincillo, estaba Jannick, nuestra doncella-robot. Natalie, que prefería no servirse de ella, la tenía desconectada. Jannick, en aquella ocasión, no intervino. Y reinaba la paz. Sin embargo, nos peleamos.

Cuando Natalie y yo estábamos tomando la última taza de café, Ri empezó a correr a mi alrededor.

—¿Te gustaría escuchar ahora mi sueño, papaíto, si no estás enfadado?

La subí sobre mis rodillas.

—Bien, escuchemos tu sueño. ¿Vuelve a referirse a unas piscinas de agua caliente?

Sacudió la cabeza.

—Este sueño lo tuve a las tres de la madrugada —explicó—. Sé la hora porque vino un enorme pájaro negro, como un cuervo hambriento, y picoteó en mi ventana como si quisiera entrar y despertarnos a todos.

—Entonces, esto formaba parte de tu sueño. En esta región de Italia no hay cuervos.

—Quizá tengas razón, papaíto, porque la casa estaba mucho más sucia que ahora. Bueno, me senté en la cama e inmediatamente empecé a soñar que yo era gorda y pesada, y que llevaba un libro muy grande, de esos que hablan, mientras subía la montaña. Era un libro mucho más grande de los que tengo aquí. Apenas podía respirar, porque casi no había aire arriba de la montaña. ¡Oh!, fue un sueño muy feo.

—¿Qué más ocurrió?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada..., excepto una cosa. ¿Sabes qué? Vi uno de esos coches nuevos japoneses que bajaba muy de prisa la montaña, hacia mí. Ya sabes, esos coches en que el cuerpo va dentro del volante y la gran rueda gira en torno al cuerpo.

—Quieres decir el Toyota Monocar —dijo Natalie.

—Sí, Natalie, el «Toyota Moggatar» —balbució la nula con su media lengua—. Era como una gran rueda llameante, y pasó junto a mí y se fue.

—¿Hacia dónde?

—No sé. ¿Dónde van las cosas? ¡Ni siquiera sé de dónde venía! Esto me hizo un lío en el sueño, de modo que miré a mí alrededor, y al lado de la carretera había un enorme «precipicio»...

—Se dice precipicio.

—Eso mismo, papaíto: «precipicio». ¡Muy hondo, muy hondo! Y estaba adornado por ocho postes, unos postes redondos y blancos como dientes, y el «Moggatar» debió venir de allí.

Natalie y yo seguimos en la mesa, meditando acerca del sueño de Ri después que la niña fuera al patio a jugar; tenía unos pinzones color fuego y albaricoque, metidos en jaulas, a los que quería mucho.

Yo me situé en su montaña imaginaria, donde el aire estaba enrarecido y los colores pálidos, con la figura aislada de la niña asiendo su libro y contemplando el coche que pasaba como una centella. Un símbolo del Sol, la rueda en que crucificaron a Ixión, imagen de nuestra civilización, signo tántrico de los fuegos simpáticos... Todas estas cosas, y las primeras estaciones no tripuladas que ahora orbitaban en torno al Sol..., uno de los grandes logros de Westciv, y también un símbolo que despertaba grandes respuestas latentes en el hombre.

¿Reverberaban dichas respuestas en las psiques de todos los chiquillos, cambiándolos, atacándolos a lo largo de la trayectoria que sigue el mundo blanco? ¿Qué efecto iba a producir la noticia de la vida en Júpiter? ¿Qué papel desempeñaría tío Ian, que había encontrado dicha vida, en los teatros primitivos de la mente de Ri?

Me formulé estas preguntas de manera indolente, Me gustaba pensar en cuestiones importantes, basándome en el principio de que si eran suficientemente importantes, se bastaban a sí mismas y no requerían respuesta alguna. En aquella época jamás me preocuparon las respuestas. Yo no era un pensador. Mi labor en Platón consistía en analizar sentimientos y sensaciones, y para esto me pagaban. Las respuestas quedaban para Johnnie Wace y sus camaradas.

—Será mejor que empecemos a movernos —propuso Natalie, cogiendo mí taza de café—. Puesto que tienes un día libre, será mejor aprovecharlo.

Mañana volverás a estar de servicio en la frontera con Greaves.

—Lo sé sin necesidad de que me lo recuerdes, gracias.

—No te lo recordaba, sólo lo daba por sentado.

—Sé que esta casa es arcaica —murmuré, cuando ella pasó por mi lado camino de la cocina— como el hogar de un campesino. Pero si yo no me hubiera ofrecido como voluntario para efectuar servicios de frontera con carácter irregular durante mis permisos, no estaríamos aquí. Nos hallaríamos encajonados en Oriente o en cualquier otro enorme complejo urbano, como aquel en que tú pasaste tu desdichada Infancia. ¡Y entonces tendrías más motivos de queja!

Ella siguió andando en dirección a la cocina con las tazas y los platos. Era cierto que habían construido aquella vivienda para campesinos o poco más; sus muros de piedra, de un metro de espesor, conservaban el calor del verano, y también el breve frío del invierno cuando se colaba dentro. Natalie calló, pero poco después dijo en un susurro tan débil que apenas lo oí desde la salita donde estaba sentado:

—No me quejo, Jerry, no me atrevería a quejarme...

Fui hacia ella. Estaba de pie frente a la fregadera, más o menos como me la había imaginado, con los negros bandos de su cabellera bien sujetos por una ancha cinta elástica. La amaba... ¡pero a veces me volvía loco!

—¿Qué quieres decir con eso de que «no te atreverías a quejarte»?

—Por favor, no nos peleemos más, Jerry. No puedo soportarlo.

—¿Me peleo yo acaso? Creo que solamente te he preguntado qué has querido decir.

—¡Por favor, no te enfades!

Se me acercó y, rodeándome la cintura con los brazos, levantó la mirada hacia mí. Me resistí y no le devolví la mirada.

—No quiero molestarte, Jerry... ¡Oh, es terrible la forma cómo nos peleamos como... todo el mundo! Ya sé que estas trastornado.

—¡Claro que lo estoy! ¿Y quién no lo estaría ante la situación en que se halla el mundo? Tu maravilloso hermano y sus compañeros han descubierto vida en Júpiter. ¿Nos afecta esto en algo? A mi proyecto, el CUFL, lo darán por finiquitado a menos que empecemos a obtener resultados. Además, están

esos alborotos en las universidades... ¡No sé qué busca la nueva generación! A menos que seamos fuertes, los del Tercer Mundo nos invadirán y someterán.

Natalie empezaba a enojarse también.

—¡Oh!, sí, por esto vinimos a vivir aquí, más allá del más allá, ¿verdad? Para que tú pudieras tener una visión ocasional del enemigo. ¡No fue porque te importase el lugar en que a mí pudiera gustarme vivir!

—Al contrario que a ciertas personas, a mí me interesa cumplir con mi deber hacia mi país.

Natalie se apartó de mí.

—No forma parte de tu deber comportarte constantemente como una bestia conmigo y con Ri, ¿en? ¿O sí? ¡Nosotras no te importamos nada en absoluto!

Era la canción de siempre.

—¡No empieces otra vez con lo mismo, mujer! Si no me importaseis, ¿por qué habría comprado ese robot que tienes desconectado en el comedor? Nunca lo usas, y prefieres pagar a una vieja gordinflona por horas. ¡Hubiese podido ahorrarme ese dinero! ¡Y aún tienes el valor de decir que no me importas!

Sus pupilas resplandecían ya peligrosamente. De pie ante mí, parecía una estatua.

—¡No te importamos! ¡No te importamos! ¡Lastimas a tu pobrecita hija, y a mí no me haces caso! Siempre estás en la Luna, o en la frontera, o aquí, gritándonos. Hasta tu estúpido amigote, Ted Greaves, tiene más sentido común que tú. ¡Tú nos odias! ¡Odias a todo el mundo!

Me abalancé hacia ella, la cogí del brazo y la sacudí como un pelele.

—¡Siempre te estás quejando! ¡No falta ya mucho para que termine esta década, y entonces me libraré de ti! ¡Ya no puedo más!

Salí de la casa dando un portazo. ¡Gracias a las estrellas, al día siguiente tendría servicio de frontera! La gente me saludaba, pero la ignoré. El sol estaba ya alto en el cielo del sur de Italia, y empecé a sudar a medida que andaba, pero esa molestia más bien me agradó.

No era cierto que siempre gritase en casa. Natalie podía haber sufrido durante su infancia, ¡pero yo también! En aquella época había una guerra en marcha, la primera de las guerras entre Westciv y el Tercer Mundo, aunque entonces no pensábamos en tales términos, antes del tratado de Cap Com. A mí me llamaron a filas a una edad en que otros están aún en la universidad. Pasé miedo, sufrí, tuve hambre, me hirieron, estuve un par de días perdido en la jungla antes de que la patrulla de un helicóptero me encontrase... Y maté a unos cuantos tercermundistas. Ni siquiera Natalie podía decir que esto me hubiera gustado. Todo había terminado hacía tiempo. Y sin embargo, aún lo llevaba en mi interior. Nunca se borraba de mi memoria. La Tierra daba vueltas, pero las luces del viejo escenario nunca se apagaban.

Llegué a las colinas que dominaban nuestra localidad, me senté a la sombra de un olivo y pensé en el pasado. Es extraño de qué modo piensa uno en cosas que no tienen nada que ver con la vida cotidiana.

De nada me serviría trastornarme por una riña conyugal. Natalie no era mala, sólo un poco arisca de carácter. Mi reloj marcaba las diez, aproximadamente. Ted Greaves no tardaría en presentarse para nuestra partida de ajedrez. Continuaría sentado unos instantes donde estaba, respirando profundamente, y luego regresaría. Actuaría con naturalidad. No tenía nada que temer.

IV. GREAVES

Ted Greaves llegó a casa hacia las diez y cincuenta minutos. Era un individuo alto, de cabello rubio, atormentado por la mala suerte en su carrera militar y un poco resentido contra la sociedad. Le gustaba interpretar el papel de veterano fanfarrón. Al cabo de muchos años de servicio era oficial de exilio, y mandaba nuestro sector de la frontera sur, entre Westciv y los negros. Como tal, al día siguiente sería mi superior, cuando yo entrase de servicio. Hoy, no obstante, éramos sólo amigos. Saqué el tablero de ajedrez.

—Hoy me siento como un peón y no podré jugar bien —se quejó Ted

cuando nos instalamos junto a la ventana—. He pasado las últimas veinticuatro horas en la oficina rellenando fotoformularios. ¡Nos hundimos bajo los formularios! La situación producida por el hambre en el Norte de África se ve ahora agravada por una epidemia de cólera.

—¡Los problemas del Tercer Mundo no nos afectan en absoluto!

—Por desgracia, estamos más relacionados con los negros de lo que parece en la superficie. Las autoridades temen que el cólera no respete fronteras. Mañana tenemos que permitir el paso de algunos refugiados, y es probable que sean ellos quienes transmitan la enfermedad. Están preparando una sala de aislamiento. La culpa es de Westciv... debimos prestar ayuda a África desde el principio.

Yo había comprado una lata de whisky a precio de permiso de servicio en el vuelo Rainbow-Kennedy. La abrimos en aquel momento. Pero él estaba de mal humor, y no tardó en abordar uno de sus viejos tópicos: la responsabilidad de los Estados Unidos en la confrontación entre blancos y negros. Yo no aceptaba en absoluto sus opiniones a este respecto, y él lo sabía; pero esto no le impidió lanzar algunos gruñidos respecto a los defectos de nuestra sociedad de consumo, acerca de que se basaba en la envidia, y la vergüenza que representaba la solución negra..., aunque nada dijo de cómo podíamos haberla evitado. Puesto que nosotros no éramos más que unos chiquillos cuando idearon la solución, no comprendía por qué Ted tenía que sentirse culpable al respecto. De todos modos, yo creía que las razas de color del Tercer Mundo estaban subdesarrolladas porque les faltaba la inteligencia y la calidad moral de Westciv, su odiada *Pinkeyland*.

Por tanto, dejé que Greaves expresase sus sentimientos mientras tomábamos el whisky, en tanto yo contemplaba nuestro patio interior por la ventana.

El caminito empedrado del centro, bordeado por una columnata en la que florecían las buganvillas, conducía a una pequeña estatua de Diana, labrada en mármol de Carrara, y que estaba situada contra el muro del fondo. Todos los muros del patio estaban pintados de amarillo. A la izquierda gorjeaba la colección de pinzones de Ri, mientras revoloteaba en las jaulas. En las parcelas de tierra crecían limoneros y naranjos. Y por encima del muro del

fondo se elevaban las montañas de Calabria.

Jamás me cansaba de aquel plácido paisaje. Pero lo que más me había llamado la atención era la figura de Natalie con su sencillo vestido verde. Yo la había amado de muchas formas, pensé, y al final de la década no sería muy difícil cambiarla por otra, ya que ello era mejor que continuar siempre pegado a la misma mujer, como en el sistema antiguo. Pero o yo estaba envejeciendo o había algo especial en Natalie. Estaba jugando con Ri y hablando con la criada calabresa. No oía nada de lo que decían, a pesar de que la ventana estaba abierta al calor y a los aromas del exterior, y sólo llegaba hasta mí el murmullo de las voces.

Sí, tendría que cambiarla. Hay que dejar que las cosas se desarrollen naturalmente. Esto ayudaba a que el mundo siguiese girando. La antigüedad planeada como una dinámica social, tanto en las relaciones humanas como en los productos consumidos. Cuando Ri cumpliera los diez años tendría que ingresar en el centro de integración oportuno, para aprender a ser un miembro funcional de la sociedad... como mi otra hija, Melisande, había hecho el año anterior al cumplir los diez años.

Melisande, que lloró tanto al separarse de mí. Triste indicio de lo mucho que necesitaba la integración. A todos se nos pedían sacrificios, pues de lo contrario el nivel de vida descendería. Las separaciones endurecen al ser humano. En la actualidad, yo apenas pensaba en Melisande.

Y cuando conocí a Natalie... Natalie Ezard. Fue antes de las leyes de integración. «El viaje espacial nutre nuestros deseos más profundos y extraños.» Contra los estados mentales de máxima alerta flotan los estados hipnóticos y extravagantes que colorean los jades y carmesíes de las tinieblas exteriores, haciendo que las cosas sin forma viajen en los mismos límites del ojo. Tal vez esto se deba a que en el mismo centro de la riqueza del viaje al espacio envuelto en metal reside una privación sensorial. Pese a su promesa de renacimiento, el vuelo en el vado es la muerte de la vida, y sólo los totalmente esquizofrénicos están inmunizados a sus terrores. Yo nunca me sentía feliz, ni siquiera en el trayecto Kennedy-Rainbow.

Entre los planetas, nuestros deseos más exagerados se tornan fecundos. El viaje espacial alimenta nuestros deseos más profundos y extraños.

—¡Pueden ocurrir cosas espantosas! —exclamó Natalie, en nuestros primeros días de casados, arrojándose en mis brazos cuando regresé de un viaje.

Y mientras yo estaba lejos, Westciv aprobó las leyes de la integración, por las cuales se separaba a los padres de los hijos y se enviaba a los niños de diez años a los honorables orfanatos del Estado, a fin de convertirlos en buenos ciudadanos.

Todo volvió a tener lugar ante el telón de fondo de nuestro soleado patio, donde se hallaba en aquel momento Natalie Wharton. Era más delgada y angulosa que antaño, y su cabello menos negro. Algún día tendríamos que tomar la ofensiva y eliminar a todos los negros del mundo. En mi opinión, sólo el temor a lo que la China neutral pudiera hacer nos impedía aún dar este paso tan necesario.

—¡Fíjate en la vejez de ahí fuera! —exclamó Ted Greaves, siguiendo mi mirada y señalando el patio—. ¡Mira esa maldita parra, aquella estatua! Aparte de la encantadora Natalie y de tu hijita, no hay nada que no lleve ahí al menos doscientos años. En los Estados todo es nuevo, nuevo, todo tiene que ser de última moda. Tan pronto como las raíces empiezan a formarse, las arrancamos y empezamos de nuevo. Y el resultado es... ¡la falta de criterio! ¿Cuánto lleva en pie esta casa? ¿Tres siglos? En los Estados ya la habrían barrido mucho tiempo atrás. Aquí, el amor y el cuidado siguen vigentes, por lo que todo es tan bueno como si fuera nuevo. ¡Tan bueno como nuevo! Ya ves cómo soy víctima de mis propias ideas. ¡Es mejor que nuevo, es tan bueno como nuevo!

—Eres un sentimental, Ted. No son las cosas, sino el prójimo lo que importa. La gente es vieja, los mundos son viejos. Las naves ruso-americanas que construyen en todo el sistema nos dicen cuán viejos somos, cuán familiarizados estamos con nosotros mismos. Nuestras raíces se hallan en nosotros y no fuera.

Lo cierto es que disfrutábamos filosofando.

Ted lanzó un gruñido y encendió un cigarro-relámpago.

—Esto está bien para ti, que estás construyendo este inconsciente colectivo de la *Vida Libre*. ¿No es otro proyecto americano externalizar el mal y podar nuestras raíces?

—¡Ciertamente, no! El CUFL será un banco de emociones, una calculadora, si quieres, que almacena no los frutos del intelecto humano, sino los frutos de la psique. Pero en la Tierra hay demasiada gente y nuestras vidas han de ser controladas. El CUFL, en cambio, nos devolverá la libertad de nuestra imaginación.

—¡Si tiene éxito!

—Claro, si tiene éxito —concedí—. Por ahora no hemos sacado de nuestra cosa grande, vieja y negra más que modelos primitivos. Es cuestión de seguir aumentándola.

Con Greaves siempre expresaba mucha más animación de la que sentía, supongo que para contrarrestar su pesimismo.

Se levantó y miró por la ventana.

—Bien, yo no soy más que un soldado glorificado..., sin mucha gloria. No comprendo los bancos de emociones. Pero date cuenta de que es posible que estés sobrealimentando tu vieja y negra cosa, y que se esté muriendo por exceso de nutrición, como el mismo Westciv. Los jóvenes suelen captar ciertos sueños arquetípicos. Por tanto, ¿por qué no puede captarlos también tu reciente máquina? Los jóvenes los captan especialmente cuando han de morir en plena juventud.

La muerte era uno de sus temas favoritos. En una ocasión la llamó «la paz que pasa por todos los que están de pío».

—¿Qué clase de sueños? —le pregunté sin pensar.

—En el sistema nervioso, los símbolos del sueño son recibidos como estímulos sensoriales. Hay sueños prodromales, sueños que predicen la muerte. No sabremos qué es el despertar hasta que sepamos qué son los sueños. Tal vez toda la lucha entre negros y blancos no sea más que supersueño, como un mirlo que picotea en un cristal.

La conversación despierta pensamientos ocultos. Yo estaba escuchando a Ted, pero de manera más activa me preguntaba por qué no contestaba directamente las preguntas, como hace la mayoría de la gente. Alguien me

contó que era una consecuencia de la holovisión, que divide la atención personal. Meditaba acerca de todo ello cuando Ted dijo lo del mirlo picoteando en el cristal, con lo que trajo a mi memoria el comienzo del último sueño de Ri, en que la niña no estaba segura de si dormía o aun estaba despierta.

—¿Qué tiene esto que ver con la muerte?

—Demos una vuelta por la zona soleada antes de que haga demasiado calor —propuso—. Algunos niños son demasiado etéreos para la vida. Diantre, Jerry, un niño se halla muy cerca del estado primario, del primitivo mundo psicológico; algunos sobreviven con prognosis de imprudencia. Si no han de llegar a la madurez, sus psiques lo saben y ya no les ayudan a pasar al próximo estado.

—Bien, salgamos al sol —asentí.

No me sentía bien. Las ponsetias estaban en flor y extendían sus lenguas escarlata. Un lagarto se afeitaba a una rama de carobo. El sol desaparecía ya tras la colina de Ri. ¿La muerte? Y los ochos dientes o postes, o lo que diablos fuesen, estaban al borde de la nada... ¿Los años de Ri? Los pinzones saltaban de percha en percha, incansables en su cautividad.

V. SICILIA

Casi antes del amanecer de la mañana siguiente, estaba ya volando sobre Calabria y el tacón de Italia. Las instalaciones militares resplandecían más abajo. Aquél era uno de los puntos más al sur de Europa que señalaban la frontera entre los dos mundos. Se hallaba bajo el mundo de fuerzas americanas, europeas y rusas. Me había marchado antes de que se despertara Ri. Natalie, con sus bandos de cabello oscuro, se levantó para darme su adiós. Adiós... siempre era adiós. ¿Cuál era el significado del gran libro negro que Ri llevaba en su sueño? No podía ser cierto.

El estrecho de Mesina destelló bajo nuestro fuselaje sin alas. Aire, agua, tierra, fuego, los primitivos elementos. El quinto, el espacio, había estado aguardando. Sólo Dios sabía lo que hacía en los corazones y las mentes de los

hombres, qué reacción aborigen estaba en proceso. Tal vez cuando hubiésemos exterminado a los tercermundistas, el «inciente clectivo» nos diera tiempo para clasificar las cosas. Nunca había tiempo para ello. Ni siquiera los pinzones en su largo cautiverio tenían bastante tiempo. ¿Y el pájaro de la ventana de Ri? ¿En qué lado de la ventana, por dentro o por fuera?

Íbamos descendiendo hacia Sicilia, hacia sus montañas. Yo atinaba a ver la cabeza y los hombros de Greaves, en el asiento del piloto.

Sicilia era territorio semineutral. El mundo blanco y el negro se juntaban en sus erosionados valles. Yo me había desayunado con medio racimo de uva, arrancado del jardín, y una taza de café sin azúcar. Una alimentación voluntariamente regulada. Al otro lado de la elevada frontera, el hambre habría hecho que mi frugal desayuno pareciese un banquete.

Por el sur, un último destello del mar y la bruma distante de Malta, aún humeante al cabo de diez años. Luego apareció el Etna y su maravilloso interior, y nos dispusimos a aterrizar.

Aquella tierra estéril parecía la misma tierra-máquina. Sicilia (su norte, mitad Westciv), tenía una nómina de robots tan larga como la de la Luna. Todos trabajaban en una unión sin cerebro, por si los seres menos inteligentes de la mitad sur emprendían una acción desesperada. Cogí mi cañón de gas y salí al calor cuando el primer tramo de escalerillas se descorrió automáticamente por sí solo.

Juntos, Greaves y yo saltamos dentro de la armadura gigante y atravesamos el campo con pasos de canguro, de diez metros de longitud.

La frontera blanca estaba marcada por unos platillos colocados encima de postes a intervalos de diez metros; entre los platillos, la barrera eléctrica retemblaba, enviando su aroma de alucinación hacia el firmamento.

El mundo negro también tenía su frontera. Se hallaba más allá de nuestro campo de fuerza. Atravesaba Sicilia como un agrietado muro de piedra. Gran parte de las piedras procedían de poblados, aldeas y templos destruidos. De vez en cuando, un nativo se llevaba algunas piedras del muro para construir

con ellas una choza en la que poder vivir con su familia. Los indignados oficiales negros derribaban la choza y devolvían las piedras a la muralla. ¡No tenían por qué preocuparse! Yo hubiera podido saltar su muralla con gran facilidad.

Y un muro de ocho postes...

Cruzamos el atestado campo hacia la puerta delantera. Sol y gravedad. Dentro de las armaduras, éramos hombres macizos, de más de tres metros de estatura, con unas botas de más de medio metro; y encima de la cabeza llevábamos los cascos de dos palmos de alto. Nuestros megáfonos podían llevar la voz a una milla de distancia. Podíamos ser los malignos hombres-máquina de los desgarrados sueños de los negros. En la puerta delantera, entramos y dejamos la armadura en los compartimentos magnetizados.

En lo alto de la torre, Greaves se hizo cargo de los controles automáticos y conectó su enlace con Palermo y los *comsats* que tenía más arriba de su cabeza. Yo efectué las debidas comprobaciones con Inmigración y Aislamiento para ver si funcionaban.

Desde allí podíamos divisar el odiado territorio enemigo, sus torreones de madera, sus miserables aldeas de piedra, de las que surgían ya hordas de gente, aunque aún faltaban cincuenta minutos para que bajásemos las pantallas de fuerza y así dejar pasar a algunos. Detrás de la multitud, los montes parecían desparramarse hacia los miserables valles moteados de arbustos. Ninguna vivienda decente. Si nos apoderábamos de la isla, como siempre afirmaba, levantaríamos unas plantas de desalinización en la costa, importaríamos tierra fértil, fertilizantes y las mejores simientes para óptimas cosechas múltiples, enriqueciendo todo el territorio en cinco años. Con el *statu quo* actual, los próximos cinco años no iban a producir más que hambre y religión, que era lo único que ellos tenían. Una epidemia de cólera en masa, con muertos que se contaban por cientos de millares, estaba ya haciendo estragos en África, tras haberse trasladado hacia el oeste desde Calcuta, la capital tradicional del cólera.

—¡Los muy imbéciles! —rezongué—. Algún día habrá una ley en el mundo entero que prohíba a la gente vivir como gusanos.

—Y otra ley que prohíba a la gente enriquecerse con ello —replicó

Greaves.

Su observación no significaba nada para mí. Supuse que tenía algo que ver con su necia teoría de que Westciv se aprovechaba de la pobreza del Tercer Mundo aumentando las tarifas de importación. Greaves no lo explicó ni yo se lo pedí.

Desde el panel de control auxiliar envié un escrutador invisible a vigilar un poblado enemigo. Aunque podía quedar atrapado en las anticuadas pantallas de radar de los negros, éstos sólo podrían protestar por el quebrantamiento de los reglamentos internacionales, pero sin poder interceptarlo.

El ojo mágico planeó sobre un grupo de cabañas y ajustó su enfoque, enviándome su imagen tridimensional.

En los portales, en los balcones adornados con flores marchitas, en los callejones, había grupos de negros. Eran árabes, malteses refugiados, sicilianos marcados, renegados del mundo blanco; los grupos étnicos se distinguían por debajo de sus ropas sucias, oscuras y viejas, carentes de fibras sintéticas. Concentré mi atención en una joven morena que estaba a la puerta de una taberna con una mano apoyada en el hombro de un niño. Cuando Natalie estaba en el patio debajo de la ponsetia, ¿qué había pensado yo? ¿Que antaño podíamos propagar el amor entre nosotros?

Antes de que el mundo resultase demasiado difícil, había habido un método seguro para multiplicarse y compartir el amor. Habríamos tenido y criado hijos por la recompensa mensual de tenerlos, de ayudarles a crecer sanos y fuertes. También de sus entrañas habría irradiado la salud.

Pero los tercermundistas ambicionaban las riquezas de Westciv sin aceptar su disciplina. Tenían hijos. Indiscriminada y pródigamente. El mundo estaba demasiado lleno de niños y de personas, lo mismo que el vacío espacial estaba poblado de sueños fantásticos. Sólo los débiles, los ineptos, los hambrientos podían arrojar hijos a un mundo sin reglas. Su progenie débil, desvalida y muerta de hambre alimentaba las tumbas y los gusanos del mundo. Aquella chica morena que reía en mi pantalla sólo se merecía la semilla detonante del cañón.

—¡Haz que regrese el escrutador, Jerry! —me ordenó Greaves, viniendo

hacia mí.

—¿Qué ocurre?

—Llama al escrutador.

—Voy a darles a los bastardos un buen final.

—Te ordeno que llames al escrutador. No existiendo ninguna emergencia, estás contraviniendo los reglamentos.

—¿Y a quién le importa?

—A mí —replicó. Estaba muy enfadado—. A mí me importa y soy el oficial de exilios.

—Todo el día de ayer estuviste muy irritado e irritante —comenté, mientras hacía regresar el ojo mágico—. Y sin embargo, jugaste bien al ajedrez. ¿Qué te pasa?

Pero tan pronto como hube pronunciado la pregunta, supe la respuesta. Ted Greaves estaba convertido en un manojo de nervios, porque debía tener noticias de que su hijo regresaba de las tierras estériles del Tercer Mundo.

—Te encuentras entre la espada y la pared con tu hijo Pete hecho un anarquista, ¿eh?

Fue entonces cuando se arrojó contra mí.

En la taberna, Peter Greaves estaba invitando a sus amigos a la última ronda. Llevaba casi tres semanas en la aldea, aguardando el día en que se abriera la frontera; en tres semanas había trabado amistad con todos los habitantes del lugar. Todos ellos, y no sólo Max Spineri, que había hecho el viaje con él desde Alejandría, le juraron amistad eterna el día de la partida.

—¡Para que termine la epidemia de cólera! —exclamó Pete, levantando su vaso.

—Será mejor que regreses al Oeste antes de que el rey Cólera visite Sicilia —aconsejó un acemilero.

La bebida era fuerte. Pete sintió deseos de pronunciar un pequeño discurso.

—Vine aquí como un pedante estúpido, llena la cabeza con toda la propaganda del Oeste —manifestó—. Y regreso con los ojos abiertos.

Durante mi año de estancia en África y Sicilia, me he convertido en hombre, y vuelvo a casa, donde relataré todo lo que he visto y aplicaré cuanto he aprendido.

—Este es ahora tu hogar, Pete —le dijo Antonio, el camarero—. No regreses a Pinkeyland, o volverás a ser una máquina como los otros. Nosotros somos tus amigos. ¡Quédate con tus amigos!

Pero Pete no podía atender a aquellas razones.

—He de regresar, Antonio. Max te lo puede decir. Deseo sacudir el letargo de la gente, y hacer que oiga la verdad. Allí tiene que efectuarse un cambio, aunque para ello tengamos que derribar todo lo actual. En *Pinkeyland*, y cree en mis palabras, hay miles de millones de chicos y chicas de mi edad que odian la manera como van las cosas.

—¡Igual que aquí! —rió un campesino.

—Seguro, pero en el Oeste es diferente. Los jóvenes están hartos de la patraña de que nosotros tenemos voz y voto en el Gobierno, hartos de la burocracia, hartos de una tecnocracia que se limita a reforzar el poder de los políticos. ¡A quién le importa que haya vida en Júpiter cuando la vida en la Tierra es cada vez peor!

Vio, y ello nunca había dejado de asombrarle en el mundo negro, que no se entusiasmaban con estas palabras. Él estaba de su parte, tal como seguía pregonando. Sin embargo, la mejor actitud de los negros hacia los blancos era ambivalente: una mezcla de envidia y desdén hacia las naciones que consideraban esclavas del consumo de productos y de las máquinas.

Lo intentó de nuevo, hablándoles del poder estudiantil y del submundo, pero Max le interrumpió.

—Tienes que irte, Pete. Sabemos cuáles son tus sentimientos. Ten calma... tu raza tiene dificultades para tener calma. Mira, tengo un regalo de despedida para ti.

Tras arrastrar a Pete a una esquina, exhibió un arma y la puso en manos de su amigo. Al examinarla, Pete descubrió que se trataba de un antiguo revólver «British Enfield», bien conservado.

—No puedo aceptarlo, Max.

—Claro que puedes. No es regalo mío, sino de la organización. Te

ayudará en tu lucha. ¡Está cargado con seis balas! Tendrás que esconderlo, porque te registrarán cuando cruces la frontera.

Pete estrechó la mano de Max.

—¡Cada bala me servirá, Max!

Temblaba. Tal vez hubiese en su interior más miedo que otra cosa.

Cuando estuvo lejos del calor, las moscas, el polvo y sus desharrapados amigos, tuvo conciencia de su actual imagen de bravura y ello le dio valor.

Fue en dirección al sol, donde Roberta Arneri vigilaba el convoy que se iba reuniendo para el corto viaje hasta la frontera. Le asió una mano.

—¿Sabes por qué tengo que irme, Roberta?

—Por muchas razones.

Era cierto. Pete miró fijamente hacia la luz del sol y trató de recordar. Aunque el odio se alzara entre los dos mundos, había zonas de debilidad en que confiaban unos en otros. Por debajo del odio florecían ambigüedades como el afecto, el amor. Aunque existiese un estado de guerra, seguía habiendo alguna relación. Y la juventud no podía quedar acorralada. Todos los años, jóvenes blancos (anarquistas para los mayores), pasaban la frontera con ambulancias y medicamentos. Y dichos medicamentos los pagaban dichos mayores. Era como un dinero de conciencia. O dinero del odio. Un regalo, un símbolo... nadie sabía qué, aunque intuían que era algo muy importante, tanto como un sueño que no es comprendido.

Y ahora, él iba a regresar. Antonio tenía razón. Probablemente jamás volvería al Tercer Mundo, ya que el suyo le convertiría en una máquina.

Pero necesitaba declarar ante testigos. Sólo tenía dieciséis años.

—La vida sin tuberías, la vida con un estómago medio lleno —diría al llegar a la patria—, tiene mejor sabor. Posee una cualidad positiva. No te hace sentirte menos humano. No hay ninguna virtud especial en tener la piel blanca, una panza gorda y arrastrarse hacia un tazón de loza cada vez que hacen efecto las purgas.

No sabía hasta qué punto resultaría convincente, una vez se hallara en la inmensidad estéril e higiénica de Westciv... particularmente cuando todavía añoraba en su corazón todas las comodidades y privilegios, y una ducha todas las mañanas antes de sentarse a desayunar. Aquí había sido divertido, pero ya

tenía bastante. Más que bastante, si recordaba lo que estaba destruyendo la epidemia.

—Irás a ver de nuevo a tu padre —diagnosticó Roberta.

—Quizá. En América estamos intentando romper los lazos familiares. Una vez has destronado la religión, destruyes la santidad de la familia. Esto anima a la gente a trasladarse a otros planetas, a ir adonde te ordenan.

Estaba avergonzado de pronunciar estas palabras... pero también algo orgulloso.

—Por esto estáis tan nerviosos y deseáis guerrear constantemente, ¿eh? No os dan muchos besos de pequeños, ¿verdad?

—¡Oh, todos estamos en unidades de aislamiento! La vida no es tan mala como crees entre las ruedas del progreso, Roberta —masculló amargamente.

La besó. Los labios de la joven sabían a ajo.

Max le palmeó el hombro.

—¡Ya basta, amiguito! ¡Te largas a casita! ¡Sube!

Pete trepó a la carreta tirada por un burro, junto con otro anarquista blanco llegado hacía poco desde Túnez. Pete había entrado en el misterioso Tercer Mundo conduciendo un camión lleno de víveres. El camión se lo habían robado en Nubia, cuando él estaba enfermo de malaria y disentería. Y ahora regresaba con las manos vacías. Pero las palmas de sus manos ya no eran tersas ni suaves.

Volvió a estrechar la mano de Max. Se contemplaron mutuamente, sin pronunciar palabra, en tanto el conductor animaba al burro a moverse. Sí, había afecto en la mirada de Max, afecto eterno, a su modo, ya que Max era un presunto extremista también; pero también existía la implacable enemistad que siempre surgía entre los que *tenían* y los que *no tenían*. Una enemistad más fuerte que los hombres, incurable por los hombres. Ambos bajaron la vista.

Ocultando su perplejidad, Pete tendió la vista a su alrededor. Durante sus días de espera, la aldea se le había hecho totalmente familiar, desde la iglesia situada en un extremo del poblado, a los cactus medio destruidos de los campos. También había saboreado allí la paz de una vida ajustada a los más lentos y estúpidos de modo que pudiesen sobrevivir. Al otro lado de la

frontera, el tiempo pasaba velozmente.

Los cascos del burro apenas hacían ruido sobre las piedras del suelo. Iban avanzando también otras carretas, seguidas por los perros y pegadas a las paredes. Tenían la sensación, desesperada e hilarante, de que estaban abandonando el refugio de la historia y se encaminaban al lugar donde empezaba la planta hidroeléctrica del mundo.

Pete agitó una mano en dirección a Max, Roberta y los demás, y volvió la vista hacia las fortificaciones de su propio sector. La frontera estaba algo lejos, pero era muy visible en el aire pálido. Cuando miró hacia allá, divisó una gigantesca figura de terror cómico, dos veces más alta que un hombre normal, una máquina con hombre, que avanzaba hacia él por la llanura. Gritando con ira obscena a medida que avanzaba, el monstruo parecía tostarse bajo el sol.

Avanzó hacia él como una rueda llameante, descendiendo por una empinada ladera, devorándolo todo.

VI. EGO

Ted Greaves era mi amigo desde hacía largo tiempo. No sé por qué se abalanzó sobre mí cuando le hablé burlonamente de su hijo. En realidad, tampoco sé por qué su acción me encolerizó.

Mi última estancia en CUFL me había dejado en un estado de ánimo bastante bajo, pero el furor me prestó fuerzas. Esquivé su puñetazo y le asesté uno debajo del corazón. Cuando se dobló hacia delante, gruñendo de dolor, volví a pegarle, esta vez en la mandíbula. Ted levantó el puño y me rozó el mentón, pero yo ya le estaba propinando golpes sin descanso. Cayó al suelo.

Estos accesos de furor ya me habían asaltado antes, aunque no durante los últimos años. Cuando de nuevo tomé conciencia de mis actos, me estaba colocando la armadura pogo y tenía sólo un recuerdo muy vago de lo que le había hecho a Greaves. Recordaba, eso sí, haber bajado la barrera de fuerza.

Comencé a saltar hacia la tierra odiada. Oía el rumor de los giroscopios, y también, mi voz que chillaba como la de un poseso.

—¡Vosotros habéis matado a mi hija! ¡Vosotros habéis matado a mi hija!
¡No entraréis! ¡No, no entraréis!

No sé qué fin perseguía.

Pronto dejé algunos animales diseminados por tierra. Volqué una carreta. Estaba casi en la primera aldea.

Me parecía estar corriendo a cien kilómetros por hora. Y no obstante, cuando sonó el disparo me detuve al instante. ¡Qué hermosas serían las montañas si los ojos de uno nunca se abrieran y volvieran a cerrarse! Los palomos revoloteaban, muy blancos, sobre las techumbres semiderruidas. La gente estaba inmóvil. Algún día formarían parte de los nuestros, y nos apoderaríamos del mundo entero. El mundo entero se estremecería al escuchar el fragor de mi armamento y el polvo giraría como la furia de las galaxias.

Era preferible el dolor a nuestro eterno y suave dilema.

Estaba contemplando a un muchacho de cara pálida que descendía de una carreta tambaleándose, tras lo cual la carreta se apartó de él. La gente gritaba y huía por doquier, como pingajos. Mi mirada sólo estaba fija en él. Sus ojos estaban sólo fijos en mí. Tenía en la mano un revólver humeante.

No puedo explicar cómo supe que era americano. Un americano con el rostro de Ted Greaves, aunque liso, sin sus arrugas, un Ted Greaves que parecía obscenamente joven. Mi verdugo sin duda llevaba una máscara.

Un giroscopio funcionaba en mi cabeza como si se estuviera ahogando en sangre. Yo sólo podía seguir mirando aquella máscara. Cuando se acercó me vi impulsado a decir algo.

—Esto es como una película del Oeste...

¿Trataba de bromear?

La muerte descendió de las montañas negras hasta que sólo quedaron sus ojos, prestados a Ted Greaves, como heridas en el universo.

Luego, desaparecieron.

Cuando las drogas me hicieron regresar de mi trance hipnótico, todavía estaba trabajando para el CUFL, junto con los otros once esclavos de mi

turno en el «inciente clectivo».

—He vuelto a morir —les dije a los médicos que estaban inclinados sobre mí.

Asintieron. Estaban contemplando las pantallas de los monitores.

—Tenga calma —me aconsejó uno de ellos.

Cuando mis ojos pudieron enfocar bien las imágenes, vi que era Wace.

Ya estaba acostumbrado a las instrucciones. Trabajaba para tener calma. Todavía me encontraba en la línea del frente, donde la individualidad peleaba con la antigua conciencia tribal innominada.

—He vuelto a morir —gruñí.

—Descansa, Jerry —me recomendó Wace—. Ha sido sólo un sueño hipnótico de los que siempre tienes.

—Pero he vuelto a morir. ¿Por qué siempre tengo que morir?

Tommy Wace. Su nombre era Tommy. Los datos estaban equivocados.

Desde lejos, trataba de procurarme consuelo y expresar compasión con su rostro reseco.

—Los sueños son mitologías, en parte individuales y en parte universales. Los sueños de programadores y los sueños de tipo pronóstico son funciones naturales del sistema psíquico que regida el yo. No hay nada antinatural en soñar que uno muere.

—Pero he vuelto a morir... Y estuve dividido en dos personas...

—La defensa perfecta en un mundo dividido. Una forma de adaptación.

No me era posible transmitir mi agonía personal a aquellas personas, aunque lo hubieran visto todo por las pantallas. Con un gesto cansado me pasé una mano sobre el rostro. Mi barbilla me hizo el efecto de un cacto.

—Demasiado odio personal, Tommy. ¿De dónde procede?

—Johnnie, me llamo Johnnie. Al menos, tú lo extraes de tu sistema. Bien, bebe esto.

Me incorporé.

—Tendrán que clausurar el CUFL, Johnnie —musité.

Apenas sabía lo que decía. Había vuelto al mundo real, al abrasador Laboratorio Psíquico Lunar bajo Platón... y de pronto comprendí que podía distinguir lo verdadero de lo falso.

—Durante años y años... *¡he estado equivocado!*

Había exteriorizado mi propio odio. El sueño me había demostrado que yo temía convertirme otra vez en un todo, por si ese todo me destruía.

Jadeando, aparté de mí la bebida de Wace. Estaba viendo visiones. El mundo blanco había abandonado la religión. El abandono de la religión comportaba el abandono de otras estructuras de esperanza y desintegraba la vida familiar. La gente estaba entregada a la mayor estructura de la ciencia. Así obrábamos en Westciv. El principio era malo, pero seguíamos adelante. No había retroceso posible. El resto del mundo tenía que seguirnos. No..., tenía que ser guiado. No intimidado, no amedrentado. Guiado. ¡La revelación!

Parte de nuestro suave dilema es que nunca comprendemos por completo cuál es el dilema.

—Johnnie, no siempre tengo que morir —murmuré—. ¡Es mi equivocación, nuestra equivocación! —estaba llorando y no podía evitarlo. Algo se estaba disolviendo en mí—. ¡Los blancos y los negros son uno, no dos! Luchamos contra nosotros mismos. Yo estaba luchando conmigo mismo. Quiero volver al trabajo.

—Fin del turno —rezongó Wace, volviendo a darme la bebida—. Has hecho mucho más de lo que te corresponde. Iremos al Laboratorio Psíquico para efectuar un reconocimiento completo, y tendrás permiso para regresar a la Tierra.

—¿Pero no entiendes...? —callé y acepté su maldito brebaje.

Natalie, Ri. También yo tengo mis sueños turbadores, pequeña queridita...

Mi cama está mojada y mi colchón empapado en sangre.

John Wace llamó a una enfermera para que me ayudara a levantarme. Una vez en movimiento, pude ir al Laboratorio Psíquico por mis propias fuerzas.

—¡Muy bien, Jerry! —aprobó Wace—. La próxima vez que vuelvas a la Luna habré medido y señalado Júpiter para ti.

¡Muy bien! ¡Y sólo había dado a mis opiniones más poderosas y más emocionalmente arraigadas un giro de ciento ochenta grados! En el

Laboratorio Psíquico me sentí tan tenso que no pude dejarles hablar.

—Ya sabéis cómo es, pasar sin intervalo de la hipnosis al estado de sueño... es como hundirse a través de varias capas de nubes. Comencé reviviendo mi último período de reposo con Natalie y Ri. ¡Todo volvió a ser Verdadero y dulce, sin distorsiones, surgido de los depósitos de la memoria! La distorsión sólo tuvo lugar cuando recordé el aterrizaje en Sicilia. Lo que en realidad ocurrió fue que Ted Greaves y yo dejamos que su hijo, junto con otros anarquistas blancos pasaran la frontera. Yo hallé el revólver que él quería pasar de contrabando, y que había escondido en su bota alta.

»Aquel revólver fue el símbolo que inició mi pesadilla. Las nuestras giran a través de aspectos diferentes, como las fases de la Luna. Me identifiqué totalmente con Pete. A su edad, yo también fui un revolucionario, yo también quise cambiar el mundo, yo también habría deseado matar a mi yo actual.

—A la edad de Pete Greaves, tú peleaste en favor de Westciv, y no en contra, Wharton —me recordó uno de los psiquiatras.

—Sí —asentí—. Estuve en Asia con un arma. Y aniquilé a toda una banda de tercermundistas. Fue por la época en que los rusos se unieron a nosotros.

No deseaba continuar. Podía verlo todo con gran claridad. Ellos no necesitaban una plena confesión.

—La sensación de culpa que experimentaste en Asia fue natural —añadió el psiquiatra—. Reprimirla fue también natural... La culpa reprimida es la causa de casi todas las enfermedades físicas y mentales de este país. Desde entonces, esta sensación de culpa se agrió y se convirtió en odio.

—En el futuro trataré de ser buen chico —sonreí burlonamente.

Entonces, las ramificaciones de esta observación no me resultaron obvias, como lo fueron para el psiquiatra.

—Estás graduado, Wharton —replicó—. Y mereces unas vacaciones en la Tierra.

VII. CLECTIVO

El globo terráqueo, con sus giros interminables, nos estaba transportando a la sombra. En el patio, la línea del sol estaba ya muy alta en el muro, Natalie había instalado un quemador de alambre de mosquitera; su fragancia llegaba hasta la mesa donde estábamos sentados ante nuestras cervezas. Adquiríamos los alambres en el almacén del pueblo, y eran pasados de contrabando desde el Tercer Mundo, con una etiqueta de «Fabricado en El Cairo» en el paquete.

Ri estaba atareada en un rincón del patio con un par de tuestos. Jugaba calladamente, a sabiendas de que había pasado ya la hora de acostarse. Ted Greaves y Pete estaban con nosotros, bebiendo cerveza y fumando. Pete no había abierto la boca desde su llegada. Por entonces, yo no podía entrar en contacto con él. No importaba. Los bloques de hielo todavía se estaban agrietando y fundiendo.

Cuando Natalie trajo otra jarra de cerveza y te dejó sobre la tosca mesa de madera, Greaves le espetó:

—Tendremos un héroe entre nosotros si tu hermano viene a verte cuando regrese de Júpiter. ¿Crees que se dejará ver por aquí?

—Seguro... Ian odia la costa oriental tanto como la inmensa mayoría de seres humanos.

—¡Pues por lo visto ha encontrado tan poblado Júpiter como la costa oriental!

—Cuando llegue estará funcionando el «inciente efectivo» —comenté.

—Creí que habías pronosticado su próximo cierre —inquirió Greaves.

—Eso fue cuando me ahogaba de odio.

—¡Bromeas! ¿Cómo puede ahogarse en odio una máquina?

—El consumo iguala a la producción. El CUFL es un almacén reactivo: si lo aumentas con odio, ha de producir odio.

—Lo mismo se aplica a los seres y grupos humanos —intervino Pete Greaves, frotando la una de su pulgar sobre la mesa.

Le miré. No podía sentir afecto por él. Tenía razón, pero yo no podía estar de acuerdo con sus palabras. Me había matado..., aunque yo fuese disfrazado como él, aunque hubiera sido una ilusión hipnótica.

—Es una paradoja —me esforcé por hablar— que un hombre pueda odiar a gente que no conoce ni ha visto nunca. Es fácil odiar a quien se conoce..., a personas como uno mismo.

Pete no contestó ni levantó la mirada.

—Sería una tragedia que empezásemos a odiar a esos seres de Júpiter sólo porque están allí.

Lo dije en son de desafío, pero Pete se limitó a encogerse de hombros. Natalie tomó un sorbo de cerveza y me miró.

—¿Crees que alguno de tus amigos salvajes —insistí— podría cruzar la frontera para alimentar al CUFL con sus arquetipos? ¿Crees que resistirían el paso de la frontera y el viaje?

Tanto él como su padre me contemplaron como si les hubiese caído encima un rayo.

Antes de que el chico hablara, comprendí que había acabado con él. No tendría que volverse calladamente esquizoide. Hablaría conmigo y con Natalie en alguna ocasión, y entonces escucharíamos de primera mano el relato de sus viajes. Pero antes había que derribar unas cuantas capas defensivas. Suyas y mías.

—¡Usted está bromeando! —exclamó.

De repente me eché a reír. Todo el mundo estaba bromeando. Según lo que uno defina como broma, pensé que había dejado de bromear por muchos años. De pronto me aparté de la mesa para disimular la quemazón de mis ojos.

—Vamos —murmuré, cogiendo a Natalie del brazo—, hemos de llevar a Ri a la cama. Cree que nos hemos olvidado de ella.

Mientras íbamos por el caminito, Natalie dijo:

—¿Era seria tu sugerencia?

—Creo que puedo llevarla a la práctica. Hablaré con Wace. Las cosas han de cambiar. El CUFL está desequilibrado.

Los pinzones revoloteaban en sus jaulas. La línea del sol ya estaba en lo alto del muro. Todo eran sombras entre nuestros naranjos, y revoloteaba ya el primer murciélago. Llegué junto a Ri antes de que se diera cuenta de mi presencia. Sobresaltada, me miró y prorrumpió en llanto. Había que cambiar

muchas cosas.

La levanté entre mis brazos y besé sus mejillas.

Muchas cosas tenían que cambiar. La condición humana seguiría siendo la misma, pero muchas cosas tenían que cambiar.

Incluso las largas noches de la Tierra eran sólo manifestaciones locales de la eterna luz del Sol. Incluso las diferentes generaciones humanas tenían arquetipos en común, y sus lentos giros no eran movimientos inconsecuentes, sino gestos calculados y deliberados.

Por tanto, llevé a mi hija a la casa en penumbra para acostarla.

EL HOMBRE QUE APRENDIÓ A AMAR

Theodore Sturgeon

El tema del amor impregna toda la obra de Sturgeon, de quien hay al menos una novela —Más que humano— que ningún aficionado a la SF desconoce.

El siguiente relato es una meditación sobre los intereses creados que se oponen a un desarrollo positivo y armonioso de la humanidad, y, cómo no, el papel del amor en todo ello.

Se llamaba Mensch (hombre, en alemán), y antaño hubo una pequeña broma entre ellos que luego se convirtió en amargura.

—¡Ojalá fueses ahora como antes! —exclamó ella—. Por la noche no hacías más que gemir y dar vueltas en la oscuridad, sin decir nunca por qué, dejándonos hambrientos y sin importarte, cómo vivíamos o éramos. Yo solía acusarte por ello, pero no importaba, no, de veras. Todavía me aferro a ello. Y me aferraría para siempre, porque gracias a ello tú actuabas por ti mismo, eras un alma libre.

—Siempre he actuado por mí mismo —replicó Mensch—, y te diré por qué.

La joven dejó escapar un sonido de disgusto.

—¿Quién lo comprendería?

Era una destitución, ya vieja; algo que ella había recordado y meditado, sin entenderlo en muchos años, algo que producía cansancio.

—Y tú solías amar a la gente, amarla de veras. Como aquella vez en que aquel chico destrozó la boca de incendios y la farola que había delante de la casa y tú lo arreglaste todo y recogiste al abogado herido, llamaste a la ambulancia y a todo el mundo, y le llevaste al hospital, y no le dejaste firmar los papeles porque estaba mareado. Y revolver aquella pensión de arriba abajo para buscar la dentadura postiza de Victor y llevársela cuando ya estaba en la cárcel. Y pasarte el día sentado en la salita, aquella vez en que fue allí la señora No Sé Cuántos para su primera cura de cáncer de garganta, a fin de poder luego acompañarla a casa, a pesar de que no la conocías. No había nada que no hicieras por la gente.

—Siempre hice lo que pude. Y no he parado.

Burla.

—Lo mismo hicieron Henry Ford, Andrew Carnegie y la familia Krupp. Miles de empleos, millones en impuestos para todo el mundo. Conozco las historias.

—La mía no es igual —objetó él tímidamente.

Ella lo dijo después, sin odio ni pasión, ni siquiera con mucho énfasis, lo dijo con voz falta de calor:

—Nos amábamos y tú huiste.

Se amaban. Ella se llamaba Fauna, y hubo una broma entre ellos. Fauna el Animal y Mensch el Hombre, y lo que había entre ambos. «Sodoma está dentro de uno —gritó equivocadamente a Chaucer—. Sensualidad, canta el cornudo.» (Porque ella tenía un marido entre las lecciones de arpa, las alfombras enmohecidas, sin terminar y colgadas, y el esqueleto de una comedia, y todos los demás proyectos abandonados en el desván de su vida.)

Era una de esas personas que aguardan la llegada de lo perfecto y abandonan las demás cosas tan pronto como descubren que no son lo principal. Cuando alguien así consigue lo perfecto, es para siempre, y todo el mundo exclama: «¡Dios mío, cómo ha cambiado!» Pero no ha cambiado.

Pero cuando llega lo perfecto, y no sirve, jamás volverá a terminar nada. Nunca.

Los dos eran muy jóvenes cuando se conocieron y ella poseía una casita en un bosque Próximo a una de aquellas poblaciones costeras que consiguen su reputación de ser turísticas, artísticas y artesanas, y que en realidad tienen un enjambre de verdaderos artistas dentro y en torno. La gente bohemia es tolerada en tales lugares siempre que: *a)* atraigan, o al menos no retraigan, a los turistas, y *b)* que no ganen nunca mucho dinero. Ella era una chica bonita y esbelta, a la que gustaba ir desnuda debajo de su túnica larga y cuidar a los seres enfermos, mientras no pudieran hablar, como es el caso de pájaros con un ala rota, filodendros y cosas así, y muchas músicas..., muchas *clases* de música; y realizar cosas diestras que nunca terminaba hasta que llegó lo real. Tenía un documento de propiedad de la casita y un empleo en la tienda de

marcos local; era pintoresca, nada exigente y jamás se mezclaba en adelantos ni peticiones. Creía sólo en que debía ser amable con todo el mundo, con cuantos la rodeaban, y pensaba..., bueno, esto no es exacto. Nunca había pensado mucho, pero *sentía* que si uno es amable con todos, la amabilidad se propagará por el mundo como una mancha curativa, y que esto es lo uno hace con las guerras, la ambición y la injusticia. Era un elemento aceptable, casi aprobado, de la localidad, cuando pavimentaron su calle colocaron la boca de incendios y la farola delante de su casa.

Mensch llegó con su pelo largo y una guitarra colgada a la espalda, la cabeza llena de buenos libros y grave inquietud. No sabía nada del amor, y Fauna le enseñó lo mejor que sabía. Se marchó a vivir con ella al día siguiente de que la joven descubriera que la guitarra estaba afinada como un laúd. Mensch tenía buenas manos para el trabajo, y terminaba todo lo que empezaba. Sí, y sabía hacer docenas de cosas: blocs de cocina bellamente dibujados para listas de la compra, fabricados con maderas locales, rollos de papel de máquinas sumadoras y pedazos de sierra en el fondo para poder cortar mucho o poco papel, y reproducciones auténticas de fuelles para chimeneas y pelamanzanas, y toda clase de objetos semejantes que pudieran exhibirse en las tiendas (no almacenes, ya que allí había tiendas) del pueblo verde, dándole al joven ciertas ganancias. Asimismo, sabía de transistores, de transmisiones de doble hélice, de uniones excéntricas y de cosas tales como Wankels y células combustibles. Trabajaba mucho en la habitación de atrás con imanes, ejes y líquidos de colores de varias clases, y un día tuvo una idea, y empezó a jugar con tijeras, cartón y algunas piezas de metal. Casi todo lo resultante fue un armazón con una hélice, aunque estaba compuesto de ciertas cosas especiales, y estructurado de cierta extraña manera. Cuando juntó todos los pedazos, la hélice empezó a girar, y de pronto lo comprendió todo. Realizó un ligero reajuste y la hélice, que en su mayor parte era de cartón, dejó escapar como un chillido y empezó a girar muy aprisa. Tanto, que el eje, un clavo de diez peniques, cortó los puntales del cartón. La hélice salió volando por la habitación, y desparramó por ella varios fragmentos de metal mal pegados. Mensch no hizo esfuerzo alguno por recoger los fragmentos, sino que se quedó como cegado y pasó a la otra habitación.

Fauna le miró, corrió hacia él y lo abrazó:

—¿Qué tienes? ¿Qué pasa?

Pero él se limitó a callar, como herido por un rayo, hasta que las lágrimas resbalaron por sus mejillas. No se enteró siquiera.

Fue entonces cuando empezó a gemir de pronto en medio de la noche, y a saltar y a dar vueltas en la oscuridad. Cuando ella contó años más tarde que él no quiso explicarle el motivo, era verdad y, no lo era, porque lo que él le dijo fue que tenía en la cabeza algo tan importante que algunas personas le matarían para obtenerlo, y que otras harían lo mismo para suprimirlo. Por otra parte, si no se lo contaba a ella era para que no estuviera en peligro, ya que la amaba. La joven lloró mucho, y aseguró que él no confiaba en ella, pero él dijo que sí, pero que deseaba cuidarla, no arrojarla a los lobos. Luego añadió, y por esto gemía y daba vueltas de noche, que lo que tenía en la cabeza haría florecer los desiertos y alimentaría a la gente de todo el mundo, pero que si lo dejaba suelto sería como una epidemia a causa de lo que los demás harían con lo que él sabía; y que la primera persona que muriese a causa de ello moriría por su causa. Y él no podía soportar tal idea. Tenía que tomar una decisión, pero antes debía decidir si la muerte de una persona era un precio suficiente a cambio de la felicidad y seguridad de millones de seres, y si la muerte de millares estaría justificada si significaba el fin de la pobreza. Sabía historia y psicología, y poseía un cerebro matemático, así como unas manos de picapedrero. También sabía sobradamente lo que podía suceder según la decisión que tomase. Por ejemplo, sabía dónde podía descargarse de la idea y de toda responsabilidad a cambio del dinero suficiente para que él y Fauna, y un par de cientos de amigos, tal vez, viviesen en medio de un lujo absoluto el resto de sus vidas; lo único que tendría que hacer sería firmar y ver su idea encerrada para siempre en una empresa, ya que había al menos tres gigantes industriales que urgentemente pujarían uno contra otro para conseguir el privilegio.

O le matarían.

También pensó en sacar fotocopias y esparcir millones de ejemplares por todas las ciudades del mundo, o bien buscar científicos de elevada ética e ingenieros de gran moralidad, y reunirlos a todos en una empresa que

fabricase y poseyese la licencia del aparato, solo sólo para fines legales. Esto podía hacerse con un nuevo matarratas o una nueva máquina de coser, pero no con una cosa tan potente que cambiaría la faz de la tierra, eliminando el hambre, la niebla, y el robo de materias primas; no podía hacerse, puesto que también moriría la industria petroquímica (excepto para los tintes y los plásticos), las compañías de electricidad, los motores de combustión interna y todo lo relacionado con la fabricación y la combustión, y hasta con la energía atómica para casi todos sus propósitos.

Mensch hizo cuanto pudo para no hacer nada, y esto sucedió en el intervalo de sus gemidos y paseos nocturnos, pero no le valió: la idea no le abandonaba. Y entonces decidió lo que tenía que hacer, y lo que debía hacer a fin de hacerlo. Primero entró en la barbería del pueblo.

Fauna se enfadó por esto y porque consiguiera un empleo en Flextronics, la industria eléctrica de la localidad, que tenía contratos con el Gobierno para fabricar pequeñas piezas de calculadoras, y que era objeto de mofa por parte del sector bibliotecario, literario y artístico de la ciudad. Un horario regular la dejó apabullada, y aunque él se comportó igual (aunque ciertamente no parecía el mismo) por la casa, la joven se sintió muy trastornada. Nunca había tenido tanto dinero como el que Mensch traía el día de paga, ni lo quería, y por primera vez en su vida tuvo que esforzarse por remendar, improvisar y hacerlo todo sin poder acusar de ello a la pobreza. Las razones que se daba a sí misma por vivir de este nuevo modo le parecieron insuficientes, por lo que intentó vivir del mismo modo bohemio de antes. Luego, él compró un coche, cosa que a ella le pareció el colmo de la inmoralidad.

Lo que lo malogró todo fue que alguien le contara a ella que Mensch asistía a las reuniones de la Junta Urbana, cosa que nunca había hecho, y que había propuesto que se votaran ordenanzas que prohibían sentarse sobre la hierba de la verde ciudad, que se tocaran instrumentos musicales en los distritos, de la población, que se nadase en las piscinas después de anochecido, y, finalmente, que se contratasen más policías. Cuando ella le pidió una explicación, él se limitó a mirarla tristemente durante un largo rato, sin negarlo. No quiso discutirlo y la abandonó.

Alquiló una habitación en una buena pensión cerca de la fábrica, trabajó

como el diablo hasta que consiguió ingresar en la Universidad, y luego asistió a una escuela nocturna hasta que obtuvo otra licenciatura. Empezó a dar vueltas en torno al puesto de la Legión los sábados por la noche, a beber un poco y a invitar a whisky a los demás. Se aprendió toda una revista de chistes verdes, que contaba con dos tercios de sexo y uno de baño. Finalmente, pidió un permiso en la fábrica, de la que por entonces, era jefe de sección, y descendió río abajo hasta una ciudad universitaria, en la que trabajó con gran constancia para obtener el título de ingeniero posgraduado, en tanto asistía a una escuela nocturna para estudiar leyes. La vida le resultaba dura porque tenía que ganar cuantos centavos podía, a fin de conservar la raya del pantalón y los zapatos relucientes, lo que consiguió. Todavía encontró tiempo para ingresar en la iglesia local. Llegó a ser miembro del círculo religioso y predicador lego, sacando los textos de sus homilias del *Almanaque del Pobre Ricardo*, y pronunciándolas (lo mismo que su autor), como si creyera cada una de sus palabras.

Cuando llegó el momento, montó de nuevo el aparato, pero no con pasta y cartón, sino con piezas fabricadas, que eran un setenta por ciento enigmáticas, de movimientos mecánicos que se contrarrestaban entre sí, uniéndolo todo mediante cables energéticos, que se entrecruzaban por todas partes. Patentó las piezas y algunos grupos de piezas, y, finalmente, todo el aparato. Luego cogió sus títulos, sus documentos escolares y universitarios, sus patentes y su corte de pelo, junto con una carta de presentación de su pastor evangélico, lo presentó todo a un Banco y consiguió un crédito suficiente para comprar compañía moribunda que fabricaba cintas de transportador portátiles. Construyó su aparato en el segmento conductor, y se echó a la carretera para venderlo. Lo vendió bien. Era seguro. Un automóvil con una batería de seis voltios podía cargar con aquel aparato combustible para un año sin necesidad de reemplazarlo o repostar, lo que no era extraño, porque la carga la hacía funcionar el pequeño bulto negro Instalado en el segmento conductor que, aunque no mayor que un cestillo de pan, y sin necesidad de combustible alguno, hacía girar silenciosa y poderosamente un eje hasta que se juntaban los puntales.

No pasó mucho tiempo antes de que la competencia adquiriera los

impulsores de Mensch y los rompiera para saber de dónde venía aquella tremenda eficacia. El aparato logró derrotar a casi todo el mundo, pero un par de tipos inteligentes y un vejstorio con aspecto de chivo lograron comprender que estaban contemplando y examinando algo no mayor que un cestillo de pan, que hacía girar indefinidamente un eje sin necesidad de combustible, y al saber qué cosas podría con aquel aparato colocado bajo la capota de un coche o en las barquillas de una aeronave, o bien para bombear agua en el desierto, o para generar luz y fuerza en los montes y las selvas, sin tener que abrir carreteras o tender ferrocarriles o líneas eléctricas. Y algunos de esos tipos inteligentes lograron llegar hasta Mensch. Este, o bien los contrató y maniató con cuerdas de oro y algunos beneficios, o los hizo vigilar y los disuadió o desacreditó y, en casó necesario, los arruinó.

Inevitablemente, alguien consiguió duplicar, el efecto Mensch, pero por entonces el joven ya poseía un edificio lleno de abogados con sus lápices bien afilados y sus instrucciones apunto. El hábil operario que había duplicado el efecto, y que había quemado sus naves, hundiendo cuanto tenía y pidiendo prestado a fin de montar, una fábrica donde construir el aparato, se halló en medio de una tormenta tan grande de quebrantamientos de ley, de demandas; de desistimientos y cesiones, y de pagos de impuestos, que vendió su fábrica a precio de coste a Mensch, y aceptó muy agradecido un empleo de director. Y aquél fue sólo el primero.

Entonces aparecieron los militares, pero Mensch ya los esperaba, así como a sus planes para apoderarse de sus patentes y acciones como recurso nacional. Les dejó acumular sus demandas y peticiones que iban procediendo cada vez de más arriba del mando, en tanto sus negativas eran, cada vez más y las amenazas mayores. Finalmente, se con la figura más alta. Esta reunión la concertó un obispo, ya que todos aquellos atareados años, Mensch no había olvidado sus deberes semanales para unas vacaciones con la Escuela Bíblica, o una excursión o un bazar. Y Mensch, en ese pináculo de poder, riqueza y respetabilidad, pudo mostrarle al presidente una serie duplicada de los documentos que había colocado en un Banco, y que el día en que sus patentes fueran requisadas por los militares, él entregaría a los institutos de investigación de Albania y otros puntos del norte y el este. Y esto sería el fin

de todo.

Al año siguiente, un bólido movido por el efecto ganó el primer premio de, Indianápolis. No era tan veloz como el Granatelli, pero fue rodando en torno a la pista sin tener que efectuar ninguna parada. Naturalmente, hubo una cierta reacción, pero el inevitable final fue que la industria del automóvil capituló y con ella todos cuantos abogaban por el antiguo combustible. Les siguieron la electricidad, el gas, el vapor y los motores Diesel, que quedaron anticuados y fueron sustituidos por los impulsores Mensch, mientras las plantas atómicas aguardaban su turno.

Inmediatamente después de su victoria en Indianápolis, Mensch entregó sus fotocopias a Albania, pues al fin y al cabo jamás se había comprometido a no hacerlo. Al mismo tiempo, llegaron a Hong Kong, de donde pasaron rápidamente al continente. La Unión Soviética formuló la reclamación de que el efecto Mensch ya había sido descubierto en el siglo XIX por Tsiolkovski, el cual lo había descartado porque estaba más interesado en los cohetes. Pero ni siquiera los rusos lograron mantener tal reclamación sin reírse junto con todo el mundo y trataron de adelantar a las demás naciones en el desarrollo del aparato. Ninguna máquina de este mundo puede resistir esta clase de esfuerzo (Las máquinas, por difíciles que sean, necesitan bosques de leyes de patentes para vivir y medrar) y los soviéticos (en realidad fue un científico checo, que es lo mismo, ¿verdad? Bueno, los soviéticos afirmaron que sí es lo mismo) No tardaron en proclamar que habían refinado y mejorado el aparato, hasta convertirlo en un simple armazón que sostenía una pieza móvil, la hélice, hecho todo ello, naturalmente, con ciertas sustancias simples que, al unirse, empezaban a funcionar. Claro está, eran el mismo armazón y la misma hélice con que Mensch, todo terror y lágrimas, había iniciado su carrera. El «refinamiento» checo, bueno, soviético, era, como todo lo demás, lo que él había pronosticado y lo primero hacia lo que se había orientado.

Por entonces no había ya una sola revista de mecánica en el mundo, ni apenas un taller de calderero, que no hiciese funcionar hélices Mensch. Las infracciones se producían en tan gran cantidad, que ni si quiera los leguleyos de Mensch hubiesen podido detener la inundación. Y tampoco lo intentaron porque...

Por segunda vez en la historia moderna (la primera corrió a cargo de un hombre extraordinario llamado Kemal Atatürk), un hombre de auténtica estatura dictatorial se fijó un objetivo, lo alcanzó y abdicó. A Mensch no le importó un ardite que los editorialistas más prudentes, con el índice colocado junto a, la nariz, afirmaran que se había arruinado a sí mismo, destruyendo su propio imperio al extender sus fronteras y entregar las patentes al dominio público. Mensch sabía lo que había hecho y por qué, y lo que los demás opinaban no le importaba en absoluto.

—Lo qué importa —le explicó a Fauna en su casita de la boca de incendios y la destrozada farola— es que no haya un solo *kraal* en África ni aldea en Asia que no pueda bombear agua, labrar la tierra y calentar e iluminar sus chozas utilizando no una planta de fuerza, sino una lo bastante sencilla como para ser construida en el sitio por un simple mecánico competente. Hay aparatos pequeños que mecen cunas y mueven juguetes, y otros grandes que iluminan ciudades enteras. Mueven los trenes y sacan punta a los lápices, y no necesitan combustible. El agua desalinizada del Mediterráneo ya está siendo vertida en el norte del Sahara; pronto, habrá allí nuevas urbes, como hace cinco mil años... dentro de diez años, el aire de toda la Tierra será mucho más puro, y la demanda de petróleo ha descendido ya tanto que la perforación de los pozos casi ha cesado por completo. «Tener y no tener» ya no significa lo mismo que antes, porque todo el mundo tiene acceso a una fuerza motriz barata. Por esto lo hice ¿no entiendes?

Necesitaba realmente que ella lo entendiera.

—Tú con tu corte de pelo —replicó ella, amargamente—. Y con aquellos horribles zapatos y tu iglesia y tus diplomas universitarios, y convertido en un «pulentado».

—Potentado —la corrigió Mensch, distraídamente—. Pero escucha, Fauna, deseo que me escuches. El camino para lograr mis fines fue cortarme el pelo, llevar zapatos color marrón, conseguir diplomas, ir a los Bancos e industrias, al Gobierno, y servirme de todo lo que ya estaba hecho para mi uso.

—No necesitabas nada de eso. Yo creo que sólo quisiste mover las cosas, sacudirlas, y estar en los periódicos y en los libros de historia. Podías haber construido tu motor en esta casa, enseñarlo a la gente, venderlo, no moverte de aquí y tocar el laúd, y todo habría sido lo mismo.

—No, estás equivocada —objetó Mensch—. ¿Sabes en qué clase de mundo vivimos? En un mundo en el que si un hombre inventa un remedio contra el cáncer y está casado con su hermana sus vecinos queman hipócritamente su casa y todas sus notas. Si un hombre construye la torre más bella del país y después empieza a creer que hay que adorar a Satanás le vuelan la torre. Yo conozco un libro precioso y emotivo, escrito por una mujer que más tarde se volvió loca y escribió libros idiotas, y ya nadie volvió a leer su gran obra. Puedo nombrar tres clases de terapia psíquica que podrían haber cambiado la faz del mundo, y en cada caso el inventor tuvo que ingresar en un instituto mental, o abrazar una seudoreligión y presentarse como un tonto... y ahora nadie se interesa por sus descubrimientos. A grandes políticos se les ha prohibido llegar a estadistas por estar divorciados. Y yo no quería que me robasen la máquina Mensch... o que la enterraran. O se burlasen de ella a causa de mi melena y por tocar el laúd. Es fácil tener el pelo largo y tocar la guitarra y ser amable con la gente cuando quienes te rodean hacen lo mismo. Es mucho más difícil ser el que lo hace primero, porque has de pagar el precio, y los demás se ríen de ti o te encierran.

—Y así, tú te uniste a los hipócritas —le acusó.

—Los he utilizado —replicó él, sencillamente—. He utilizado cada carretera y camino que conducía adonde yo quería ir, sin fijarme en quién lo había abierto o para qué.

—Y has pagado el precio —se mofó ella—. Millones en el Banco, miles de personas dispuestas a caer de rodillas en cuanto haces chasquear los dedos. Un buen precio. Y podías haber tenido amor.

Entonces él se incorporó y la contempló. El cabello de Fauna, era mucho menos espeso, aunque todavía lacio y sedoso. Extendió una mano hacia él, levantó unas hebras... Eran blancas. Las soltó.

Pensó en los niños gordos de Biafra, en el aire puro, en las playas sin contaminación, en la comida más barata, en el transporte mucho menos caro,

en la fabricación a mejores precios, en la mayor cantidad de tierras, que reducirían las presiones y el histerismo durante el largo y lento proceso del control de población... ¿Qué le había impulsado a negarse tanto a sí mismo, a rebelarse, a moverse, a sacudir, a destruir el *statu quo* como lo había hecho, en lugar de conformarse...? ¡Conformarse! ¿Al pelo largo y a un laúd? *Podías haber tenido amor.*

—Pero lo tuve —murmuró.

Luego, sabiendo que ella jamás querría ni podría entenderle, se metió en su coche silencioso y sin combustible y se marchó.

¡COGE UN CABALLO!

Larry Niven

La especialidad de Larry Niven es la de construir divertidos y desmitificadores relatos cortos a partir de temas clásicos de la literatura fantástica (recordemos su Poco antes del fin).

Esta es la curiosa historia de un hombre de un remoto futuro que viajó hacia atrás en el tiempo en busca de un caballo, y se encontró con la sorpresa de que tenía cuerno.

Era el año 730 AA (Ante Atómico) o 1200 AD (*Anno Domini*), aproximadamente. Hanville Svetz saltó de la jaula de extensión y miró a su alrededor.

Para Svetz, la bomba atómica tenía ya mil cien años de antigüedad, y el caballo se había extinguido mil años atrás. Era su primer viaje al pasado. Su adiestramiento no contaba; no había incluido el viaje en el tiempo, que costaba varios millones de créditos. Svetz estaba mareado por efecto de las peculiares consecuencias gravitatorias del viaje en el tiempo. Estaba beodo por el aire de la era preindustrial, y borracho por su propia sensación de destino; y al mismo tiempo, no estaba realmente convencido de haber llegado a alguna parte. O a algún cuándo. Buena broma.

No llevaba el rifle anestésico. Venía en busca de un caballo. Y no esperaba encontrarlo al momento. ¿Era muy grande un caballo? ¿Se encontraban caballos? ¿Dónde? Consideraba que el Instituto tenía que continuar: algunos dibujos en un libro infantil maltratado, y una vieja leyenda, en la que no era posible confiar, según la cual el caballo se había utilizado antaño como animal de tracción.

En una tierra vacía bajo un cielo bajo, Svetz braceó con una mano sobre el flanco curvado de la jaula de extensión. Le daba vueltas la cabeza. Tardó varios segundos en comprender que estaba contemplando un caballo.

Se hallaba a siete metros de distancia, mirándole con unos ojos pardos e inteligentes. Era mucho mayor de lo que pensaba. Además, el caballo del libro de grabados tenía un pelaje castaño e hirsuto, con una crin corta, mientras que el animal que miraba a Svetz era totalmente blanco, con una crin que flotaba como la cabellera de una mujer. Había otras diferencias, pero

no importaba; la bestia concordaba demasiado bien con la del libro para no ser un caballo.

A Svetz le pareció que el animal le vigilaba, que esperaba que él comprendiese lo que sucedía. Luego, mientras el joven perdía más tiempo preguntándose por qué no empuñaba el rifle, el caballo se echó a reír, dio media vuelta y huyó. Desapareció a una velocidad asombrosa.

Svetz empezó a temblar. Nadie le había advertido que el caballo fuese sensitivo. Y no obstante, la risa burlona del animal había resultado excesivamente humana.

Ahora lo sabía. Estaba hundido en el pasado.

Ni siquiera el caballo era tan convincente como el vacío que había dejado detrás. Ninguna torre de apartamentos arañaba el horizonte. Ninguna estructura llegaba hasta el cielo. El mundo era sólo árboles y flores, y hierba ondulante, limpia de hombres.

Silencio... Era como si se hubiese vuelto sordo. No había oído ningún sonido desde la risa del caballo. En el año 1100, postatómico, tal silencio no podía reinar en ningún lugar de la Tierra. Escuchando, Svetz comprendió al fin que había llegado a las Islas Británicas antes del principio de la civilización. Había viajado en el tiempo.

La jaula de extensión formaba la parte de la máquina del tiempo que efectuaba el viaje. Tenía su propio suministro de aire, y lo necesitaba mientras se iba abriendo paso en el tiempo. Pero no aquí; no antes del alba de la civilización; no cuando el aire jamás había sido contaminado por los residuos de la fisión ni la combustión del carbón, los hidrocarburos, el humo del tabaco, la madera, etcétera.

Ahora, retrocediendo con pánico del mundo del pasado al mundo de la jaula de extensión, Svetz dejó la puerta abierta a sus espaldas.

Se sentía más seguro dentro de la jaula. Afuera había un planeta inexplorado, que la ignorancia tornaba peligroso. Dentro de la jaula no había diferencia con cualquier otra misión de adiestramiento. Svetz había pasado centenares de horas en una detallada imitación de aquella jaula, con una computadora que dirigía los mandos. También había allí una gravedad artificial para simular las peculiares consecuencias del movimiento en el

tiempo.

Pero ahora el caballo había huido. Claro que ya conocía sus dimensiones y dónde estaban. Entonces, al asunto...

Svetz cogió el rifle anestésico del lugar de la pared dónde estaba pegado. Lo cargó con la cantidad debida de agujas anestésicas, cristalinas y solubles. La caja contenía agujas de distintas medidas, la más pequeña de las cuales dejaría inconsciente a una bestezuela minúscula, y las mayores harían lo mismo con un elefante. Se echó el rifle a la espalda y se incorporó.

El mundo se volvió gris. Svetz se asió a una laña de la pared para no caer.

La jaula había dejado de moverse veinte minutos antes. ¡No podía estar aún mareado! Pero el viaje había sido largo. Nunca jamás el Instituto de Investigación del Tiempo había enviado una jaula más allá del cero postatómico. Un viaje largo y extraño con la gravedad empujando la masa de Svetz de manera uniforme hacia el ombligo de Svetz.

Cuando se le despejó la cabeza, se volvió hacia el otro equipo pegado a la pared.

El palo volador era un generador de campo elevado con la fuente de energía construida a metro y medio del palo, con un aro de control a un extremo, un cepillo de descarga al otro, y un asiento con cinturón de seguridad en medio. Compacto incluso para la época de Svetz, el palo volador era un producto de las industrias de vuelos espaciales.

Pero pesaba doce kilos con el motor parado. Sacarlo de las lañas exigía toda la fuerza de Svetz. Y éste se sentía mareado, muy mareado.

Se inclinó para levantarlo, y bruscamente comprendió que iba a desmayarse.

Chocó con el suelo y se desvaneció.

—No sabemos a qué lugar llegarás de la Tierra —le había dicho Ra Chen.

Ra Chen era el director del Instituto de Investigaciones del Tiempo, un hombrón redondeado, de facciones gruesas y exageradas y un aspecto permanente de desaprobación.

—Esto se debe a que no podemos enfocar una hora particular del día, o de

un año. Tú no aparecerás en el subsuelo ni dentro de nada a causa de las consideraciones de la energía. Si te elevas a mil pies en el aire, la jaula no caerá; se posará lentamente, gastando energía con muy escaso miramiento para nuestro presupuesto.

Y Svetz había soñado vívidamente aquella noche. Una y otra vez, la jaula de extensión aparecía dentro de la roca sólida, y explotaba con un clamor terrible y un relámpago cegador.

—Oficialmente, el caballo es para el Departamento de Historia —prosiguió Ra Chen—. En la práctica, es para el secretario general, por su vigésimo octavo cumpleaños. Mentalmente, tiene seis años de edad, como sabes. La familia real se ha reproducido excesivamente dentro de su misma familia. Conseguimos enviarle un libro de ilustraciones que conseguimos en el 130 PA, y ahora el muchacho desea un caballo...

Svetz se había visto delante de un piquete de ejecución por traición, por haber escuchado tales palabras.

—De lo contrario, jamás habríamos conseguido el presupuesto para este viaje. Es por una buena causa. Sacaremos una copia del caballo antes de enviar el original al UN. Luego..., bien, los genes son un código, y los códigos pueden quebrantarse. Atrapa un macho y haremos cuantos caballos queramos.

Pero, ¿por qué ha de querer alguien un caballo? Svetz había estudiado en una computadora el libro de ilustraciones que un agente había extraído de una casa en ruinas mil años atrás. El caballo no le impresionó.

Ra Chen, sin embargo, le aterraba.

—Jamás hemos enviado a alguien tan lejos —le confió Ra Chen la noche antes de la misión, cuando ya era tarde para retirarse sin deshonor—. Recuerda esto. Si ocurre algo, no cuentes con el libro de reglamentos. Utiliza tu cerebro. Tu cerebro, Svetz. Y Dios sabe que es muy pequeño para confiar en él.

Svetz no durmió desde muchas horas antes de la partida.

—Estás muy asustado, —comentó Ra Chen antes de que Svetz penetrara en la jaula de extensión. Añadió—: Pero puedes disimularlo, Svetz. Creo que soy el único que lo ha observado. Por eso te escogí, porque puedes aterrarte y

seguir adelante. No vuelvas sin un caballo.

La voz del director creció de tono.

—No vuelvas sin un caballo, Svetz. Tu cerebro, Svetz, tu *cerebro*.

Svetz se sentó convulsivamente. ¡El aire! La muerte lenta si no cerraba la puerta. Pero la puerta estaba cerrada y Svetz estaba sentado en el suelo, sujetándose la cabeza, que le dolía.

El sistema de ventilación lo habían trasladado intacto junto con los mandos, desde una nave de Marte. Las lecturas eran normales, claro, desde que habían sellado la jaula.

Svetz se sobrepuso para poder abrir la puerta. Cuando el puro y suave aire de la Inglaterra del siglo XII penetró en la jaula, Svetz contuvo la respiración y vio cómo cambiaban los numeradores. Luego, cerró la puerta y aguardó, sudando, mientras el sistema de ventilación reemplazaba el terrible veneno por su propia mezcla, tan agradable.

Cuando volvió a salir de la jaula de extensión, arrastrando el palo volador, Svetz llevaba otro producto de las industrias de exploración interestelar. Era un globo, que se había colocado sobre la cabeza. También era una membrana permeable y selectiva, que dejaba penetrar ciertos gases y expulsaba otros, para formar una mezcla de aire no perjudicial en el interior.

Era casi invisible, salvo en el borde. Allí, donde la luz más se refractaba, el globo mostraba como un estrecho círculo dorado que encerraba la cabeza de Svetz. El efecto era semejante al de un halo, como los de las pinturas medievales. Pero Svetz nada sabía de las pinturas medievales.

También llevaba una túnica simple, sin adornos, ceñida por la cintura, pues de lo contrario hubiera caído en grandes pliegues. El Instituto opinaba que tal túnica servía para violar menos los tabúes sexuales o de las costumbres. El equipo de comercio colgaba de su cinto: un aparato para medir el calor y la presión, una bolsa de corundo y pequeñas redomas de aditivos para el color.

Finalmente, llevaba una expresión dolida y extrañada. ¿Cómo no podía respirar el aire puro de su propio pasado?

El aire de la jaula era el aire de época de Svetz, con casi un cuatro por ciento de anhídrido carbónico. El aire del año 750 anteatómico apenas contenía la décima parte. El hombre era un animal bastante raro. Respiraba poco aire, había destruido pocos bosques, había quemado poco combustible desde el alba de los tiempos.

Pero la civilización industrial significaba combustión. La combustión significaba anhídrido carbónico, que se acumulaba en la atmósfera mucho más aprisa de lo que las plantas podían convertirlo de nuevo en oxígeno. Svetz se hallaba en el último período de dos mil años de adaptación al aire rico en CO₂.

Se necesita una determinada concentración de anhídrido carbónico para disparar los nervios automáticos de las glándulas linfáticas de la axila izquierda del hombre. Svetz se había desmayado por no respirar.

Por esto ahora llevaba el globo, y se sentía molesto.

Montó en el palo volador y giró el mando de la parte anterior. El palo se levantó, y el joven se instaló debidamente en el asiento. Giró más la clavija.

Ascendió como un globo de juguete.

Flotó sobre una hermosa tierra, verde, pura, y bajo un cielo gris perla, libre de edificios y obstáculos. De pronto, encontró una muralla en ruinas. Giró para seguirla.

La seguiría hasta encontrar una colonia. Si la vieja leyenda era cierta —y Svetz pensó que el caballo era bastante grande para tirar de un vehículo—, encontraría caballos donde hubiese hombres.

Por fin resultó claro que a lo largo de la muralla corría un camino. Allí el suelo era liso y despejado, y bastante ancho para el paso de un hombre. En cambio, en los demás lugares, el terreno se hundía y elevaba alternativamente. La tierra apisonada no formaba una carretera, pero Svetz la siguió.

Y lo hizo flotando a una altura de ocho metros.

Divisó un hombre con ropas pardas, ajadas. Andaba por el camino con agotadora paciencia, con una capucha y descalzo, apoyándose en un cayado. Estaba de espaldas a Svetz.

El joven pensó descender hacia él y preguntarle por los caballos. Pero se

contuvo. Al no saber a qué sitio iría a parar la jaula, no había aprendido lenguas antiguas.

Se acordó del equipo comercial que llevaba, no para una comunicación, sino para una sustitución de comunicación. Nunca lo habían ensayado. De todos modos, no era propio para encuentros casuales. La bolsa de corundo era demasiado pequeña.

Svetz oyó un grito procedente de abajo. Miró a tiempo de ver al hombre de ropas pardas corriendo como el viento, olvidado del cayado y de su fatiga.

—Algo le ha asustado —decidió Svetz.

Pero no divisó nada espantoso. Entonces, era algo pequeño pero mortal.

El Instituto calculaba que el hombre había exterminado a más de mil especies de mamíferos, aves e insectos, unas casualmente, otras con maldad, entre la época de Svetz y el distante presente. En aquel momento y lugar no era posible saber qué podía constituir una amenaza. Svetz se estremeció. El hombre pardo de rostro velludo podía huir de algo punzante, destinado a matar a Hanville Svetz.

Con impaciencia, el joven aceleró la velocidad del palo volador. La misión empezaba a ser demasiado larga. ¿Quién hubiese sospechado que aquellos centros de población estuvieran tan separados entre sí?

Media hora más tarde, escudado del viento por un campo de fuerzas parabólico, Svetz seguía el camino a noventa kilómetros por hora.

Había tenido muy mala suerte. Siempre que había divisado a un ser humano, este acababa de abandonar la vecindad, y no había encontrado centros de población.

Una vez vio una piedra antinatural que estaba colocada muy alta sobre una montaña. Ninguna ley geológica conocida de Svetz podía producir una monstruosidad angular de lados planos. La rodeó con curiosidad... y comprendió bruscamente que la piedra era hueca, llena de agujeros rectangulares.

¿Una morada? No podía creerlo. Vivir dentro de aquellos agujeros sería como vivir bajo tierra. Pero los hombres tendían a edificar en ángulos rectos,

y aquello tenía ángulos rectos.

Por debajo, la estructura pétreo y hueca era redonda, con grumos vellosos de hierbas secas, cada uno con una puerta del tamaño de un hombre. Obviamente, debía tratarse de nidos para insectos grandes. Svetz abandonó el paraje rápidamente.

El camino bordeaba una montaña verde al frente. Svetz la siguió, disminuyendo la marcha.

En la cumbre de la montaña, un manantial enviaba un riachuelo por la pendiente hasta el camino. Algo muy grande estaba bebiendo en el arroyo.

Svetz ejecutó una parada en pleno aire. *Agua corriente: veneno mortal.* No sabía qué le sobresaltaba más, si el caballo o el hecho de que se estaba suicidando.

El caballo enderezó la cabeza y le vio.

Era el mismo caballo. Blanco como la leche, con una crin nevada muy abundante. Tenía que ser el mismo caballo que se había reído de Svetz, mientras huía. El joven reconoció la malignidad en sus ojos, un momento antes de que huyera de nuevo.

Pero, ¿cómo podía haber llegado tan de prisa?

Svetz iba a coger el rifle cuando la situación cambió por completo.

La chica era joven, no más de dieciséis años. Su cabello era largo, oscuro y recogido en dos trenzas. Su vestido, de una extraña tela de color azul, le llegaba desde el cuello a los tobillos. Estaba sentada a la sombra de un árbol, con un paño oscuro extendido sobre la oscura tierra. Svetz no la había visto, y tal vez nunca se hubiese fijado en ella.

Pero el caballo fue hacia la joven, dobló sus patas en pares alternos, y reposó su feroz cabeza en el regazo femenino.

Ella aún no había divisado a Svetz.

—¡Xenofilia! —exclamó Svetz, que fue la peor palabra que se le ocurrió.

Svetz odiaba a los extraños.

Obviamente, el caballo era de la joven. No podía simplemente disparar y cogerlo. Tendría que comprarlo.

¡Necesitaba tiempo para pensar! Y no lo tenía, ya que la muchacha podía levantar la vista en cualquier momento. Los ojos pardos le contemplaron

mientras se alejaba.

No perdió tiempo registrando el paraje en busca de un caballo salvaje. Había un factor de incertidumbre, un factor Finaglo en las matemáticas del viaje en el tiempo. Se manifestaba como una incertidumbre en la energía del retorno a la jaula de extensión, y aumentaba con el tiempo. Si Svetz se demoraba demasiado, podía asarse vivo en la jaula.

Además, el caballo había bebido agua corriente. Moriría y muy pronto, a menos que Svetz pudiera volver al año 1100 postatómico. Así, la desaparición de aquel animal de este tiempo no cambiaría la historia del mundo de Svetz. Era una buena idea..., si conseguía dominar su temor hacia la bestia.

El caballo estaba domado. Joven y ligera como era ella, no temía dominarlo. ¿Qué podía entonces temer él?

Pero estaba su armamento natural, del que el libro de Ra Chen no mostraba ningún indicio. Svetz pensó que las generaciones posteriores debían haberlo suprimido paulatinamente antes de que los animales se tornasen muy peligrosos. Debía de haber aterrizado unos siglos más tarde.

Y la expresión de sus ojos... El caballo odiaba a Svetz, y sabía que éste le temía.

¿Podría disparar desde un sitio emboscado?

No. La joven se angustiaría si su animal favorito caía sin razón comprensible. Y no haría caso de las disculpas de Svetz.

Tendría que trabajar mientras el animal le contemplaba. Si la joven no lograba dominarle... o si él perdía la confianza de ella..., Svetz no dudaba que el caballo le mataría.

El caballo levantó la vista al acercarse Svetz, pero no se movió. La joven también le miró, con los ojos muy abiertos por el asombro. Dijo algo que debía de ser una pregunta.

Svetz sonrió y siguió aproximándose. Estaba a un pie del suelo, deslizándose con gran lentitud. Cabalgando sobre la máquina voladora resultaba impresionante, y lo sabía.

Ella no le devolvió la sonrisa. Le miraba temerosamente. Svetz se hallaba a pocos metros de ella cuando la muchacha se levantó.

Svetz detuvo el palo volador al momento y dejó que se posara en tierra. Sonriendo, se quitó del cinto el aparato calibrador del calor y la presión. Lo movió con cuidado. La joven estaba a punto de echar a correr.

El equipo de comercio consistía en una bolsa de corundo, Al_2O_3 , varios frascos de aditivos y el calibrador de presión y calor. Svetz vertió corundo en la cámara, añadió una pizca de óxido crómico, y utilizó el sumergidor. El cilindro se calentó. Svetz dejó caer en su mano un rubí de sangre de paloma, lo hizo rodar entre sus dedos y lo sostuvo al sol. Era rojo como la sangre oscura, con una estrella de seis puntas muy brillante.

Estaba casi demasiado caliente para sostenerlo.

¡Estúpido! Svetz conservó su rígida sonrisa. ¡Ra Chen debió advertirle! ¿Qué pensaría ella cuando sintiera el calor antinatural de la gema? ¿Qué truco sospecharía?

Pero tenía que correr el albur. No tenía más que el equipo de comercio.

Se inclinó y lanzó la gema por el húmedo suelo.

Ella se agachó para recogerla. Una mano estaba apoyada en el cuello del caballo, calmándole. Svetz observó los anillos de metal amarillo en torno a su muñeca, y la tierra.

La joven sostuvo la joya en alto y contempló su color rojizo como el fuego.

—¡Ooooh! —suspiró.

Le sonrió a Svetz con entusiasmo. El joven sonrió, a su vez, se aproximó dos pasos y le entregó un zafiro amarillo.

¿Cómo había tropezado por casualidad dos veces con el mismo caballo? Svetz no lo sabía. Pero pronto supo por qué había llegado antes que él.

Le había regalado tres joyas a la joven. Y tenía tres más en la mano, mientras la llamaba hacia el palo volador. La muchacha negó con la cabeza; no subiría. En cambio, montó en el animal.

Ella y el caballo vigilaban los movimientos de Svetz.

Este capituló. Había esperado que el caballo les siguiera, en tanto ella volaba con él. Pero si ambos iban a seguirle, lo mismo daba.

El caballo iba a un lado y un poco rezagado del palo volador. No parecía sentirse agobiado por el peso de la muchacha. ¿Y por qué habla de estarlo? Debía estar entrenado para aquella tarea. Svetz aceleró, estudiando hasta qué punto podía avanzar convenientemente.

Empezó a volar más de prisa, más de prisa... El caballo debía tener un límite.

Eran las ocho antes de que abandonase. La chica estaba casi tendida sobre el cuello del caballo, para protegerse la cara contra el viento. Pero el caballo seguía corriendo, desafiando a Svetz con la mirada.

¿Cómo describir tal movimiento? Svetz nunca había visto un ballet. Sabía cómo se movía una maquinaria, y nada más. Pero el caballo no era una máquina. Sólo podía pensar en un hombre y una mujer haciéndose el amor. Un movimiento rítmico, suave, con un propósito absolutamente único, un movimiento por el placer de moverse. El vuelo del caballo era terrible en su belleza.

El calificativo para tal carrera debió morir con el mismo caballo.

El caballo no se cansaba, pero la chica sí. Tiró de la crin del animal y éste se detuvo.

Svetz le entregó las joyas que tenía en la mano, hizo cuatro más y le dio una.

La muchacha lloraba a causa del viento, lloraba y reía cuando aceptó las joyas. ¿Reía por las gemas o por el placer de la carrera? Agotada, jadeante, yacía con la espalda apoyada en el cálido flanco del inquieto animal, que descansaba. Sólo movía la mano, pasando repetidas veces los dedos por la crin plateada del caballo. Este contemplaba a Svetz con mirada malévola.

La chica no era guapa. No sólo por la falta de maquillaje. Había rastros de falta de vitaminas. Era baja, menos de metro sesenta, y delgada. Y mostraba señales de enfermedades infantiles. Pero la felicidad resplandecía en su demacrado rostro, tornándola casi pasable en tanto aferraba las piedras de corundo.

Cuando hubo descansado, Svetz volvió a remontar el vuelo. Continuaron

la carrera.

La joven se había asustado ante las joyas de Svetz y posiblemente ante él mismo, debido a su estatura y su habilidad en el vuelo. Pero la jaula de extensión la asustó aún más. Svetz no pudo reprochárselo. El lado que tenía la puerta era normal, con sólo un espejo esférico sin bordes. Pero el otro lado se borraba hacia lo lejos, en una dirección que los hombres no podían distinguir. Asustó terriblemente a Svetz la primera vez que vio la máquina en acción.

Podía comprarle a la joven el caballo o incluso matarlo y arrastrarlo dentro de la máquina utilizando el palo volador para ello. Pero sería mucho más fácil si...

Valía la pena intentarlo. Svetz usó el resto del corundo. Luego anduvo hacia la jaula de extensión, dejando un rastro de perlas de corundo coloradas detrás suyo.

Estaba preocupado porque el aparato de calor y presión no produciría facetas. Todas las piedras salieron como huevos de gallina en miniatura. Pero logró variar su color usando óxido crómico para el rojo, férrico para el amarillo y titanio para el azul. Y pudo variar los planos de presión para producir ágatas o gemas estrelladas a voluntad. Dejó un rastro de piedras pequeñas, rojas, amarillas y azules.

Y la chica lo siguió, asustada pero incapaz de resistir aquel cebo. Ya tenía un pañuelo casi lleno de piedras. El caballo la siguió hasta la jaula de extensión.

Dentro, la muchacha miró las cuatro piedras que Svetz tenía en la mano: una de cada color, rojo, amarillo, azul celeste y más oscuro, las mayores que consiguió fabricar. Señaló al caballo y luego a las piedras.

La muchacha se angustió. Svetz sudaba. Ella no quería ceder el caballo... y Svetz no tenía más corundo.

Por fin, ella asintió con un brusco movimiento de la barbilla. Rápidamente, antes de que cambiase de idea, Svetz le puso las piedras en la mano. Ella apretó el botín contra el pecho y echó a correr fuera de la jaula, sollozando.

El caballo se enderezó para seguirla.

Svetz apuntó con el rifle y disparó. Una gota de sangre apareció en el cuello del animal. Este se encabritó y luego miró a Svetz desde su bayoneta natural.

«Pobre muchacha», pensó Svetz, yendo hacia la puerta.

De todos modos, habría perdido el caballo. Había bebido agua contaminada del río al aire libre. Ahora necesitaba solamente meter a bordo el palo volador.

Un movimiento atrajo su atención.

Una falsa suposición podía ser mortal. Svetz no aguardó a que el caballo cayese, y con gran estupor comprendió la verdad. La bestia no iba a caer. Estaba a punto de embestirle como a un camarón. Tocó el botón del fondo y le esquivó.

Exquisitamente grácil, exquisitamente agudo, el cuerno en espiral chocó contra la puerta cerrada. El animal se revolvió como el relámpago en los límites de la jaula, y Svetz volvió a saltar para salvar su vida.

La punta del cuerno falló por un centímetro. Pasó a su lado y atravesó el cuadro de mandos, a través del panel de plástico, para llegar hasta los cables del fondo.

Algo chispeó y chirrió.

El caballo apuntaba con gran cuidado, mirando a lo largo de la espada de su frente. Svetz hizo lo primero que se le ocurrió. Apretó la palanca de «regreso».

El caballo chilló cuando inició la caída libre. El cuerno, apuntado contra el ombligo de Svetz, le rozó el oído y desgarró el globo respiratorio.

Luego volvió la gravedad; pero era la gravedad especial de una jaula de extensión avanzando a través del tiempo. Svetz y el caballo se sintieron lanzados contra las paredes acolchadas. Svetz suspiró aliviado.

Olió de nuevo, con incredulidad. El olor era fuerte y raro, sin parecido alguno con ninguno de los que conocía Svetz. El terrible cuerno del animal debía haber dañado el sistema de ventilación. Probablemente, Svetz estaba respirando aire emponzoñado. Si la jaula no regresaba a tiempo...

Pero, ¿acaso regresaría? Se podía estar dirigiendo a cualquier parte, de la manera que aquel cuerno de marfil había atravesado la masa de cables.

Podían incluso salir del tiempo, en una edad en que los negros infrasoles ya no darían bastante calor para sustentar la vida.

Tal vez no existiese ningún futuro al que volver. Se había dejado el palo volador. ¿Cómo lo usarían? ¿Qué harían con él, con la palanca de mando de un extremo y la descarga estática del otro, y la silleta en medio? Tal vez la joven intentara utilizarlo. Ya la veía contra el cielo nocturno, a la luz de una luna llena... ¿y cómo cambiaría esto la historia?

El caballo parecía al borde de una apoplejía. Le palpitaban los flancos, y hacía girar salvajemente los ojos. Probablemente esto era debido al aire de la cabina, lleno de anhídrido carbónico. Aunque tal vez se debiese al veneno que había bebido en el río.

La gravedad se extinguió. Svetz y el caballo cayeron en caída libre, y el primero trató malvadamente de aplastarle.

La gravedad volvió, y Svetz, ya preparado, aterrizó hacia arriba. Alguien abría ya la puerta.

Svetz cubrió la distancia de un salto. El caballo le siguió, chillando de rabia, ansioso por matar. Dos hombres llegaban volando desde el centro de control del Instituto.

—¡No le hacen efecto los anestésicos! —chilló Svetz, por encima del hombro.

La agilidad del animal se veía reducida entre las mesas y las pantallas iluminadas, y probablemente estaba borracho por la hiperventilación. Empezó a tropezar con los hombres y las mesas. Svetz se mantenía con facilidad lejos del cuerno.

Empezó a cundir el pánico.

—No hubiésemos podido lograrlo sin Zeera —le dijo Ra Chen mucho más tarde—. Tu estúpido caballo *tanj* tenía aterrorizado a todo el Centro. De repente, quedó domado; fue hacia esa zorra frígida de Zeera y le permitió conducirlo fuera.

—¿Llegó a tiempo al hospital?

Ra Chen asintió tristemente. La melancólica era su expresión favorita, y

no había indicios de sus verdaderos sentimientos.

—Hallamos más de cincuenta variedades desconocidas de bacterias en la sangre del animal. ¡Y no obstante, no parecía enfermo! Parecía tan sano como un... un... ¡Oh! Debía poseer una resistencia tremenda. No sólo conseguimos salvar al caballo, sino a casi todas las bacterias para el Zoo.

Svetz estaba sentado en una cama del hospital con el brazo elevado y rígido por el codo. Siempre existía la posibilidad de que él también hubiese localizado alguna bacteria extinguida largo tiempo atrás. Se movió con inquietud, cuidando de no mover el brazo enfermo, y preguntó:

—¿Descubrieron algún anestésico que sirviese?

—No. Lo siento, Svetz. Aún ignoramos por qué tus agujas no dieron resultado. El caballo *tanj* está simplemente inmunizado contra toda clase de ataques.

Hizo una pausa, y Ra Chen añadió:

—A propósito, no le pasaba nada a la planta de aire. Estabas oliendo al caballo.

—Ojalá lo hubiera sabido. Pensé que me estaba muriendo.

—Ese olor despierta locuras internas. Y al parecer, no es posible extirparlo del Centro. —Ra Chen se sentó al borde de la cama—. Lo que me preocupa es el cuerno de la frente. El caballo del libro no tenía cuernos.

—No, señor.

—Debe de pertenecer a una especie diferente. No es un verdadero caballo, Svetz. Tendremos que enviarte de nuevo allá. Esto quebrantará mucho nuestro presupuesto, Svetz.

—No estoy de acuerdo, señor...

—No seas tan cortésmente *tanj*.

—No soy tan estúpido *tanj*, señor. —Svetz no pensaba volver en busca de otro caballo—. La gente que tenía caballos domesticados debió tomar por costumbre limar el cuerno cuando el animal era pequeño. ¿Por qué no? Todos comprendían que el cuerno era demasiado peligroso. Demasiado para un animal doméstico.

—Entonces, ¿por qué nuestro caballo tiene un cuerno?

—Por esto, cuando lo vi por primera vez, pensé que era salvaje. Supongo

que no empezaron a cortarles los cuernos hasta un tiempo mucho más avanzado.

Ra Chen asintió con melancólica satisfacción.

—Eso pensé yo también. Nuestro problema es que el secretario general apenas tiene inteligencia para darse cuenta de que su caballo tiene un cuerno y el del libro no. Y me echará a mí las culpas.

—Hummm... —gruñó Svetz.

No estaba seguro de lo que esperaban de él.

—Tendré que amputar el cuerno.

—Alguien podría reparar en la cicatriz —objetó Svetz.

—*Tanj*, tienes razón. Tengo enemigos en la corte. Y se alegrarían mucho de asegurar que he mutilado al animal favorito del secretario general. —Ra Chen miró fijamente a Svetz—. Está bien, conozcamos *tu* idea.

Svetz estaba ya arrepentido. ¿Por qué había hablado? Su terrible caballo, su caballo domesticado, con un cuerno asesino. Encontraba la idea repulsiva. Su impulso le había traicionado. ¿Qué podían hacer sino suprimir el cuerno?

—Cambie el libro de ilustraciones, no el caballo —dijo—. Una computadora podría duplicar el libro con todo detalle, pero con un cuerno aplicado al caballo. Utilice la computadora del Centro y borre después la cinta.

Muy pensativo, Ra Chen asintió.

—Podría tener éxito. Conozco a alguien que cambiaría los libros. —Levantó los ojos por debajo de sus pobladas cejas—. Claro, tú tendrás que callar.

—Sí, señor.

—No lo olvides. —Ra Chen se puso en pie—. Cuando salgas del diagnosticador donde estás, puedes tomarte unas vacaciones de cuatro semanas.

—Vuelvo a enviarte en busca de uno de éstos —le comunicó Ra Chen, cuatro semanas más tarde—. Encontramos el libro en un parque público cerca del Décimo Puesto Atómico. El chico que lo tenía estaba jugando con un

huevo de carborundo.

Svetz examinó el grabado.

—Es feo, realmente feo. Intenta compararlo con el caballo, ¿eh? El caballo era tan hermoso, que hay que tener uno de estos otros animales para que el universo esté equilibrado.

Ra Chen cerró los ojos, dolorido.

—Coge al monstruo Gila, Svetz. El secretario general desea el monstruo Gila.

—¿Es muy grande?

Ambos examinaron la ilustración. Era imposible saberlo.

—Por su aspecto, será mejor que usemos la jaula de extensión *grande*.

Svetz casi no consiguió regresar esta segunda vez. Sufría un agotamiento total con quemaduras extensas de segundo grado. Lo que llevaba medía diez metros de longitud, tenía vestigios de unas alas como las de los murciélagos, respiraba fuego y no se parecía mucho al animal de la ilustración; pero era lo más semejante que Svetz logró encontrar.

Y al secretario general le gustó.

Notas

[1] Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona *Science-Fiction*, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

<<

[2] John Bull es el personaje alegórico representativo de Inglaterra, como el Tío Sam lo es de Estados Unidos. (N. del T.). <<